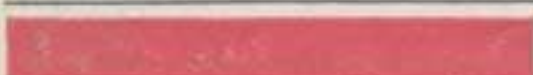







LETRAS
ESPAÑOLAS



POR

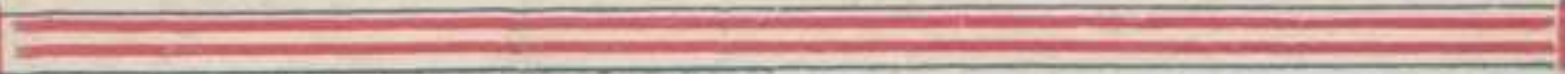


S. HERNANDEZ RUIZ
MAESTRO NACIONAL

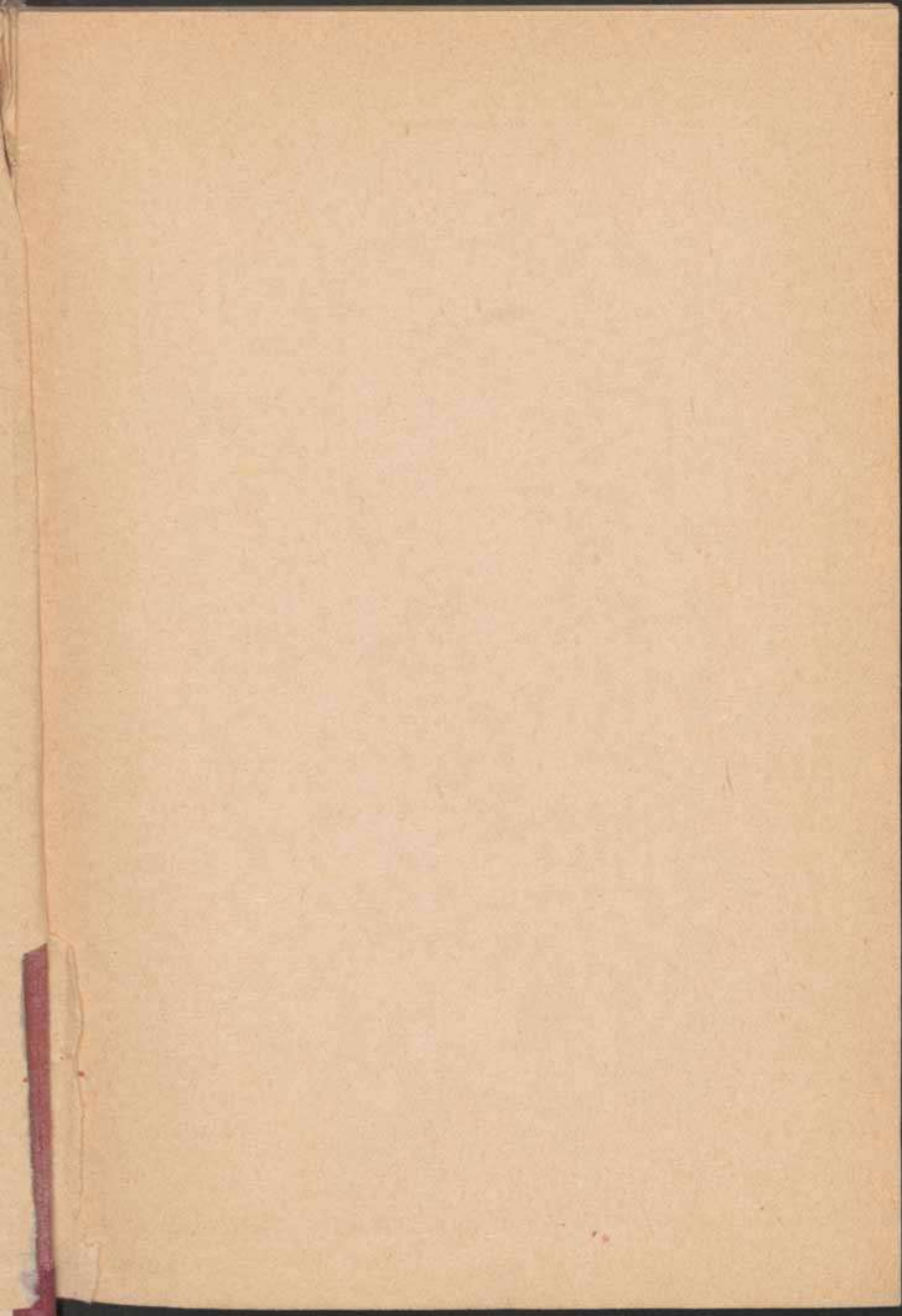


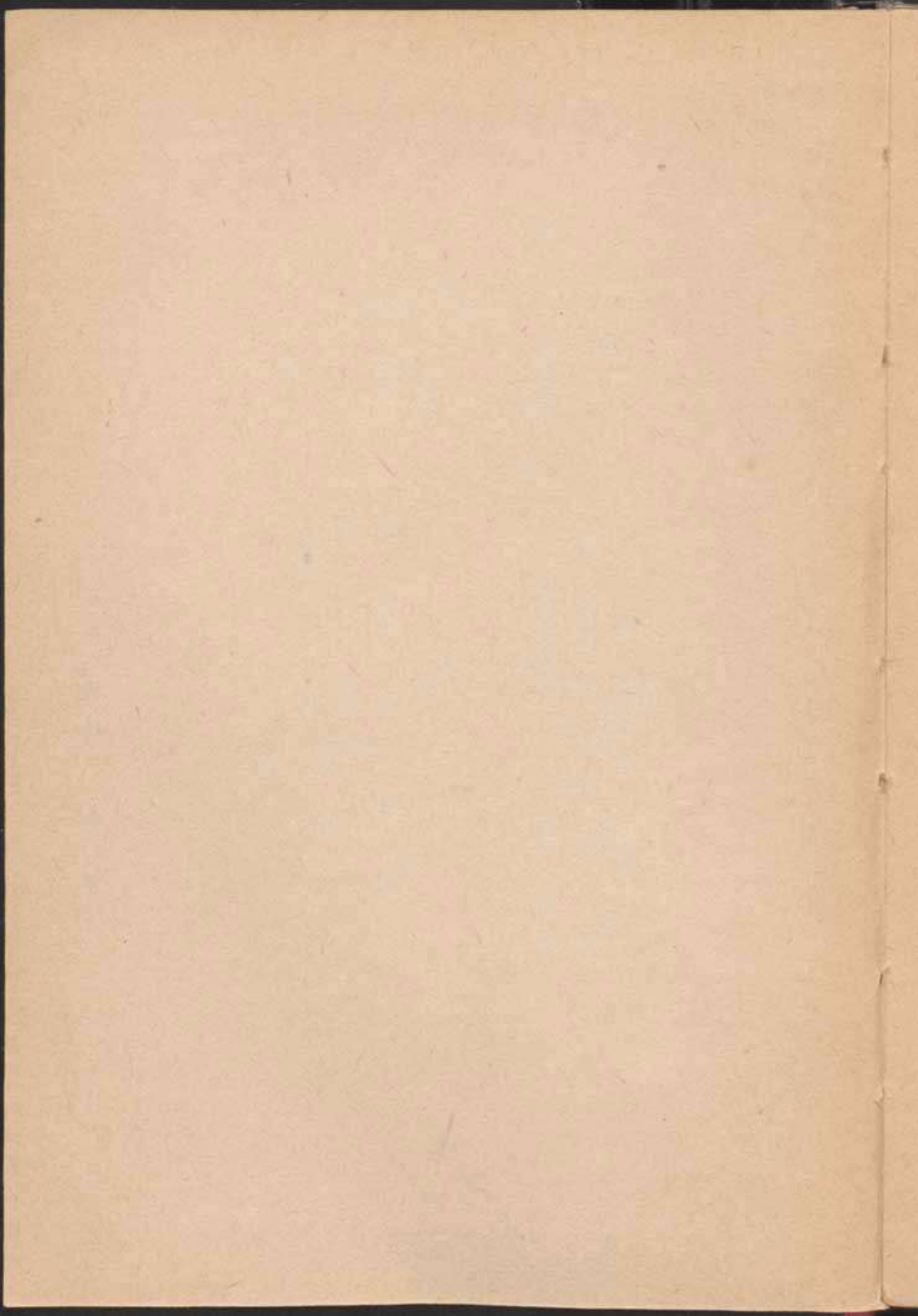
Libro premiado en el Concurso
Nacional de Literatura de 1928

YAGÜES • Editor • MADRID

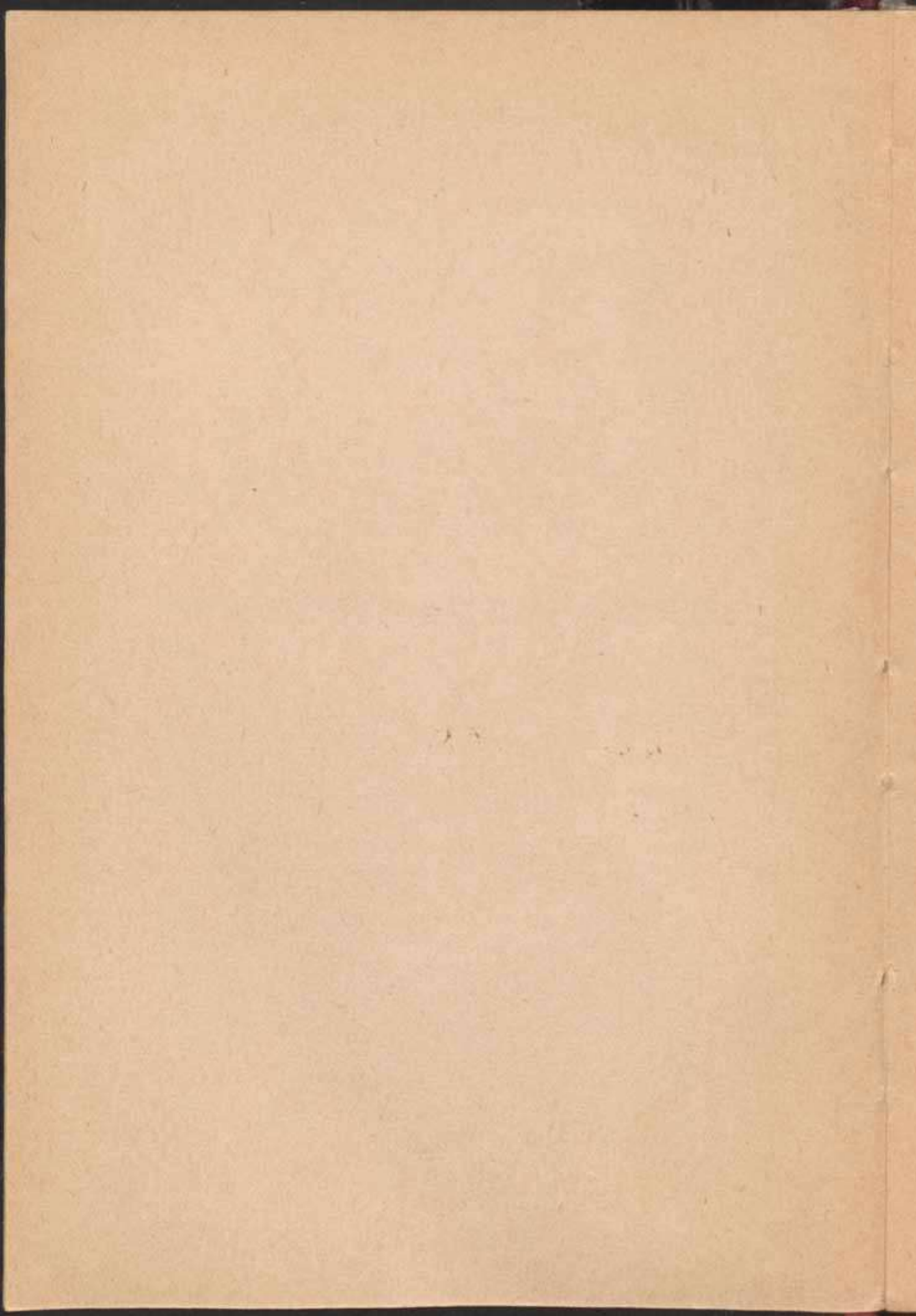


LE-3074





LETRAS ESPAÑOLAS



Letras

Españolas

Antología para niños

POR

Santiago Hernández Ruiz

Maestro nacional de Pantoja (Zaragoza)
(Hoy de Madrid)

Diciembre del 38

LIBRO PREMIADO EN EL CONCURSO
NACIONAL DE LITERATURA DE 1928

MADRID

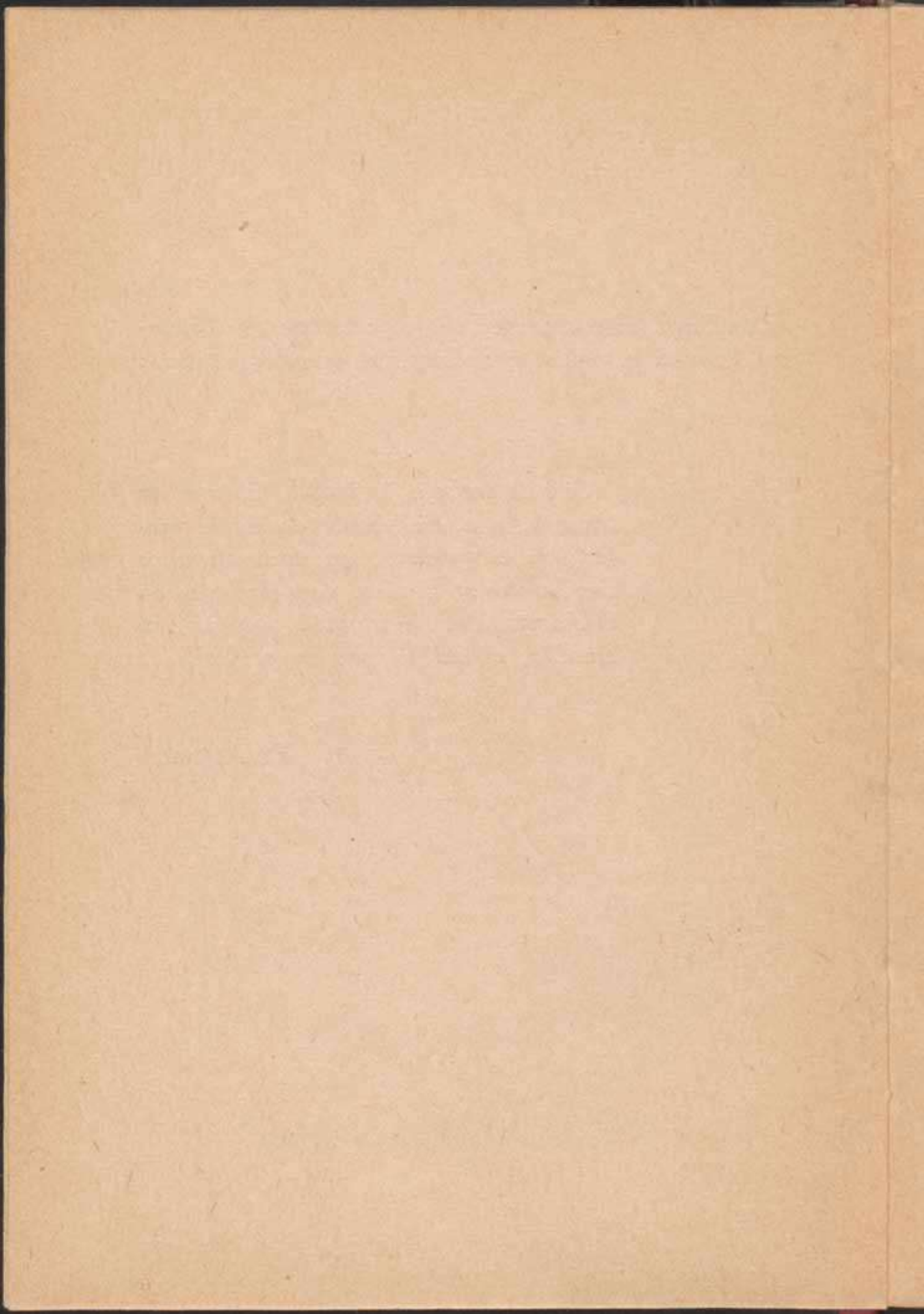
1931

ES PROPIEDAD

Este libro, al ser presentado al concurso de Literatura, llevaba la siguiente dedicatoria, que hoy ratifico :

Si este trabajo tuviera la fortuna de triunfar, a nadie podría dedicarlo mejor que a vosotros, queridos alumnos de Casetas y Paniza, cooperadores en él sin saberlo. No olvidéis vosotros, en cambio, el cariño que os profesa

EL AUTOR



PROLOGO NECESARIO

(INCLUÍDO TAMBIÉN EN EL ORIGINAL)

El conocimiento de la propia lengua es la piedra angular de toda cultura. Su enseñanza, la base fundamental de toda labor escolar. El alcance y forma de esta enseñanza en la escuela primaria se ha interpretado, no obstante, de modos ridículos. En primer lugar, suele señalarse como fin de ella el proporcionar al escolar una expresión correcta. Se ignora que la escuela, si se declara en lucha con la expresión corriente en el medio que la rodea, será irremisiblemente vencida. Inútil su lucha por que el niño se exprese correctamente en todo momento: su conversación libre se hallará plagada de incorrecciones; de los giros propios de la comarca en que viva. Yo tengo una experiencia muy elocuente: mis alumnos se expresan con gran corrección por escrito y en la exposición de sus conocimientos científicos. La conversación no deja de refinarse; pero en ella son pronunciadas malamente aun aquellas palabras que se pronunciaron bien en una respuesta. Se les llama la atención y rectifican. Aquí mismo, en Aragón,

donde ejerzo, la cuestión del acento constituye para mí un verdadero suplicio.

Realmente, la enseñanza del idioma es algo muy distinto del manido hablar y escribir. Sin descuidar este aspecto, muy interesante sin duda, lo que debe perseguirse es la introducción del niño, lo más adentro posible, en los secretos del idioma.

Con esto, aunque el niño no haya alcanzado la plena corrección al salir de la escuela, tendrá capacidad para reaccionar sobre sí mismo cuando tenga edad propicia, y mejorar por sí la expresión. La escuela de adultos será una ayuda magnífica.

La riqueza del léxico es esencial. Con pocas palabras no hay posibilidad de expresión fácil, propia ni aun correcta. La exigüidad es madre de la ramplonería y de la estultez. Pero ¿cómo se consigue el enriquecimiento del lenguaje? Muy sencillito: con el contacto familiar de una expresión rica. Para un chico de seis meses lo más vulgar es tan abstruso como para un inculto los términos más elevados. Sin embargo, la continua aplicación de las palabras por parte del adulto llega a hacérselas conocer. Lo ininteligible se le va haciendo inteligible por el desarrollo natural de su inteligencia y por la observación de la constante aplicación de los vocablos a sus respectivos conceptos. Pues bien: usemos ante el niño, con libertad, nuestro más rico vocabulario y la más refinada sintaxis; pongamos ante él los más selectos y copiosos modelos; cuanto más abundosas y puras sean las fuentes, con más abundancia y deleite beberá. Se recomienda: «Bajad al niño en vuestra expresión.» Pero si nosotros bajamos a él, ¿cómo

subirá él a nosotros? ¿Es que la sencillez sólo puede existir con la indigencia de voces? No: más bien lo contrario. La claridad y sencillez imponen precisamente superabundancia de recursos.

Con la excusa de aleccionar al niño se han abortado ridículas pamemas, ñoñeces insulsas, que lo aburren y son objeto de su desprecio. No puede darse mayor desconocimiento del niño que el que acusan las llamadas lecturas infantiles, que no merecen el nombre de puerilidades por cuanto no sirven aun para los chicos más pequeños. Esto no quiere decir que combata la idea de lecturas exclusivamente dedicadas a los niños; lo que no acepto es que cualquier incógnito pedante pretenda ofrecer perfecciones en el género. No. Los libros para los niños son de ejecución difícilísima, y verdaderas pruebas aun para buenos literatos. En España no tenemos buenos libros infantiles (¿para qué andar con rodeos?) porque nuestros escritores no aman al niño; ni quieren conocerlo. Benavente, Unamuno, Gómez de la Serna, constituyen verdaderas excepciones.

Yo mismo no pretendo dar un libro de lectura para niños en la acepción común de esta expresión. Los muchachos que hayan de leer esta obrita se hallan a punto de traspasar los linderos de la infancia. Pertenecen a los últimos cursos de la edad escolar y deben tener una formación previa que haga posible su aprovechamiento.

Puedo afirmar que los niños de once a doce años hasta catorce, si no son obstusos en demasía, captan la belleza de las más elevadas composiciones: oyen con más unción a Fray Luis de León que a cualquier

poeta de segundo o tercer orden. La misión del Maestro es convertir, en la medida de lo posible, la captación en comprensión.

Hablemos ahora de la selección de trozos. No he perseguido la novedad; no cabe, ni es necesaria, habido el fin propuesto. Es más; de ciertos autores coloco deliberadamente las composiciones consagradas si me parecen las mejores. Y no puede prescindirse, por ejemplo, de «La vida en el campo», de Fray Luis; «A la Batalla de Lepanto», de Herrera; «A las ruinas de Itálica», etc., etc. Máxime más si se considera que libros como éste han de ser leídos también después de la salida de la escuela. Lo que siento es tener que abandonar otras obras maestras que no conviene ofrecer al niño, aun ya grandote. La selección no es, además, lo esencial, porque este libro no excluye el uso de otras colecciones. Más bien lo supone, porque no quiere ser exclusivo, sino guía de un proceder escolar. Por eso, como en la convocatoria se dice únicamente poetas y prosistas españoles, he suprimido los americanos, excepción hecha de Ruiz de Alarcón, que, aunque mejicano de nacimiento, no puede eliminarse de entre nuestros clásicos, y es, literariamente, bien español. Ya me duele suprimir poetas como Heredia, Gutiérrez Nájera, Neruo, Chocano, Lugones, Blanco Fombona, Díaz Mirón, Gabriela Mistral y, sobre todo, Rubén Darío. Pero la abundancia de españoles para llenar la extensión impuesta como límite y la facilidad de encontrarlos cuando se quiera, y aun de tropezarlos sin ir en su busca, me han decidido a prescindir de ellos. Por otra parte, son tantos los poetas y prosistas americanos

notables y tan claras sus influencias en autores peninsulares, que merecen antología aparte, ellos, y sus repercusiones en España.

Terminaré este ya largo prólogo con la rápida exposición de mi proceder escolar en esta materia, ya que este libro es hijo de él y de mi preocupación por la enseñanza del idioma, que arranca de los comienzos de mi actuación profesional.

Antes de los once o doce años me interesa sobre todo en la lectura la posesión de su mecanismo. El enriquecimiento del léxico es producto de un trabajo constante y a él propende toda la actividad escolar. Llegado el niño a aquella edad lo pongo ya frente al idioma. Para ello organizo una clase diaria de veinte a treinta minutos en la forma siguiente: Tomo un trozo y lo leo con el mayor esmero de que soy capaz. Luego es leído este mismo trozo por uno o más muchachos. Se exige perfección en el sentido; propiedad en la entonación. Después, comentar; completar y precisar las intuiciones infantiles; llevar al alumno de la sensación, de la impresión de belleza, a su comprensión; del sentimiento al conocimiento. De cuando en cuando suprimo mi lectura; así veo los progresos efectivos. Aliento al aprendizaje de memoria de ciertos trozos. El espíritu del niño se va fundiendo lentamente en el crisol del idioma.

Sigo generalmente marcha retrospectiva; pero altero con frecuencia el orden; basta para ello una sugestión producida por una composición determinada o un autor dado. La ordenación absoluta, propia de los libros, no cabe en la actividad infantil.

Quedan, por fin, expuestas las ideas que rigen la

confección de este trabajo que ofrezco al juicio de competentes censores. Me parece que he hecho algo nuevo en el género; pero, al fin y al cabo, yo no soy voto en la cuestión, y huelga, en consecuencia, todo comentario personal.

SANTIAGO HERNÁNDEZ RUIZ

NOTA.—El último párrafo puedo hoy repetirlo con iguales palabras y motivos. Triunfante mi trabajo de la primera censura, encomendada a los señores Casares (Julio), Méndez del Casal y González Ruiz, se ofrece ahora, al entrar en fase de publicación, a la de los maestros españoles, mis compañeros queridos, y me hace tanto confiar como temer el alto concepto que de ellos tengo y que tantas veces expresé.

Aunque hubiese querido establecer ya ciertas modificaciones, me lo veda el respeto que me merece el lauro obtenido por el original, el cual aparecerá en la primera edición exactamente como se presentó al Concurso.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

Excelente prosista y uno de los literatos más apreciados de nuestro tiempo. Finísimo observador de hechos y cosas, los comenta o los presenta concisamente, brevemente, en párrafos que destilan humorismo. Porque Gómez de la Serna es nuestro gran humorista. Escribe mucho, y su «manera», muy propia, le distingue de todos los demás escritores españoles. Sus trabajos son siempre originales, pero sus «greguerías» superan al resto de su obra en este aspecto.

Citaremos entre sus libros «Pombo», «El doctor inverosímil», «El circo»... Para los niños ha escrito algunos cuentos: «Por los tejados», «En el bazar más suntuoso del mundo», «La máquina loca» y «El marquesito en el circo». Os ofrezco un trozo de «Por los tejados».

POR LOS TEJADOS

Julio es un jugador de pelota empedernido. Da diez para veinte al que quiera jugar con él.

Ha roto muchos cristales jugando a la pelota, pues no hay nada que le guste tanto como romper un cristal.

Esta tarde de fiesta, con la que no contaba Julio hasta que ayer, al levantar con indiscreción la hoja del almanaque del día, se encontró con la cifra roja que

señala las festividades, la ha dedicado a jugar a la pelota en la azotea.

Sin su compañero de juego, pues Sebastián había ido a pasar la tarde con su padrino, Julio jugaba consigo mismo, y una jugada sí y otra no, era *el otro*, era un niño que él se había inventado y al que aspiraba a ganar.

—No, ésta no vale...

—Te llevo siete...

—Sal tú...

Cualquiera hubiera creído que hablaba solo cuando hablaba al otro, al que se había tenido que inventar, y que le hacía poner gran cantidad de amor propio en cada pelotada.

Su pelota era la pelota ágil del que sabe fabricar pelotas. Había comprado cuatro onzas de goma y había tenido la paciencia de ir las recortando a tijera, envolviendo después la recortadura hasta formar el ovillo de goma que hace que rebote la pelota, que después se envuelve en una madeja de lana y por fin se forra con badana. Su pelota era la pelota de verdad, la pelota con corazón, no la pelota con plomo dentro que venden los tenderos.

Estaba ya arrebatado por el juego cuando ¡zas! se le fué la pelota al tejado y la vió rebotar por entre los canalillos de las tejas, allá a lo lejos.

Le estaba terminantemente prohibido andar por los tejados, pero él no podía abandonar su pelota, cuyo fondo de tendones de goma buena—de la que se masca con tanto encanto como un caramelo—no podía olvidar.

Sus primeros pasos por los tejados fueron temerosos ; pero cuando se internó en ellos se sintió en un mundo nuevo y muy interesante.

Había en los tejados una alegría de campo en que merendar. Le parecía que aquello era hacer novillos en día sin colegio, es decir, irse muy lejos del aburrimiento del día de fiesta sin amigos.

«Se podía ser el cazador de los tejados y volver a casa con veinte o treinta gatos colgando de la cintura», pensaba Julio viendo correr los gatos salvajes de los tejados, los gatos que no son de nadie, como no son de nadie los potros desbocados de las pampas americanas.

Las chimeneas se le ofrecían como amigos a quienes abrazar o como grupos de arbolitos junto a los que descansar aprovechándose de su sombra.

De pronto, a través de una de ellas, escuchó los gritos del crimen, y, como quien se pone al teléfono, oyó :

— ¡ Asesino ! ¡ Ladrón !... ¡ Socorro que me asesinan !

Julio entonces se asomó a la chimenea y gritó con voz fingida de guardia civil :

— ¡ Que voy !—viendo saltar por una ventana al enmascarado ladrón, que huía como si en la casa de la señora sola hubiese surgido el defensor.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

LITERATURA E HISTORIA DE LA LITERATURA.—Este libro, mis pequeños amigos, consta de trozos literarios acompañados de las semblanzas de sus autores. Para que saquéis

más provecho de él necesitáis algunas nociones de Literatura, al paso que en las semblanzas tendréis ideas sobre la Historia de la Literatura española.

La Literatura es una de las artes bellas; su objeto es la expresión de la belleza por medio de la palabra. A veces, el término «literatura» significa conjunto de obras literarias escritas en un país, en una época o en una lengua determinada: con esa significación se emplea cuando se dice, por ejemplo, literatura española, literatura latina, literatura contemporánea...

Se denomina Historia de la Literatura al estudio del desarrollo de la producción literaria a través del tiempo. La Historia de la Literatura española estudiará, pues, la evolución de las lenguas españolas y de su producción literaria.

II

RAMON PEREZ DE AYALA

Prosista y poeta asturiano de singular relieve. Sus altos merecimientos han determinado su ingreso, por unanimidad, en la Real Academia Española de la Lengua. Ha escrito numerosas y excelentes novelas, ensayos de gran mérito, brillantes trabajos críticos e inspiradas poesías. Estilo muy personal y rico. Sus obras más celebradas, «Tigre Juan», «Troteras y danzaderas», «La pata de la raposa»...

CASTILLA

Cruzan por tierra de Campos, desde Zamora a Pa-
[lencia
—que llaman tierra de Campos lo que son campos de
[tierra—.

Hacen siete la familia : buhonero, buhonera,
los tres hijos y dos burras, flacas las dos y una ciega.
En un carricoche renco, bajo la toldilla, llevan
unas pocas baratijas y unas pocas herramientas
con que componer paraguas y lañar vajilla en piezas ;
tres colchoncillos de estopa, tres cabezales de hierba
y tres frazadas de borra : toda su casa y hacienda.

Cae la tarde. La familia marcha por la carretera.
Dan rostro a un pueblo de adobes que sobre un teso se
[otea.

Dos hijos, zagales ambos, van juntos, de delantera.
Uno, bermejo, en la mano sostiene una urraca muerta.
El padre rige, del diestro las borricas, a la recua.
Viste blusa azul y larga que hasta el tobillo le llega,
la tralla de cuero al hombro, derribada la cabeza.
A la zaga del carrillo, despeinada, alharaquenta,
ronca de tanto alarido, las manos al cielo abiertas,
los pies desnudos a rastras, camina la buhonera.

Pasa la familia ahora junto al solar de las eras.
Este trilla, aquél aparva, tal limpia y estotro acecha.
Un gañán, riendo, grita : ¿Hubo somanta, parienta ?
La familia sube al pueblo y acampa junto a la
[iglesia.

¿Qué ocurre, buena señora ? ¿Por qué así gime y re-
[niega ?

Mi fija que se me muere, mi fija la más pequeña.
¿Dónde está que no la vemos ? Dentro del carrico pena.
Anda más muerta que viva. Nunca tal cosa dijera.
Van las mujeres de huída, clamando : Malhaya sea.
La peste nos traen al pueblo. Echalos, alcalde, fuera.
Suban armados los mozos. Llamen al médico apriesa.

El médico ya ha llegado. Mirando está ya a la en-
[ferma :
una niña de ocho meses que es sólo hueso y pelleja.
Vecinas, ha dicho el médico, no hay peste, esto es,
[epidemia.
La niña se ha muerto de hambre. Y al que se muere
[lo entierran.

«Lleva la bisutería; alma, vida, princesa.
Lleva la bisutería contigo bajo la tierra.
Pendientes de esmeralda en las orejas.
Al cuello el collar de turquesas.
En el pelo dorado las doradas peinas.
Llévalo todo, todo. Nada, nada nos queda.»
Campanas tocan a gloria. Marchan por la carretera,
cruzando tierra de Campos, desde Zamora a Palencia.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

EL ESTILO.—El estilo es el modo especial de expresión de cada obra. Y también la peculiar manera que cada autor tiene de expresarse. Buffon ha dicho: «El estilo es el hombre.» Porque, efectivamente, el estilo pone de manifiesto la personalidad del autor.

Se clasifica el estilo en sobrio y florido; el primero se caracteriza por su exactitud; no se usan más palabras que las necesarias; el segundo se distingue por la riqueza de formas. Ambos suelen viciarse: el sobrio se torna entonces pobre o duro, y el florido, afectado.

III

EDUARDO MARQUINA

Natural de Cadaqués (Gerona), es lírico y dramático de alta inspiración. Amantísimo de las viejas glorias de la patria. Numerosas poesías sueltas dicen los méritos de este egregio poeta; pero donde brilla con fuerza entre los autores de nuestro siglo es en el teatro.

Entre sus libros de poesías recordamos «Odas», «Elegías», «Tierras de España»... De sus obras dramáticas, «En Flandes se ha puesto el sol», «Las hijas del Cid», «Doña María la Brava», «Cuando florezcan los rosales», «El retablo de Agrellano», «Alimaña», «El pavo real», «Una noche en Venecia», etc.

EL SENDERO

Tú que andas este sendero
conmigo, hijo mío,
tan suave y tan hacedero
en el soto umbrío,
con el humilde madero
del puente, en el río,
que va al molino harinero
desde el caserío,
¿no piensas en el primero
que lo abrió, hijo mío?

Fué un mozo que pasaría
por aquí saltando;
las yerbas no miraría
que aplastaba andando;

la guija que se salía
de sus pies botando,
o el césped, donde se hundía
su pisada en blando,
¡ le eran igual aquel día
que pasó saltando !

Fué un tiempo en que tuvo amores
el mozo, hijo mío ;
quería llegar con flores
hasta el caserío ;
buscó los sitios mejores
en el soto umbrío ;
Ya ellos le eran guiadores
y no su albedrío,
¡ y así empezaron amores
la senda, hijo mío !

Fué un tiempo en que los deberes
su paso acuciaron ;
y al ir para sus quehaceres,
sus plantas buscaron
la horma aquella en que placeres
de amor le empeñaron ;
ocasos y amaneceres
pasar le miraron,
¡ y así afanes y deberes
la senda trillaron !

Fué aquel tiempo en que los años
pesan, hijo mío ;

cuidados y desengaños
menguaron su brío ;
el viejo, en días huraños
de un diciembre frío,
tendió un puente en que, sin daños,
traspasar el río,
¡ y así acabaron los años
la senda, hijo mío !

Tú, que andas este sendero
de mi mano, cuida
de pensar en el primero
que le dió medida ;
¡ viejecito molinero !
la harina molida
que te cayó del harnero
no será perdida :
la encuentro en este sendero,
que es toda una vida.

Hijo mío, espera bueno
y suelta mis manos ;
¡ anda ! que en todo terreno
hay dejos humanos ;
recorres un mundo lleno
de muertos hermanos ;
buscan tu mano, en tu seno,
millares de manos.

Porque esta tierra, en contienda
con lo violento,

recoge como una ofrenda
todo humilde aliento ;
los imperios de leyenda
tragó en un momento,
¡ pero conserva esta senda
como un monumento !

Busca, hijo mío, la fuente
de las maravillas ;
aprende a inclinar tu frente,
a hincar tus rodillas,
¡ y Dios quiera, en tu poniente
de hojas amarillas,
que tus manos—o tu mente—
las tablas sencillas
puedan colocar de un puente
entre dos orillas !

LENGUAJE FIGURADO.—Se llaman figuras ciertas alteraciones en el significado y forma de expresión de las palabras. Son prosódicas si se altera la pronunciación; morfológicas si se altera la estructura; de construcción si se altera el orden gramatical de sucesión; literarias, cuando se modifica el sentido. Las figuras prosódicas consisten en diptongaciones forzadas (sinéresis, sinalefa) y en deshacer diptongos (diéresis). En los versos señalados con cruz hay figuras. Diéresis, en la palabra «violento», que debe pronunciarse «vi-o-len-to». En «Busca hijo mío...» hay sinalefa, pues se dice «Bus-cai-jo», etc. En la palabra «quehaceres» se diptonga «queha», lo que no cabe gramaticalmente por ser las vocales *e*, *a*, fuertes.

De otras clases de figuras hablaremos en otros lugares.

IV

JOSE MARTINEZ RUIZ («AZORIN»)

Prosista casticísimo y uno de los periodistas españoles más prestigiosos. Nació en Monóvar (Alicante), en 1874. Mientras deja correr a su musa por las pardas llanuras castellanas, «Azorín» es el escritor admirable, el estilista que nos encanta en «Castilla», en «La ruta de Don Quijote», en «Los pueblos». Pero recientemente ha intentado el arte dramático, empezando, ¡extraño contraste!, con dos obras cuyos títulos son sendos anglicismos: «Old Spain» y «¡Brandy, mucho brandy!». La intención de «Azorín» es buena: quiere orear con aires nuevos el viejo teatro español, y a este efecto trata de introducir entre nosotros el «superrealismo», dirección nueva de la literatura, que encarna principalmente en el comediógrafo italiano Pirandello. «Azorín» no ha tenido éxito de crítica.

Os ofrezco parte de un artículo publicado en *Blanco y Negro*.

RETRATO Y HOROSCOPO

(TIPOS CASTELLANOS)

GREGORIO IRUEGAS GALINDO. — Pastor; cuarenta años; natural de Cardehuela de Ríopico, provincia de Burgos. Caudal de palabras: cincuenta y no las usa todas. En la exclamación: ¡Hu, hu! pone Gregorio cólera, alegría, desconfianza, dolor. Alto, fornido, moreno. El perrito que actualmente le acompaña se llama Truchuelo; ha tenido seis canes más; éstos eran sus nombres: Librado, Lentisco, Lobato, Copo Blanco, Hormiguito, Romero. El hecho más importante de

su vida : el haber desquijarrado a un lobo que un día de invierno, viéndole solo, se lanzó sobre él en un barranco. Su vanidad : el llevar una manta que le regaló un labrador del llano ; Gregorio, en cierta ocasión, descubrió un enjambre silvestre y se lo llevó al tal labrador ; el colmenar que éste tiene en la actualidad—y que le produce pingües beneficios—tiene su origen en este regalo del pastor ; el labriego, a su vez, le regaló a Gregorio la manta que él usa ahora. El rebaño que gobierna Gregorio cuenta para su cobijo con dos parideras—la del Humedal y la del Regato— ; el chozo en que pernocta el pastor se llama el del Halcón. Zorras muertas por Gregorio durante su vida de pastor : trescientas ; lobos, doscientos. Conoce Gregorio, por un pelo que vea en el suelo, pegado a una peña, pendiente de una ramita, si por allí ha pasado lobo, zorra, tejón o gato montés. Su mayor temor : los alacranes ; uno de ellos le picó hace dos años ; no quiso ir al pueblo ; les tiene miedo a los médicos—puede ser que tenga razón— ; y estuvo dos días en un rincón del chozo temblando de fiebre, castañeteándole los dientes. El sombrero se lo regaló el tío Ramón, el del Chorrillo. Nota del autor : en la tierra alicantina, a la parte alta, en la montaña, todo campesino, cuando se casa, desde el día de la boda, ya es tío. Se les llama, ya casados, el tío Pascual, el tío Bernardo, etc. En tierras de Burgos, de donde es Gregorio, no sabemos si existe esta costumbre ; nos pesa ahora no haberlo averiguado ; trataremos de inquirirlo en el primer viaje que hagamos. El sombrero que lleva Gregorio se lo regaló el tío Ramón, el del Chorrillo ; éste ya lo había llevado

diez años ; a él se lo había regalado el tío Juan, el de la Buitrera ; cuando fine Gregorio, este sombrero pasará, seguramente, a ser de uso de algún zagal del rebaño.

HORÓSCOPO.—Dentro de dos años, en enero, cuando esté la montaña cubierta de nieve y el ganado se halle en la corraliza, Gregorio saldrá a ver si caza una perdiz. ¡ Hu, hu, las perdices ! En un barranco caerá una, la pobre, acurrucadita debajo de una atocha ; se deslizará Gregorio por la pendiente ; pero al ir a echarle mano a la perdiz perderá el pie y rodará hasta lo profundo ; el sombrero habrá quedado arriba, colgado en una mata de lentisco ; el riachuelo del fondo teñirá sus aguas de sangre...

EL PERIODISMO.—El periodismo ha adquirido desarrollo en nuestros tiempos. No pueden contar como periódicos, según el concepto actual, las hojas de noticias y de hechos oficiales que se publicaban antes del siglo XIX, bajo los auspicios del Estado generalmente. Las luchas políticas del pasado siglo extendieron el periódico, a medias noticiero y libelista. En el siglo XX el periódico se ha hecho más comprensivo, más humano, más independiente, y ha extendido su esfera al total de la actividad humana : Política, Literatura, Pedagogía, Ciencia, deportes, noticias... Todo tratado sencillamente y con tendencia a la vulgarización cultural y a la información completa y exacta de la actualidad mundial en todos los aspectos. Este género, especialísimo, ha producido en España grandes notabilidades, empezando por Larra y acabando por Cavia y toda la pléyade de excelentes periodistas con que contamos al presente.

V

RAMON DEL VALLE INCLAN

Poeta gallego, uno de los más altos valores de la literatura contemporánea. Nació en 1869. Todavía produce, y bien valdría que hombres como éste vivieran siempre para la patria. Ha escrito novelas y composiciones líricas bellísimas. La característica esencial de este espléndido poeta es la abundancia, la riqueza de imágenes y de formas. Su estilo es brillante y florido. En sus poesías la erudición y la exuberancia formal se mezclan con esa deliciosa sencillez, con esa ternura panteística, con ese perfume campestre que parece vincularse por natural manera a los poetas gallegos.

Citaremos entre sus producciones «Sonatas», «Aguilas de blasón», «Flor de santidad», «La guerra carlista», «Los cruzados de la causa», «Cuento de abril»...

A V E

¡ Oh lejanas memorias de la tierra lejana,
olorosas a yerbas frescas por la mañana !
¡ Tierra de maizales húmedos y sonoros
donde cantan del viento los invisibles coros,
cuando deshoja el sol la rosa de sus oros,
en la cima del monte que estremecen los toros !

¡ Oh los hondos caminos con cruces y consejas,
por donde atardecido van trenqueando las viejas,
cargadas con la leña cogida en los pinares,
la leña que de noche ha de ahumar en los llares,
mientras cuenta una voz los cuentos seculares
y a lo lejos los perros ladran en los pajares !

¡ Oh tierra de la fabla antigua, hija de Roma,
que tiene campesinos arrullos de paloma !
El lago de mi alma, yo lo siento ondular
como la seda verde de un naciente linar,
cuando tú pasas, vieja alma de mi lugar,
en la música de algún viejo cantar.

¡ Oh tierra, pobre abuela, olvidada y mendiga,
Bésame con tu alma ingenua de cantiga !
Y que aromen mis versos como aquellas manzanas
que otra abuela solía poner en las ventanas,
donde el sol del invierno daba por las mañanas.
¡ Oh las viejas abuelas, las memorias lejanas !

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN

FIGURAS DE DICCIÓN Y CONSTRUCCIÓN.—Las figuras de dicción y construcción, que estudiamos también en la Gramática, son alteraciones en la morfología y en el orden de colocación de las palabras, respectivamente. Las de dicción, salvo en casos particulares, como las contracciones *al* y *del* y los adjetivos apocopados (*gran*, *buen*, *mal*, etcétera), son poco usadas. Pueden ser por adición de elementos al principio (prótesis), en medio (epéntesis) y al fin (paragoge) de la palabra; por sustracción, también al principio (aféresis), en medio (síncopa) y al fin (apócope). La «contracción» forma una sola palabra con elementos de otras varias.

Las figuras de construcción son la sal del lenguaje práctico. Sin ellas, la expresión sería monótona, fría, petrificada. Son la elipsis, o supresión de palabras innecesarias para el perfecto entendimiento de la frase; el pleonasma, o uso de palabras que no afectan al sentido de la frase, pero que le añaden energía, belleza, elegancia; y el híperbaton, que consiste en alterar el orden de recta suce-

sión de las palabras en la oración y de las oraciones en la cláusula.

Nota.—Nadie mejor que el maestro para poner ejemplos. No es necesario, ni siquiera útil, ni aun racional, querer en los libros dedicados a la enseñanza llevar como de la mano; todos los esfuerzos del autor serán estériles si su libro tropieza con un maestro incapaz. En cambio, si el maestro lo es realmente, ya pondrá los detalles y aun suplirá defectos. Quede como advertencia definitiva.

VI

VICENTE MEDINA

Poeta murciano de singular delicadeza y fuerza sentimental. He aquí una de sus poesías más bellas.

I

No mandes a los chicos a la escuela,
porque no la han abierto,
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraíca pa tiempo...

Ha caído en la cama
mu malico el maestro,
y es cosa de temer por las señales
que ya no se levante el probe viejo...

Una jaula vacía
paece la escuela con aquel silencio...
y a sus anchas, corriendo los zagales,
una bandá de pajaricos sueltos.

II

Ya doblan las campanas...
Ya arremató el maestro...
Muncha pena me da, porque era un hombre
de los pocos que hay güenos...
Muncha pena me da por los zagales...
¡ No paro de pensar qué va a ser de ellos !

III

¡ Traigo en el corazón una tristeza !...
D'allá abajico vengo :
La escuela cerraíca, como siempre,
y con aquel silencio...
Chillando alreorcico los zagales
y a sus anchas corriendo...
¡ La jaulica vacía
y la bandá de pajaricos sueltos !

VICENTE MEDINA

EL REGIONALISMO.—En España, conviviendo con la pura poesía castellana, existen en todas las regiones literaturas vernáculas que, reconociendo a aquélla como centro y norma, la enriquecen en giros, formas, sentimientos y matices. No hay que confundir, sin embargo, el regionalismo, aspecto particular, local, de una lengua, con las literaturas de lenguas regionales de verdadera capacidad idiomática, tales como la catalana o gallega, con su Verdguer, su Guimerá, su Maragall, la primera, y su Curros Enríquez, su Lamas Carvajal y su Sofía Casanova, la segunda. En el regionalismo la base es el castellano; pero la expresión se halla cuajada de frases, giros, voces y ar-

ticulaciones locales populares. Tal es el caso de Medina, en Murcia; Gabriel y Galán, en tierras salmantinas; Chamizo, en Extremadura, y Casañal y López Allué, en Aragón...

VII

MANUEL Y ANTONIO MACHADO

Poetas ambos de exquisito gusto. Figuran entre nuestros más selectos líricos. También han compuesto algunas piezas dramáticas, en verso, de gran belleza. Manuel realiza además trabajos de crítica, particularmente de crítica teatral. Andaluces, esto es, fuerza de imaginación y de sentimiento poético. Forma esbelta, exuberante. Antonio es, quizá, el poeta más fino y elegante de nuestros días.

I

CASTILLA

POR MANUEL MACHADO

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada

y al cuento de las picas el postigo
va a ceder... ¡ Quema el sol, el aire abrasa !

A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules, y en los ojos, lágrimas.

Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.
«Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el pobre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de venturas...
¡ En nuestro mal ¡ oh Cid ! no ganáis nada !»

Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita : «¡ En marcha !»

El ciego sol, la sed y la fatiga.
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga (1).

MANUEL MACHADO

(1) Puede usarse la coincidencia de título entre Machado y Pérez de Ayala para ofrecer el contraste entre ambas interpretaciones de un mismo asunto: ambas son verdaderas, pero cada autor se deja herir por distintos hechos y en distinta forma. Según su espíritu.

II

ILUSION

POR ANTONIO MACHADO

Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.

Di, ¿ por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí ?

Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !,
que una colmena tenía
dentro de mi corazón ;
y las doradas abejas
iban fabricando en él,
con las amarguras viejas,
blanca cera y dulce miel.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !,
que un ardiente sol lucía
dentro de mi corazón.

Era ardiente porque daba
calores de rojo hogar,

y era sol porque alumbraba
y porque hacía llorar.

Anoche cuando dormía
soñé, ¡ bendita ilusión !,
que era Dios lo que tenía
dentro de mi corazón.

ANTONIO MACHADO

VIII

FRANCISCO VILLAESPESA

Nació en Lanjar (Almería), en 1877. Es uno de los poetas contemporáneos más fáciles e inspirados. Peregrino de la belleza, ha recorrido medio mundo con el bagaje glorioso de sus versos, y en todas partes ha recogido la admiración sincera que merece su obra, rica y llena de excelencias. Los versos manan de su pluma naturales, fáciles, fluidos, y revelan el dominio e inspiración del autor. Tiene prosas extraordinariamente bellas. Al igual que nuestros más excelsos poetas presentes, y como precursor o iniciador, ha dedicado su actividad al teatro con brillante éxito. «El Alcázar de las perlas», «Bolívar», «Hernán Cortés», «Aben Humeya», «Judit», son tesoros de nuestro teatro poético. También citaremos los libros de poesías «Intimidades», «Flores de Almendro» y «El patio de los Arrayanes».

LA PARABOLA DEL LEPROSO

(CUENTO)

Resplandecían las lejanas montañas envueltas en la polvareda de oro del sol de Nizam. Largas caravanas de camellos se perfilaban lentamente en los arenales.

Grupos de mujeres, con el ánfora al hombro, regresaban, cantando, de las cisternas. Un águila negra, una de esas voraces águilas que anidan en los altos promontorios de la Judea, cerniéndose majestuosa en el azul, proyectaba sombras movibles sobre la tierra.

Jesús, en compañía de tres de sus discípulos, iba a Belén llamado por una pobre viuda cuyo único hijo agonizaba, invocando febrilmente el nombre de aquel dulce Rabí de Galilea, tan amigo de los niños, a quien viera una tarde, junto al brocal del pozo de Jacob, curar con el solo bálsamo de sus palabras a un viejo pastor de los Idumeos, mordido en el brazo por una serpiente venenosa.

Hablaba de la caridad. Sus ojos ardían como soles entre la sombra oscura de las pestañas. Sobre su túnica blanca, con franjas cenicientas, flotaban desmeledados los cabellos. El viento de la tarde hacía estremecer y ondular sobre el pecho su larga barba de nazareno, puntiaguda y acaracolada.

—Sé generoso—decía—, pero no humilles al desvalido con tu generosidad. Cuando des limosna, no mandes tocar delante de ti trompetas de plata, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas. Socorre en secreto. Aquel que oye y ve en secreto, te recompensará.

Su voz era lenta y suave. Las mujeres se paraban al oírle, mirándole con los ojos húmedos de ternura. Los niños acudían, sonrientes, a besar las orlas de su manto. Desde los sembrados próximos, los labradores saludaban, agitando los brazos.

—Se están cumpliendo las profecías. ¡Hosanna al

Hijo de David, al enviado del Señor! ¡Hosanna!
¡Hosanna!

Jesús continuaba:

—No seas como esos ricos licenciosos y avaros que alimentan a sus siervos con las sobras de sus festines. Sienta a los desheredados a la mesa de tu corazón, y parte con ellos tu pan y tu vino. Si ves a tu hermano llorar, no intentes consolarle con prudentes palabras. Llorar con él. Esta es la verdadera caridad.

Caminaba lentamente. Bandadas de cigüeñas chispeaban al sol como flechas de oro. Los rebaños sesteaban a la sombra de los olivos polvorientos. Un pastor tañía un rabel, a compás de una monótona canción patriarcal, en la que se hablaba de tiendas plantadas en medio del desierto, noches de luna, maná del cielo, leche de camellas y vírgenes prudentes que encienden sus lámparas para esperar la llegada del esposo prometido.

Atravesaron campos sembrados, viñedos en flor, donde las tórtolas gemían, jardines cubiertos de lirios.

De pronto, se detuvieron a orillas de una fuente que brotaba en un hilo trémulo y quejumbroso, entre la hendidura de dos rocas.

En el recodo del camino, al pie de una choza cubierta de hojas secas de palma, un leproso, desgarradas las vestiduras, inmóvil y de rodillas, aullaba lastimeramente, con las manos y los ojos elevados al cielo.

Su rostro relucía al sol, como un bronce carcomido por la herrumbre. La frente era una sola llaga. Los labios se caían a pedazos, lívidos y purulentos,

Mateo el Publicano, uno de los primeros discípulos, que era rico en viñas y en ganados, sacó de entre los pliegues de la túnica una moneda, y, desde lejos, volteándola en el aire, se la arrojó al leproso.

Pedro, el más rudo y hábil de los pescadores de Cafarnaum, quitóse del brazo el cesto de provisiones que llevaba para el camino y, andando recelosamente, le colocó junto al umbral de la cabaña.

Juan, el más joven y bello de los discípulos, el predilecto, aquel cuya cabeza de niño tantas veces había sido acariciada por manos divinas, desprendióse del manto de lino que flotaba sobre los hombros. Todo pálido y trémulo, andando con la punta de las sandalias y extendiendo temerosamente los brazos, le dejó caer sobre la espalda del leproso.

Sólo faltaba el óbolo de Jesús. El sol empezaba a transponer tras las rojas montañas. Unos mercaderes se detuvieron a dar agua a los camellos.

El Rabí avanzó serenamente. Su perfil aguileño se destacaba majestuoso, nimbado por un rayo de sol.

Cogió entre sus manos sagradas la cabeza monstruosa del leproso, inclinó la frente y le besó en los labios.

Los discípulos quedaron inmóviles. Los mercaderes, espantados, cayeron de rodillas, con las manos tendidas al cielo... Y hasta los camellos alargaron hacia Jesús sus melancólicas cabezas pensativas, en cuyos belfos temblaba un hilo de agua...

FRANCISCO VILLAESPESA

FIGURAS LITERARIAS.—Hay multitud de figuras literarias. Pero las principales de entre todas son dos: la metáfora y la sinécdoque.

La metáfora consiste en usar para la expresión de un concepto, no la palabra que le conviene propiamente, sino la que corresponde a una idea en la que descubrimos alguna semejanza con él. Algunos ejemplos nos harán entender esto mejor. Si decimos «las aguas cristalinas», «este hombre es un león», con las palabras «cristalinas» «león» queremos expresar los conceptos «claras» y «valientes», porque el agua clara es semejante al cristal y porque el león es valiente. La metáfora se usa mucho. Hay figuras de las llamadas de pensamiento que no son, en último término, sino metáforas especiales.

La sinécdoque consiste en usar una palabra por otra estando ambas contenidas en una unidad superior. Así, se emplea la palabra de la parte para designar el todo; la de la materia, para la obra; la de la especie, para el género, y viceversa. Ejemplos: «Paniza tiene 1.300 almas», «Desenvainó el acero». (*Almas vale por personas, y acero por espadas.*)

IX

MIGUEL DE UNAMUNO

Ex rector de la Universidad de Salamanca. Gran pensador. Helenista eminente. Literato de recio estilo. Es una de las figuras más grandes de nuestro momento literario actual. Nació en Bilbao, en 1864.

Tiene obras didácticas, literarias y del moderno género mixto de ensayos. Debemos citar «Recuerdos de niñez y de mocedad», «Amor y Pedagogía», «Vida de Don Quijote y Sancho», «Por tierras de España y de Portugal», «Niebla», «Abel Sánchez», «Nada menos que todo un hombre»

(arreglado para el teatro, al cual ha dedicado también su actividad Unamuno). Por último, hemos de contar un tomo de poesías titulado «El Cristo de Velázquez».

EL GALLITO DE LA CALLE

(NARRACIÓN)

Luis—le llamaré Luis por darle un nombre—era el gallito de la calle, el chico más roncoso del barrio, un bocota, un verdadero bocota y un fanfarrón. Ninguno de su edad, de los que andaban con él, le había podido y hasta con los mayores se atrevía. Desde que dominó a Guillermo—le llamaré Guillermo—no había quien le metiera roncas ni se le podía aguantar. Era el que mandaba las partidas y se entretenía en asustar a las chicas del barrio o en meterles boñiga en la boca cuando la abrían para cantar, el muy cochino, y nada más que para hacer rabiar a sus hermanos. Al pobre Paco le tenía dominado, lo que se dice dominado; le mandaba hacer toda clase de barbaridades y hasta de cochinerías, y el pobre Paco, como estaba dominado, las hacía sin chistar. Se metía en todas partes y su frase era: ¡A callar se ha dicho!

—¡Si no te callas te hincho los papos de un revés!...—le decía al que se descuidaba.

Era un mandón. Y como pesado, ¡vaya si era pesado!

Al pobre Enrique, a Enrique el tonto, no hacía más que darle papuchadas, diciéndole. «¡Enrique, infla!», y Enrique inflaba los carrillos y él le daba un sopapo

y se reía. Y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

¡ Le teníamos todos una rabia !

Guillermo, desde la última felpa, callaba y le dejaba soltar roncas, esperando y acechando ocasión y diciéndose : « ¡ Dejadle, ya caerá ese roncoso ! » Y los del barrio le azuzaban, diciéndole « chápale », « chápale » como a un perro, y yéndole con cuentos y recaditos a la oreja.

— ¡ Dise que le tienes miedo !

— ¿ Yo ? Sí... miedo...

— Dise que te puede...

— ¡ Sí, las ganas !

— Dise que como rebolincha...

Se encontraron en el campo una mañana tibia de primavera ; había llovido la noche antes y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba en el cuerpo la savia, los brazos les cosquilleaban pidiéndoles moquetes, y a sus acompañantes les barruntaban los corazones morradas.

Cuando los chicos se zurren, es que el cuerpo les pide zurra, y lo que parece motivo no es sino el pretexto que ese prurito busca ; la voluntad inventa los motivos. A Luis y a Guillermo, el cuerpo, envuelto en primavera, les pedía cachetes.

Sobre si fué el uno o el otro quien derribó un « cochorro » de una pedrada, se trabaron de palabras. Mas sabido es que, según Tirso de Molina, los vizcaínos somos cortos de palabras, pero en obras, largos.

El « cochorro » estaba en el suelo, panza arriba, suplicando paz con el pataleo de sus seis patitas, espe-

rando a que por él y sobre él se decidiera la hegemonía del barrio.

—Si tú... echar roncas na'a más sabes!...

—¿Yo? ¿Roncas yo? ¡Si te doy uno!...

Hacía como que se iba, con un desdén solemne, y luego volviendo:

—¡Calla y no me provoques!

—¡Aivá! Provoques...—exclamó uno de los mirones—, provoques..., provoques ha dicho..., provoques... ¡qué farolín! ¡pa'a que se le diga!

Se burlaba del vocablo, y le azuzaba. Y empezó el general azuzamiento.

—¡Anda, pégale!

—¡Chápale a ése!

—¿Le tienes miedo?

—¿Miedo yo?

—¡Mójale la oreja!

—¡Tírale saliva!

—¡Llámale aburrido!

—¡Provócale, anda, provócale!

Todos soltaron la risa al oír el *¡provócale!*, que les sonaba cómico; Luis se puso colorado y se acercó a imponer un duro correctivo al burlón.

—¡Déjale quieto!—le gritó Guillermo.

—¡Y a ti también si chillas mucho!

—¿A mí?

Luis le dió un empellón, devolvióselo Guillermo, siguió un moquete, y ya estaba armada. Los mirones saltaban de gusto, y uno de ellos se puso a rezar por Guillermo, diciendo a media voz: «¡Ojalá gane Guillermo..., ojalá amén..., ojalá gane..., ojalá gane!...»

Se separaban para darse vuelo al brazo y descargarlo así con más brío. Al principio llevaban la mano a la parte herida y se tomaban tiempo para devolver el golpe; después, calentados ya y enardecidos, sólo se cuidaban de dar y de no recibir; menudeaban embistes sin darse reposo.

Y el *rezador* seguía: «Ojalá gane..., ojalá gane..., ojalá gane...»

—¡Echale la zancadilla!

Cayeron, al fin, al suelo mojado, Luis debajo, y al caer aplastaron al «cochorro», que imploraba paz con sus seis patitas. Guillermo sujetó con las rodillas los brazos del enemigo, y mientras éste forcejeaba, él, resudado, roja la faz, irradiándole alegría e ira los encendidos ojos, le decía entre dientes: ¿Te rindes? ¡No!, contestaba el otro con voz ahogada, y él le descargaba un puñetazo en los hocicos. ¿Te rindes? ¡No! Otro puñetazo más, y así hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En este momento, uno de los mirones exclamó: ¡Agua..., agua..., agua! Era el alguacil—o *aguacil*, como decíamos nosotros—que venía el muy pillo cautelosamente, haciéndose el distraído, como tigre de caza. Al verle abandonaron todos el campo, echando a correr. Y el alguacil, al ver que se le escapaba la presa, amenazábales desde lejos con el bastón.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo, y sin hacer caso del que le repetía: ¡He rezado por ti!, ¡he rezado por ti! Poco después entró el vencido sangrando por boca y narices, embarrado, hosco y murmurando: ¡Ya caerá, ¡ya

caerá! ¡Y qué corte rodeó desde aquel día a Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento; ya no temían al roncoso, ya podían decirle: ¡Te ha podido Guillermo! Todos estaban llenos de gozo de haber cambiado de amo. Y el vencido repetía: ¡Ya caerá!, ¡ya caerá!

MIGUEL DE UNAMUNO

PROSA Y VERSO.—La prosa es una forma de composición más libre que el verso. En éste hay que sujetarse rigurosamente a las leyes del ritmo y medida, y además, por lo general, las divisiones o versos terminan de cierto modo constante, esto es, *riman*. La prosa, en cambio, ha de cuidar únicamente del ritmo, atendiendo a que la expresión no resulte inarmónica, desagradable al oído. Eso no quita para que haya prosas de extraordinaria belleza. Tal sucede entre nuestros clásicos, y ya más modernamente han brillado haciendo prosa con intención poética Bécquer, Villaespesa y otros. Menéndez y Pelayo, por natural disposición, tiene también en sus obras crítico-históricas bellísimos trozos.

X

ARMANDO PALACIO VALDES

Nacido en 1853. Asturiano. El novelista más leído de España después de Blasco Ibáñez. Entre nosotros más que éste seguramente. La mayor parte de sus obras han sido vertidas a otros idiomas, particularmente al inglés. Parece ser que en algunos puntos de la Gran Bretaña «José» ha sustituido al Quijote parcialmente, para ofrecer un ejemplo moderno en la enseñanza del sepañol. La prosa

de Palacio Valdés es sencilla, fresca, flúida, rica. La trama de sus novelas y cuentos ofrece siempre sumo interés. Entre sus novelas más celebradas se encuentran «La hermana San Sulpicio», «Marta y María», «La alegría del capitán Ribot», «Riverita», «Maximina», «La aldea perdida», «El Maestrante»...

POLIFEMO

(CUENTO)

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz, que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa de alas anchurosas, reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aun más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aun palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy notable y heroica ciudad de Oviedo.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía espanto en nuestros infantiles corazones, y cuando no, escuchábamos su voz fragosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años...

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía al nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro de que el coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho y otras golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo perdurable a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano, llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien; las preferencias de Muley estaban por él. (Los rebotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes, a

él se consagraban, en menoscabo de los demás.) ¡ Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría !

¿Adivinaba el Muley que aquel niño desvalido, siempre silencioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro ; pero así parecía.

Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba por allí de improviso Muley, ya se sabía : llamaba aparte a Andresito y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto. La silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero estas entrevistas, rápidas y llenas de zozobras, fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas.

Por eso, una tarde, con osadía increíble, se llevó, a presencia nuestra, el perro hasta el Hospicio, como en Oviedo se denominaba la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el coronel aun no se había ido del paseo ni advirtió la desertión de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aun no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse al Muley a dormir

con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores, al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo al perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las de Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hablado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá al amanecer, el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa :

—Mira, Muley—dijo en voz baja mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas, lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve en este mundo; Andresito era feliz al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en un apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!...

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra a mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba a uno en pos del otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo—replicó el chico en voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú!—dijo el coronel sonriendo forzosamente—. ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es?—volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo?... Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí pensé que Andresito estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué

así, por fortuna. El coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere—dijo el niño con voz firme.

El coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien—dijo al cabo—. ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro, y dijo volviéndose:

—Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar al perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresillo había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? ¡No llores, hijo mío!

—Porque le quiero mucho... porque es el único que me quiere en el mundo—gimió Andrés.

—¿Pues de quién eres hijo?—preguntó el coronel sorprendido.

—Soy de la Inclusa.

—¿Cómo?—gritó Polifemo.

—Soy hospiciano.

Entonces vimos al coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de

lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío?... Cuando quieras...

Dios me perdone, pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

XI

JACINTO BENAVENTE

Don Jacinto Benavente (nacido en Madrid en 1866) es el dramaturgo más genial, en lengua castellana, de los tiempos contemporáneos. Fuerza de pensamiento, riqueza, elegancia y belleza de lenguaje, maravillosa pericia en la disposición de las escenas; el teatro de Benavente enseña y cautiva siempre. Suele ser ejemplar y poseer una fuerte dosis de crítica social.

Todo lo que se diga de este gran escritor es poco en relación con sus méritos, que han alcanzado recientemente, en 1922, la más alta recompensa que hoy existe para los trabajos de la inteligencia: el premio Nobel.

Ha escrito mucho, muchísimo. Recordaremos «El nido ajeno», «Lo cursi», «Señora ama», «La noche del sába-

do», «Campo de armiño», «La propia estimación» (cuya delicadeza espiritual no tiene par, o al menos yo no se lo encuentro), «La Malquerida», «El dragón de fuego», «Los intereses creados», «La ciudad alegre y confiada», «La mariposa que voló sobre el mar», «¡No quiero, no quiero!».

Y VA DE CUENTO...

(CUADRO SEGUNDO DEL ACTO TERCERO)

LA COJITA.—Por esta peña desaparecieron y no pude seguirles. Todavía oigo aquella música, y el alma se me va tras ella. En el pueblo me moriré de pena, sola con los viejos, que no hacen más que llorar. ¿No se abrirá esta peña para darme paso? ¡Quién pudiera ir con ellos! ¡Serán tan felices!... ¡Era tan hermoso lo que yo veía al sonar de la música!... ¡No puedo olvidarlo!... ¡Quién me llevaría con ellos, quién me llevaría! (*Aparece un Angel vestido de negro.*)

ANGEL NEGRO.—¿Te atreverías a venir conmigo? Yo abro todas las puertas que dan a todas las regiones soñadas. Pero ¿tú sabes dónde está la región de tus sueños? Mi camino es de sombras; yo no sabré llevarte si no hay en tu alma claridad que me guíe.

LA COJITA.—¿Quién eres tú?

ANGEL NEGRO.—El Angel de la Muerte.

LA COJITA.—¿De la Muerte dices? Me da miedo, y tú quieres llevarme. No, no quiero ir contigo.

ANGEL NEGRO.—Lo sabía. Nadie quiere venir conmigo, porque nadie lleva en su alma la luz que ha de guiarle en las sombras de mi camino; todos temen perderse en él y no encontrarse nunca. Pero en mi camino

sólo se pierden los que ya van perdidos. Yo no doy muerte a nadie, pero ¡vienen a mí tantos muertos! ¿Qué puedo yo hacer de ellos? Para los que traen un alma yo no soy la muerte: soy la inmortalidad; pero son tan pocos los que traen un alma, aunque creen traerla...

LA COJITA.—Me da miedo, me da miedo. No, no quiero ir contigo... (*Desaparece el Angel. Aparece otro Angel, vestido de azul.*) ¿Y tú eres un ángel también? ¿Puedes tú llevarme?

ANGEL AZUL.—Sí, yo puedo llevarte hasta la hora de despertar. Soy el Angel de los Sueños. Con sólo cerrar los ojos te llevaré donde desees; no está muy lejos. Pero cuando despiertes todo habrá terminado.

LA COJITA.—¿Entonces sólo será un sueño?

ANGEL AZUL.—¿No es bastante? Un hermoso sueño...

LA COJITA.—Y luego despertar... No, sería más triste... No, no quiero ir contigo...

ANGEL AZUL.—El recuerdo de un hermoso sueño puede hermosear toda una vida.

LA COJITA.—No, no; el recuerdo de un hermoso sueño es una tristeza más en una triste vida. No, no quiero ir contigo... (*Desaparece el Angel. Aparece otro Angel, vestido de rojo.*)

LA COJITA.—Y tú, ¿eres un ángel bueno? Que más pareces un demonio.

ANGEL ROJO.—No lo sé... Yo soy lo que tú quieras que sea... Tengo muchos nombres, soy como la vida misma... Soy fuerza en los fuertes, voluntad en los que quieren, amor en los que aman... También soy cobar-

día, violencia, locura, crimen... Soy lo que los hombres quieren que sea... ¿Quieres seguirme?

LA COJITA.—¿Qué he de hacer?

ANGEL ROJO. — Seguirme. ¿Quieres venir conmigo?

LA COJITA.—Quiero seguirte, quiero...

ANGEL ROJO.—Esa es la palabra. Mira. (*Se abre la peña.*)

LA COJITA.—¡ Oh, el camino !... ¡ Y es todo luz !

JACINTO BENAVENTE

La obra a que pertenece este cuadro es una fantasía, un verdadero cuento escénico en cuatro actos y un prólogo. Un pobre vagabundo, Juanillo, recibe de la Luna una flauta mágica cuyo sonido atrae a quien quiere aquel que la toca. Con ella libra a una aldea de una plaga de ratones; pero luego de salvada, la aldea niega a Juanillo el precio estipulado, y entonces éste, en justo castigo, la condena a soledad y tristeza, arrebatándole jóvenes y niños y dejando sólo a los viejos. Sólo una cojita vuelve al pueblo por no poder seguir a la juventud, y aun ésta vemos cómo retorna en busca de Juanillo. Sin embargo, la flauta sólo conservará su poder hasta el día en que Juanillo se enamore. Como éste es joven, este día llega. Entonces la Luna lo pone a prueba, y triunfante de ella, queda como futuro esposo de su enamorada Flor de Nieve, princesa del reino de los inocentes, al cual Juanillo salvará del ataque de los hombres-fieras. La cojita solicita y obtiene del protagonista el perdón de la aldea ingrata.

Nota.—No se explicará otro argumento. Esta es una labor de cada maestro. Si se hace con éste es por tratarse de obra no de las más conocidas. Además es necesario complemento por la naturaleza del trozo trasladado.

XI bis

JOSE MARIA GABRIEL Y GALAN

Es uno de nuestros poetas líricos más inspirados. El dolor y la alegría tienen en él esa mansedumbre, esa dulzura, esa tranquila calma de sus soledades salmantinas. Con Gabriel y Galán canta el campo español, inexplorado hasta él, desconocido todavía en su exuberante vida espiritual, que sobrenada por encima de una incultura lamentable, de que no tiene culpa, pues yace en el más triste de los abandonos.

Gabriel y Galán penetró bien las almas blandas de los campesinos: sus versos, lo mismo los castellanos que los extremeño-salmantinos, rezuman ternura y amorosidad, y van vestidos con sencillez, pero con tanta belleza, con tal exquisito gusto, con tan clara limpidez, que uno queda preso en el encanto de sus atractivos.

Leyendo «El ama», «Los pastores de mi abuelo», «La jurdana», todas sus bellísimas poesías, se olvida uno de sí mismo, invadido por aquella oleada de sentimientos nobilísimos que los versos destilan en el alma.

LOS DOS SOLES

Vámonos al hastial de la sala,
vámonos, Francisco,
que se está que da gloria estos días
de sol y de frío.
Y al rincón del hastial soleado
por tibiezas de sol invernizo
se van temblorosos
los dos viejecitos,
con el calendario,

con el argadillo,
con las frentes cargadas de tiempo,
con las venas cargadas de frío.
¡Qué serena la tarde resbala
por delante de aquel rinconcito!
¡Las dulces tibiezas
del sol invernizo,
como alientos del Dios de la vida,
dan calor a los dos viejecitos!
Una dulce modorra süave
va durmiendo sus torpes sentidos...
al rumor del rozar quejumbroso
de las vueltas del viejo argadillo,
que se queja con ritmo de enfermo,
plañidero, sutil, dolorido.
La tarde es templada
y el rincón del hastial está tibio...
Se derrite la nieve en los campos,
se descubre el verdor del egido,
pican las cigüeñas
la vera del río,
lavan las muchachas,
balan los cabritos,
corren los regatos,
llora el argadillo,
y en los montes las lenguas de acero
de los anchos destrales blandidos
acompañan su bronca salmodia
con reflejos estruendos sombríos,
fragorosos desgarres de ramas,
roncos tumbos de troncos hendidos...

¡ Allí están los mozos !
¡ Allí está aquel hijo !
Murieron los rayos
del sol mortecino...
—Vamos a la lumbre.
—Vámonos, Francisco.
Y al rincón del hogar frío y solo
se marcharon los dos viejecitos,
con el calendario,
con el argadillo,
temblando de viejos,
temblando de frío...
—Ya viene cantando...
—Ya viene ese hijo...
Y el hogar apagado y oscuro
revivió con el mozo fornido,
revivió con los fuegos sagrados
del amor y el hogar confundidos...
Y el viejo a la vieja
díjole al oído :
—Tenemos dos soles
que quitan el frío :
«pa» de día, el que alumbra en el cielo ;
«pa» de noche, ese hijo... ese hijo...

JOSÉ M.^a GABRIEL Y GALÁN

ELEMENTOS DEL VERSO.—*Medida*: Son elementos del verso el ritmo, la rima y la medida. Consiste el ritmo en la hábil disposición de los elementos fonéticos y prosódicos del lenguaje para producir una combinación armónica, musical. El ritmo no es exclusivo del verso; toda compo-

sición literaria debe ser rítmica, pero en el verso las leyes del ritmo tienen que alcanzar la máxima depuración.

La rima consiste en la igualdad o semejanza de las terminaciones de algunos versos. Puede ser consonante y asonante. En otro lado la estudiaremos.

Una tercera y preciosa condición del verso es la medida. Consiste en la igualdad o proporcionalidad del número de sílabas de todos los versos de una composición. La medida de los versos es muy sencilla. Basta recordar que si una palabra que termina en vocal va seguida de otra con vocal inicial se suelen contraer y formar una sola sílaba con la final de la primera y la inicial de la segunda. Además, la sílaba acentuada se alarga, abreviando las que le siguen inmediatamente. Por ello, si la última palabra del verso es aguda, éste se considera aumentado en una sílaba. Lo contrario si es esdrújula, lo que raza vez acontece.

Ejemplo.—Versos de ocho sílabas: Na-ve-ga ve-le-ro mí-o (8) — sin-te-mor (3 más 1, por ser la última palabra aguda, 4) que nie-ne-mi-go-na-ví-o (8) — ni-tor-men-ta-ni-bo-nan-za (8) — tu-rum-bo-a-tor-cer-al-can-za (8) — nia-su-je-tar-tu-va-lor (8, esto es, 7 más 1). En castellano las disposiciones métricas más bellas son las de ocho y once sílabas.

XII

BENITO PEREZ GALDOS

Nació don Benito Pérez Galdós en Canarias el año 1840, y murió en 1920. Es uno de los escritores más grandes de la España contemporánea. Su prosa es difícilmente superable, y su estilo, en general, recio y personal. Su obra tiene un puesto eterno en la historia de nuestra literatura. Escribió los «Episodios nacionales», colección de novelas históricas en que, siguiendo peripecias de persona-

jes fantásticos, desfila toda nuestra historia del siglo XIX. de Trafalgar a la Restauración. Difícilmente se encontrará otra serie de tanto valor, dentro del género, en la historia de la Literatura Universal. Escribió otras muchas novelas, algunas de las llamadas de tesis; es decir, que la trama del suceso novelesco sirve para envolver un cierto ideal del autor. También produjo excelentes obras dramáticas, y los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero han llevado al teatro «Marianela». Entre las novelas podemos citar «Doña Perfecta», «Marianela», «Gloria», «El doctor Centeno», etc. (algunas llevadas al teatro), y entre los dramas, «El abuelo», «Realidad» y otras.

El trozo que sigue contiene una hermosa descripción perteneciente a uno de los «Episodios nacionales», titulado *La Corte de Carlos IV*. Los sucesos que en él se narran son anteriores en poco tiempo a la invasión francesa y se refieren a las intrigas palaciegas dirigidas por el príncipe heredero Don Fernando (luego Fernando VII) que habían de dar como resultado la abdicación de su padre Carlos IV tras el motín de Aranjuez.

El momento de este trozo es aquel en que, descubierta una conspiración del príncipe, es conducido a presencia de su real padre.

LA CORTE DE CARLOS IV

Iba delante un señor con un gran candelabro en la mano, como alumbrando a todos, y para esto lo llevaba en alto, aunque tan poca luz servía sólo para hacer brillar los bordados de su casacón de gentilhombre. Luego seguían algunos guardias españoles; tras ellos un joven en quien al instante reconocí, no sé por qué, al príncipe heredero. Era un mozo robusto y de temperamento sanguíneo, de rostro poco agradable, pues la espesura de sus negras cejas y la expresión singular de su boca hendida y de su excelente nariz le hacían

un poco antipático, por lo menos a mis ojos. Iba con la vista fija en el suelo, y su semblante alterado y hosco indicaba el rencor de su alma. A su lado iba un anciano como de sesenta años, y al principio no comprendí que pudiera ser el rey Carlos IV, pues yo me había figurado a este personaje como un hombrecito enano y enteco, siendo lo cierto que, tal como lo vi aquella noche, era un señor de mediana estatura, grueso, de rostro pequeño y encendido, y sin rasgo alguno en su semblante que mostrase las diferencias fisonómicas establecidas por la naturaleza entre un rey de pura sangre y un buen almacenista de ultramarinos.

En los personajes que le acompañaban, y eran, según después supe, los ministros y el gobernador interino del Consejo, me fijé más que en la real persona, y después daré a conocer algunos de aquellos esclarecidos varones. Cerraba, por último, la procesión el zaguanete de la guardia española, y nada más. Mientras pasó la comitiva, sepulcral silencio reinó en todo el tránsito y tan sólo se oyeron las pisadas que se perdían de cámara en cámara hasta llegar a las que formaban el cuarto de Su Alteza. Cuando estuvieron en éste, la cháchara comenzó de nuevo entre los circunstantes, y vi a Amaranta, que, habiendo salido a buscarme, hablaba con un caballero vestido de uniforme.

—Creo que al declarar—dijo el caballero—Su Alteza ha estado un poco irreverente con el rey.

—¿De modo que está preso?—preguntó Amaranta con gran curiosidad.

—Sí, señora. Ahora quedará detenido en su cuarto

con centinelas de vista. Vea usted, ya salen. Deben haberle recogido su espada.

La comitiva volvió a pasar sin el príncipe, y precedida del gentilhombre con el candelabro, que iba abriendo camino. Cuando el rey y sus ministros se alejaron, los palaciegos que habían salido a las galerías fueron desapareciendo también en sus respectivas madrigueras, y por mucho tiempo no se oyó más que el violento cerrar de multitud de puertas. Se apagaron las pocas luces que alumbraban tan vastos recintos, y las hermosas figuras de los tapices se desvanecieron en la oscuridad, como fantasmas a quienes el canto del gallo llama a sus ignotas moradas.

Yo subí con mi ama a nuestro departamento, y me asomé por una de las ventanas que caían hacia el interior, para reconocer, como de costumbre, el sitio en que estaba. Era oscurísima la noche, y no vi más que una masa negra e informe, de la cual se destacaban altos tejados, cúpulas, torres, chimeneas, paredones, aleros, arbotantes y veletas que desafiaban el firmamento como los topes de un gran navío. Tal imponente vista causaba cierto terror al espíritu, despertando meditaciones que se mezclaban a las sugeridas por lo que acababa de ver; mas no pude ocuparme mucho en trabajos del pensamiento, porque un sutilísimo ruido de faldas y un ligero *ce ce* con que se me llamaba me hizo mover la cabeza y apartarme de la ventana.

BENITO PÉREZ GALDÓS

LA NARRACIÓN.—Narrar es relatar, referir hechos verdaderos o falsos. La principal condición que debe reunir la

narración es la animación, el dinamismo. Como se refiere a acciones, debe pintarlas de modo que el que las escuche o lea tenga la impresión de que las presencia. La narración, tan del gusto de los niños, es la forma predominante en los cuentos, novelas e historias. Es característica de la poesía épica, especialmente de la épica heroica. Los «Episodios nacionales» contienen estupendas narraciones.

XIII

JOSE MARIA DE PEREDA

Novelista santanderino (nació en Polanco—1834-1906—). Menéndez y Pelayo, el más grande de los críticos e historiadores de nuestra lengua, le llamó «orgullo de Santander». Y con razón, porque Pereda es un precioso estilista, cuya prosa es una maravilla de corrección, fluidez y justeza. Sus descripciones no tienen rival, y es porque a su dominio de la forma literaria se aunaba un amor inmenso por los lugares de la montaña nativa, donde se desliza la trama de las más de sus novelas. Algunos le tachan de pesadez, pero no debe olvidarse que escritores de su tipo son para gustados, como todo lo bueno, a pequeños sorbos. Es un autor que gusta más cuanto más se lee, y es que en cada nueva lectura sentimos penetrar más en nosotros el encanto que sus libros emanan. Las obras más conocidas de Pereda son «Sotileza», «Peñas arriba», «El buey suelto», «Pedro Sánchez» y «El sabor de la tierra».

DE TAL PALO TAL ASTILLA

(FRAGMENTO)

Presupuesto que el lector sabe lo que es una hoz, repítale que la de mi cuento es muy angosta, lo que es causa de que el río tenga poco espacio en qué tender-

se, y de que se estire y se retuerza, en su afán de salir cuanto antes a terreno despejado. Alzanse los dos taludes de las montañas casi a pico; circunstancia que no les impide estar bien revestidos de césped y jarales, y muy poblados de robles, alisos y abedules; ¡y es de ver cómo estos árboles se agarran a las laderas para tenerse derechos y alargan sus copas a porfía para recoger al paso los pocos rayos del sol que se atreven a colarse por aquella rendija!

El áspero graznido de la «ronzuella»; el grito lamentoso del cárabo solitario; el susurro de la brisa entre el follaje, y el sordo murmurar del río oculto en las aspezas de su cauce, son de ordinario los únicos ruidos de aquella soledad melancólica y bravía. Los caminantes que la atraviesan a lo largo oyen el son de sus cantares, repercutido en los repliegues de los taludes; y hasta un suspiro halla en ocasiones eco misterioso que le repita y le propague. Nada más tranquilo que aquella naturaleza lóbrega y meditabunda. ¡La calma de los volcanes!

Juzgue el lector si la comparación viene a pelo, acercándose conmigo a la embocadura de la barraca en la noche en que comienza este verídico relato.

El río, impetuoso y embravecido por la lluvia torrencial que cae hace dos horas, no cabe en su estrecho cauce, y muge espumoso, y salta y se despeña, y se lleva por delante árboles y «terreros», con sus aguas desbordadas, que garras parecen con que trata de asirse a lo que encuentra al paso, asustado de su vertiginosa rapidez. En tanto, el huracán, oprimido entre los muros de tan estrecha y retorcida cárcel, silba y brama

haciendo a ratos enmudecer al río; y troncos poderosos, y débiles arbustos, y rastreros matorrales se inclinan a su paso, dejando oír sobre sus copas desgrena- das, al herirlas el pedrisco, el estridente machaqueo de una lluvia de perdigones sobre láminas de acero. Por imposible se tuviera que sobre estos ruidos juntos llegara a descollar otro más fuerte, y, sin embargo, cosa de juego parecen cuando, muy de continuo, re- tumba el estallido del trueno, y crece y se multiplica de cueva en cueva y de peñasco en peñasco. Entonces, al iluminar los relámpagos el temeroso paisaje, los ro- bustos árboles adquieren formas monstruosas. Diríase, al verlos tocar el suelo con sus ramas, y enderezarse luego entre los cien caprichos de la sombra, que son gigantes empeñados en cruenta batalla, y que, en gru- pos desordenados y tumultuosos, riñen y se abofetean, se insultan y se enardecen con la tremenda voz de la tempestad deshecha.

JOSÉ M.^a DE PEREDA

LA DESCRIPCIÓN.—Es la representación, por medio del lenguaje, de personas, objetos o lugares. La descripción de personas suele recibir en literatura el nombre de retra- to. Las condiciones esenciales de las descripciones son la verdad y el colorido. Consiste éste en la riqueza de mati- ces con que se hace resaltar la belleza de lo descrito y aquélla en el ajuste a la realidad interna u objetiva que se quiere representar.

XIV

JUAN VALERA

Novelista y crítico andaluz. Nació en Cabra (Córdoba) en 1824 y murió en 1905. Fué también diplomático y ocupó en su carrera diversos cargos. Como ha dicho de él Gómez de Baquero, es el prototipo de la elegancia. Espíritu aristocrático, su pluma perpetuó su espíritu. Sencillez, elegancia, corrección, facilidad, suave humorismo: he ahí sus cualidades sobresalientes. Sus trabajos de crítica se caracterizan por la benignidad, tan distinta de esa dureza y rigidez tan comunes en nuestros críticos, aun en los más ilustres: Larra y «Clarín», por ejemplo. Están contenidos principalmente en sus «Cartas americanas». Entre sus novelas descuella «Pepita Jiménez», lo que no quita para que otras muchas sean verdaderos monumentos de nuestra literatura. Tales, «Doña Luz», «Las ilusiones del doctor Faustino», «El comendador Mendoza», etc.

PEPITA JIMENEZ

(CARTA DEL PROTAGONISTA A UN TÍO SUYO)

La monotonía de mi vida en este lugar empieza a fastidiarme bastante, y no porque la vida mía en otras partes haya sido más activa físicamente, antes al contrario, aquí me paseo mucho a pie y a caballo, voy al campo y por complacer a mi padre concurre a casinos y a reuniones; en fin, vivo como fuera de mi centro y de mi modo de ser; pero mi vida intelectual es nula, no leo un libro, ni apenas me dejan momento para pensar y meditar sosegadamente; y como el encanto de mi vida estriba en estos pensamientos y medita-

ciones, me parece monótono lo que hago ahora. Gracias a la paciencia, que usted me ha recomendado para todas las ocasiones, puedo sufrirla.

Otra causa de que mi espíritu no esté completamente tranquilo es el anhelo, que cada día siento más vivo, de tomar el estado a que resueltamente me inclino desde hace años. Me parece que en estos momentos, cuando se halla tan cercana la realización del constante sueño de mi vida, es como una profanación distraer la mente hacia otros objetos. Tanto me atormenta esta idea, y tanto cavilo sobre ella, que mi admiración por la belleza de las cosas creadas, por el cielo, tan lleno de estrellas en estas serenas noches de primavera, y en esta región de Andalucía; por estos alegres campos cubiertos ahora de verdes sembrados, y por estas frescas y amenas huertas, con tan lindas y sombrías alamedas, con tantos mansos arroyos y acequias, con tanto lugar apartado y esquivo, con tanto pájaro que le da música y con tantas flores y hierbas olorosas; esta admiración y entusiasmo mío, repito, que en otro tiempo parecía avenirse por completo con el sentimiento religioso que llenaba mi alma, excitándolo y sublimándolo en vez de debilitarle, hoy casi me parece pecaminosa distracción e imperdonable olvido de lo eterno por lo temporal, de lo increado y suprasensible por lo sensible y creado. Aunque con poco aprovechamiento en la virtud, aunque nunca libre mi espíritu de los fantasmas de la imaginación, aunque no exento de mí el hombre inferior de las impresiones exteriores y del fatigoso método discursivo; aunque incapaz de reconcentrarme por un esfuerzo de

amor en el centro mismo de la simple inteligencia, en el ápice de la mente, para ver allí la verdad y la bondad desnudas de imágenes y de formas, aseguro a usted que tengo miedo del modo de orar imaginario, propio de un hombre corporal y tan poco aprovechado como yo soy. La misma meditación racional me infunde recelo. No quisiera yo hacer discursos para conocer a Dios, ni traer razones de amor para amarle: quisiera alzarme de un vuelo a la contemplación esencial e íntima. ¡Quién me diese alas, como de paloma, para volar al seno del que ama mi alma! Pero ¿cuáles son, dónde están mis méritos? ¿Dónde las mortificaciones, la larga oración y ayuno? ¿Qué he hecho yo, Dios mío, para que Tú me favorezcas?

Harto sé que los impíos del día presente acusan con falta completa de fundamento a nuestra santa religión de mover las almas a aborrecer todas las cosas del mundo, a despreciar, a desdeñar la Naturaleza, tal vez temerla casi, como si hubiera en ella algo de diabólico, encerrando todo su amor y todo su afecto en el que llaman monstruoso egoísmo del amor divino, porque creen que el alma se ama a sí propia amando a Dios. Harto sé que no es así, que no es ésta la verdadera doctrina; que el amor divino es la caridad, y que amar a Dios es amarlo todo, porque todo está en Dios y Dios está en todo por inefable y alta manera. Harto sé que no pecco amando las cosas por el amor de Dios, lo cual es amarlas por ellas con rectitud, porque ¿qué son ellas más que la manifestación, la obra del amor de Dios? Y, sin embargo, no sé qué extraño temor, qué singular escrúpulo, qué apenas impercep-

tible e indeterminado remordimiento me atormenta ahora, cuando tengo, como antes, como en otros días de mi juventud, como en la misma niñez, alguna efusión de ternura, algún raptó de entusiasmo, al penetrar en una enramada frondosa, al oír el canto del ruiseñor en el silencio de la noche, al escuchar el pío de las golodrinás, al sentir el arrullo enamorado de la tórtola, al ver las flores o al mirar las estrellas. Se me figura que hay en todo esto algo de delectación sensual, algo que me hace olvidar, por un momento al menos, más altas aspiraciones. No quiero yo que en mí el espíritu peque contra la carne; pero no quiero tampoco que la hermosura de la materia, que sus deleites, aun los más delicados, sutiles y aéreos, aun los que más bien por el espíritu que por el cuerpo se perciben, como el silbido delgado del aire fresco cargado de aromas campesinos, como el canto de las aves, como el majestuoso y reposado silencio de las horas nocturnas, en estos jardines y huertas, me distraigan de la contemplación de la superior hermosura y entibien por un momento mi amor hacia quien ha creado esta armoniosa fábrica del mundo.

JUAN VALERA

GÉNEROS LITERARIOS.—Son grandes conjuntos de composiciones literarias, o bien, cada una de las grandes divisiones que se hacen de las obras literarias según su fin y su forma. A tres géneros se pueden referir todas las obras literarias: la Poesía, que tiene como fin esencial la belleza; la Didáctica, que, sin descuidar la belleza, antes bien, consiguiéndola en lo posible, o al menos huyendo de la fealdad, tiene, sin embargo, como fin primordial, la ense-

ñanza, la utilidad; y la Oratoria, que comprende piezas dedicadas a su pronunciación en público y es un género mixto, intermedio por su fin entre la Poesía y la Didáctica. Cada uno de estos géneros comprende distintas subdivisiones. La Poesía puede ser épica, lírica y dramática. La Didáctica comprende la Historia y las exposiciones científicas, filosóficas, etc. La Oratoria puede ser religiosa, forense y política.

XV

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

Es probablemente la capacidad más portentosa de nuestro siglo. Sus aptitudes son multiplicadas. Pintor, prosista de extraordinario nervio y color. Pero, sobre todo, biólogo que no admite paridad si no es, acaso, con Pasteur. Don Santiago Ramón y Cajal puede ser definido diciendo que es genio entre los genios. En 1906 fué galardonado con el premio Nobel. Nació en Petilla de Aragón en 1851.

EL GOCE DE ENSEÑAR

Hay muchos hombres que no comprenden la satisfacción y el noble orgullo producido por el ejercicio de la enseñanza. Repútanlo oficio oneroso, molesto, pesadísimo, propio solamente de gentes infelices, de proletarios intelectuales: error profundo que explica cómo entre nosotros la profesión de maestro es carrera azarosa, sin despensa asegurada, ni prestigio reconocido. Sólo cuando el azar o la propia vocación nos llevan al ejercicio docente, compréndese cuán hermoso ministe-

rio es éste y cuánta satisfacción reporta. Dígase lo que se quiera, la caridad de la enseñanza tiene también sus placeres, sobre todo cuando brota de lo íntimo y se asocia a ese calor simpático de la humanidad que tanta autoridad y prestigio da a la palabra del maestro. Hay en la función docente algo de la satisfacción orgullosa del domador de potros; pero hay mucho más del placer inocente del jardinero que espera ansioso la primavera para conocer el matiz de la flor sembrada y comprobar la bondad de los métodos de cultivo.

Experimenté, repetimos, una dicha inefable en ayudar la obra de la Naturaleza, desentumeciendo, desperezando el cerebro todavía enmbrionario del niño y siguiendo paso a paso los progresos que la tierna inteligencia hace en el manejo de los signos del lenguaje y en la comprensión de las palabras.

Y si por ventura, por premio de nuestras enseñanzas, la inteligencia del niño reacciona pujante, se incorpora fácilmente las ideas y da muestras de superior ingenio con alguna frase atinada, con algún juicio personal y justo acerca de las cosas, entonces, ¡ ah, qué satisfacción tan grande !

Ser padre, algo es; ser maestro afortunado, es más aún; pero desenvolver un buen entendimiento, colaborar en sus triunfos, es alcanzar la paternidad más alta y más noble, es como corregir y perfeccionar la obra de la Naturaleza, lanzando al mundo, poblado de flores amarillas, vulgares y repetidas, una flor nueva, que acredite la marca de fábrica del jardinero de almas, y que se distinga de la muchedumbre de las

flores humanas por su matiz raro, precioso y exquisito.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

LA DIDÁCTICA.—Según la definición de Revilla, la Didáctica es la expresión artística de la verdad científica por medio de la palabra. De modo que la Didáctica tiene por fin primordial la enseñanza, la transmisión de conocimientos, de supuestas verdades. Como el afán de enseñar es connatural al que sabe o piensa que sabe, este género aparece pronto en todas las literaturas, primero de la mano de la épica y luego independiente. Entre nosotros, las primeras manifestaciones eruditas son ya épico-didácticas. Y en el siglo XIII, un siglo apenas después del nacimiento del castellano a la vida literaria, aparece la Didáctica con la introducción, por Alfonso el Sabio, del simbolismo oriental. El género didáctico comprende, como sabemos, la Historia, la Filosofía, las Ciencias.

XVI

JOSE ECHEGARAY

Este insigne literato y científico nació en Madrid en 1833 y murió en 1916. Es uno de los talentos más prodigiosos que ha producido España. Poeta, dramaturgo, político, físico, matemático eminente, de todo entendía y en todo brillaba. Como literato llegó a una altura tan grande, que le correspondió el premio Nobel de 1904. (Estos premios son cinco anuales. Fueron creados por el ingeniero sueco Alfredo Nobel, que dedicó a ellos gran parte de su fortuna para galardonar a los grandes bienhechores de la Humanidad.) La obra dramática de Echegaray es colosal. En ella se crean problemas que dan lugar

a escenas y desenlaces las más veces espeluznantes. Su lenguaje altilocuente se mantiene siempre a tono con la fuerza trágica de las situaciones. Muchos fueron los dramas que escribió. Los más famosos son «El gran galeoto», «En el seno de la muerte», «El loco Dios», «La esposa del vengador» y «O locura o santidad». También compuso notables poesías. Como científico, condensó en forma vulgar los más importantes problemas de la ciencia moderna en su libro «Ciencia popular». De él entresacamos el siguiente artículo.

EL CALOR

El calor no es más que la vibración rapidísima de las partículas que constituyen cada cuerpo.

Cuando la vibración es *muy rápida*, se dice que el cuerpo está a *alta temperatura*. Cuando la vibración *disminuye*, el cuerpo se *enfía*.

Un cuerpo está a mayor temperatura que otro cuando la vibración interna es mayor en el primero que en el segundo.

Supongamos dos *estanques* o dos lagos, separados por una *larga compuerta*. En el uno, pasó sobre las aguas una poderosa ráfaga de viento y levantó un *vio-lento oleaje*. En el segundo, apenas tocó el huracán y el oleaje es pequeño. Pues cuando se levante la compuerta y se pongan en comunicación los dos estanques, el mayor oleaje pasará a las aguas del oleaje más débil, buscando, por decirlo de este modo, un *equilibrio de agitación*, que los dos vibren del mismo modo, que no haya acción del uno sobre el otro.

El ejemplo que precede es un símbolo perfecto de lo que sucede cuando un cuerpo caliente se pone en

comunicación con un cuerpo a menor temperatura que la suya. Pasar calor del uno al otro no es más que pasar un *movimiento vibratorio violentísimo* a donde reina otro movimiento más débil.

La teoría del calórico por el movimiento vibratorio de las partículas de los cuerpos explica del modo más natural la fuerza expansiva de los gases, la formación de los vapores y la dilatación de los cuerpos.

Presentemos un ejemplo para hacer comprender que el calor dilata los cuerpos.

Imaginemos en una llanura una masa apiñada de gente por cuyo contorno corre una especie de cinturón de goma elástica, que impide a la muchedumbre desparramarse en todos sentidos.

Supongamos ahora que en esta masa de gente estalla una gran agitación, que luchan, que se empujan, *que vibran*, procurando cada individuo, con sus movimientos convulsivos, alejar de sí a los demás y ganar mayor espacio libre para sus giros, saltos y sacudidas. ¿No es evidente que esta agitación interna se irá transmitiendo al contorno? ¿Que la muchedumbre se extenderá por mayor espacio? ¿Que el cinturón elástico tendrá que estirarse, y que, en suma, aquella masa humana se dilatará, ocupando mayor superficie cuando crezca su agitación? Pues esto mismo le sucederá a todo cuerpo cuya temperatura aumente, es decir, cuyo calor crezca, porque al fin y al cabo todo cuerpo es muchedumbre de moléculas.

Más aún: la agitación de la masa humana puede ser tan grande que rompa el cinturón que la estrecha, y en este caso, todos los individuos de aquella aglo-

meración *saldrán disparados*, y valga la palabra, en la extensión de la llanura; ni más ni menos que un líquido se reduce a vapor cuando la temperatura es tan elevada que rompe todos los lazos moleculares que sujetaban unas partículas a otras.

Y no son más los vapores y los gases: conjunto de moléculas que corren aisladas e individualmente por el espacio, como los individuos de nuestro ejemplo por la llanura.

JOSÉ ECHEGARAY

XVII

EMILIO CASTELAR

Don Emilio Castelar nació en Cádiz en 1832 y murió en el último año del siglo que fué testigo de su gloria: del siglo XIX. Es probablemente el más grande orador político de los tiempos moderno. Fué presidente de la República española, y al caer ésta abandonó la dirección del partido republicano para dedicarse a sus trabajos literarios e históricos. Publicó muchos artículos periodísticos y algunos libros, como «Recuerdos de Italia», «Historia de España», etc.

JUEVES SANTO

Conmemora hoy la cristiandad entera en sus recuerdos el sacrificio de amor a cuyo fuego espiritual se derretieran las cadenas en los pies de todos los esclavos y las coronas en las sienes de todos los déspotas.

Al Júpiter Capitolino, que remataba las cimas del tiempo antiguo, con su aureola de luminoso éter, su manto cerúleo, su trono de nubes, su águila rapaz a un lado, y sus fulminantes centellas en el puño, sucedió la cruz destinada por el orgullo patricio a castigo, tormento, patíbulo de los siervos, apenas tenidos por hombres en su soberbio concepto, exaltándose así a las alturas de lo infinito, como una constelación de astros espirituales y de ideas divinas, lo más humilde que había sobre la tierra, lo más humillado que había en la humanidad, como para demostrar que comenzaba y no se acabaría nunca jamás, en los altares, el culto al dogma de la libertad y de la igualdad, destinado a dar nuevos y más vivos resplandores a las almas con nuevos y más incontrastables fundamentos a las humanas sociedades.

Harto se olvida, en la ingratitud universal, todo el esfuerzo empleado por tantas generaciones redentoras y mártires, para sacar al hombre de la triste animalidad, que lo confundía con la materia, y elevarlo hasta la vida cuasi celeste de la espiritualidad, que lo confunde con los ángeles; y debemos contribuir cuantos sentimos los dolores humanos, como si por nosotros hubieran todos pasado, al recuerdo religioso y sacro, en este día de luto y en esta colina del Calvario, instante aquel, creador en el tiempo, ara divina ésta en el espacio; señalando uno y otra, con el término y acabamiento de las viejas castas, el principio y albor de nuestros santos y ya perdurables derechos. En concepto del místico, la campana silenciosa hoy en las altas torres de nuestras iglesias, el capuz puesto a las

cruces y el velo a los altares, la desnudez del ara sin sacrificios y la soledad del santuario sin Dios; los trenos de Jeremías exhalando nubes formadas por vapores de lágrimas, y los acentos del «Miserere» pidiendo a la divina misericordia piedad desde las cenizas y el cilicio; todas estas elegías vivas, cuyas estrofas pasan, como en relieve, luctuosamente por los divinos oficios de nuestras iglesias, conmemoran la muerte del Justo y la redención del Hombre tan sólo; mientras en concepto del filósofo y del historiador conmemoran el ocaso de las religiones naturalistas, el aniquilamiento de las tiranías históricas, el fin de los oráculos engañosos, el término de los sortilegios y de la magia, el minuto postrero de la odiosa y vieja servidumbre.

EMILIO CASTELAR

LA ORATORIA.—Según el citado señor Revilla, la Oratoria es la expresión bella de la verdad por medio de la palabra *hablada*, encaminada a convencer, persuadir y mover a un determinado fin a los hombres.

La Oratoria se suele dividir en política, forense y religiosa. La política y forense, muy desarrolladas en la antigüedad clásica, se eclipsaron en mayor o menor grado en la Edad Media y renacen brillantemente después de la Revolución francesa, con la formación de gobiernos representativos. La oratoria política expone cuestiones políticas, esto es, referentes al gobierno del Estado; es propia de los Parlamentos. La oratoria forense trata cuestiones jurídicas particulares; es propia de las exposiciones ante el poder judicial. La oratoria religiosa claramente denota su fin con su nombre. Es la más conocida de todos, pues en todos los pueblos se oyen algunos *sermones* al año. Los más grandes oradores de la antigüedad fue-

ron Demóstenes, ateniense, y Cicerón, romano. De los tiempos contemporáneos son los más famosos Mirabeau, francés, y Castelar.

XVIII

ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

Nació en Málaga en 1828. Murió en 1897, asesinado por un anarquista. Aunque su personalidad brilló especialmente en Política, siendo a este respecto una de las figuras más altas de la España contemporánea, su talento se dirigió por otros cauces con éxito suficiente para conquistar la inmortalidad sin recurrir a su formidable e impecederero prestigio político. Como literato escribió «La campana de Huesca», novela histórica, donde, aparte de otros méritos, muy relativos, brilla su precioso estilo. Como historiador nos dejó «El Solitario y su tiempo» e «Historia de la Casa de Austria». También fué orador selecto.

RETRATO DE CARLOS V (EL SOLITARIO)

Carlos V, emperador de Alemania, rey de España, señor de las nobles ciudades de Italia, de las de Holanda y Bélgica, y del Nuevo Mundo, acepta de verdad desafíos, ni más ni menos que cualquier capitán aventurero de su tiempo, y no es culpa suya si no se llevan a cabo; busca en los frágiles leños a los piratas hasta sobre los arenales de Túnez o Argel; blande el primero la lanza en Muhlberg, tal cual lo representa el pincel de Ticiano; honra en su estudio a este maravilloso artista, como llora sobre el campo del honor a Garcilaso; guarda toda su vida el recuerdo y aun el

luto de su sola mujer, la malograda hermosura que, según cuenta, convirtió en santo a don Francisco de Borja, después de muerta; entrégase un día a la merced de su constante adversario Francisco I, y otro da seguro leal a Lutero para que en su presencia dispute con los doctores católicos y los convenza o se deje de ellos convencer, procurando así evitar, por la sola virtud de la palabra, el nuevo cisma, que quizá para siempre había de dividir luego a los cristianos; pide, promueve, protege con igual propósito la celebración del gran Concilio de Trento, remontándose en alas de su voluntad poderosa al temerario, mas generoso intento, de lograr por sí la reconciliación dogmática del Catholicismo con el Protestantismo, mediante amplias y recíprocas transacciones; y vencido al fin, según tenía que serlo, en la imposible empresa, condénase, todavía en buena edad, al mezquino claustro de Yuste, donde, a la par que ora día y noche, piensa, escribe, aconseja, ordena aún todas las cosas de España, cuna de su madre y patria suya por elección, hasta el punto en que entorna sus ojos la muerte: haciendo así patente al mundo que no el egoísmo vulgar, ni liviano deseo de esquivar trabajos, le encaminaron a aquellas soledades, sino un desprecio sublime de toda vanidad, de todo goce, de todo personal interés. ¿Quién no admirará, si admirar sabe, la grandeza épica que esto encierra? Hasta en aquel odio profundísimo, inflexible, que en Yuste mostraba a la Reforma, después de haber luchado tanto en vano para impedir que viniera el cisma, por medio de la discusión y del concierto de las contrarias opiniones, y de haber luego combatido

con tamaño valor contra sus secuaces en las llanuras germánicas (odio que heredó de él su hijo, y que transmitió al fin a toda la nación española), podrá echarse de menos habilidad política, pero no grandeza. Ni es él, por cierto, el solo grande hombre que haya querido remontar en vano la invencible corriente de su siglo, zozobrando en la empresa.

Discúlpanle, además, en el período de la ira, su moderación primitiva y su espíritu de conciliación, desconocido y burlado por los protestantes, y tan a mal llevado por la Santa Sede, que todavía guarda Simancas el proceso original que a causa del «Interin» se le formó en Roma sobre indicios vehementes de herejía, bajo el pontificado de Paulo IV. Ciertamente, otros hombres habrán errado menos que él, pero ninguno ha sentido, ha pensado, puesto por obra más cosas ni cosas más arduas. Y es de advertir que en este mundo, naturalmente, yerran menos los que menos hacen; y aunque por eso mismo, o por virtud de las circunstancias, las medianías concluyen la vida en paz con más frecuencia que los grandes hombres, el valor propio de cada cual puede siempre medirlo con rigurosa exactitud la Historia. No ha habido más infelices conquistadores que Aníbal y Napoleón I; al cabo y al fin, nadie les disputa, no obstante, sus glorias. En resolución, la vida de Carlos V, que tan rápidamente he bosquejado, está más llena aún de arranques heroicos y sentimentales que de fríos cálculos de razón de Estado, y muchas de sus osadas aventuras militares, marítimas, políticas y religiosas no son para propuestas por modelo a ningún hombre de gobierno del presente ni de los

futuros siglos. Hombres como Carlos V, nadie los volverá ya jamás a ver, si no es abriendo o profanando con pueril curiosidad los sepulcros.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

SEMBLANZAS.—La descripción de caracteres humanos, lo mismo en Historia que en Literatura, se llama «semblanza» o «retrato». Son muy difíciles y deciden a veces el talento de un autor. Aun más las semblanzas históricas, si cabe, pues tratándose de seres que han tenido existencia real, requieren, sobre una gran finura de observación y una gran capacidad crítica, espíritu de adaptación a las circunstancias de vida que rodearon al personaje descrito. Nuestros historiadores, más narrativos en general que críticos, más literatos que secos historiadores, han dejado semblanzas excelentes. Lo mismo nuestros novelistas, no habiendo quien a este respecto aventaje a Cervantes en toda la literatura universal.

XIX

RAMON DE CAMPOAMOR

Nació en Navia (Asturias) en 1817 y murió en Madrid en 1901. Perseguida, por lo general, con sus poesías, algún fin. Es un poeta filósofo, más cuidadoso del pensamiento que de la forma. Sus poesías más importantes son los llamados «pequeños poemas». A otra serie le dió el nombre de «doloras», y a una tercera el de «humoradas». Multitud de composiciones suyas habréis leído los niños, pues raro es el libro escolar que no tiene alguna de esas preciosas ligerezas que dieron a Campoamor tanto nombre como sus más cuidadas poesías. Leed «La carambola» y «El método» y aprendedlas de memoria.

LA CARAMBOLA

Pasando por un pueblo un maragato
llevaba, sobre un mulo, atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible,
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz y derribó al muchacho.

Es el mundo, a mi ver, una cadena
do, rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluye en nuestro mal, por carambola.

EL METODO

(DÉCIMA)

Vió Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso a un tiempo coger.
«Deja, buen Gil, de correr,
que no cogerás ninguno.
¿A qué tras cinco ¡importuno!
a un tiempo vas con ahinco,
si para coger los cinco
tienes que empezar por uno?»

RAMÓN DE CAMPOAMOR

LA DÉCIMA.—Es una composición que consta de diez versos octosílabos con cuatro rimas. Una para primero, cuarto y quinto y otra para segundo y tercero; otra para sexto, séptimo y décimo, y otra para octavo y noveno. También se llama *espinela*, por atribuirse su invento a Vicente Martín Espinel (vulgarmente nombrado sólo Vicente Espinel), poeta de los siglos XVI y XVII y autor de la «Vida del escudero Marcos de Obregón», novela picaresca de gran mérito.

XX

GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Excelente poeta, nacido en Valladolid en 1834 y muerto en 1903. Fué también político de nota. Correcto, elegante y de hondo sentir. Escribió poemas como «La visión de Fray Martín», «El vértigo», «Gritos del combate», etc., algunos dramas y muchos artículos. Son innumerables sus poesías sueltas. De profundo patriotismo, el último episodio de nuestra decadencia, la pérdida de nuestras últimas posesiones americanas, le afectó de tal forma, que hasta su muerte no dejó de lamentarse en bellas poesías. Pero sobre sus quejas tristes se eleva su fe en la Patria. Núñez de Arce no puede creer que se hunda totalmente la raza que resume en sí tantas grandezas. Su fe no le engañó. España se siente renacer en estos momentos.

A ESPAÑA EN SUS TRISTEZAS

En estas horas
de febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
merece como tú la pobre ofrenda
de mi respeto y de mi amor? Postrada

en los escombros de tu antigua gloria,
la negra adversidad, con férrea mano,
comprime los latidos de tu pecho
y el aire que respiras envenena.

Como tigre feroz clavó sus garras
la catástrofe en ti, y en tus heridas
entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién, al mirar tus lágrimas, no llora?
¡Ten esperanza y fe! Descubridora
de mundos, madre de indomada prole,
tú no puedes morir. ¡Dios no lo quiere!
Aun tienes que cumplir altos destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
reparador descanso, hasta que cobren
tus músculos salud, y en cuanto sientas
el hervor de tu sangre renovada,
ponte en pie, sacudiendo tu marasmo
que, como losa del sepulcro, oprime
tu enferma voluntad. Surge del fondo
de tu aislamiento secular, y marcha
con paso firme y corazón resuelto
sin mirar hacia atrás, siempre adelante.

Sean la escuela y el taller y el surco,
los solos campos de batalla en donde
tu razón y tus fuerzas ejercites.

Entra en las lides del trabajo y vence,
que entonces, de laureles coronada,
más fecunda, más próspera y más grande,
seguirás, fulgurando, tu camino,
por los arcos triunfales de la Historia.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

EL VERSO LIBRE.—Esta poesía está escrita en verso libre. Se llama así al que carece de rima. El verso libre es más difícil, aunque parezca extraño, que el rimado. Y también más bello. Hay quien no concibe el verso sin ese sonsonete de la rima, encubridor muchas veces de pobreza expresiva y mental. Sin embargo, la antigua poesía greco-latina contaba con ella como elemento accesorio, y lo usaba con muy poca frecuencia. La rima, como elemento casi indispensable, es cosa de las lenguas romances y consecuencia, posiblemente, de su primitiva indigencia y rudeza. Muchos de nuestros poetas han escrito alguna vez verso libre, pero quizá nadie alcanza a Menéndez y Pelayo, cuya epístola a Horacio es, a mi juicio, lo mejor del género.

XXI

GUSTAVO ADOLFO DOMINGUEZ BECQUER

El poeta más delicado del Romanticismo español. Nació en Sevilla en 1836 y murió en 1870. Si se creyera en la predestinación no podría dudarse que Bécquer nació poeta. No se conoce tan rica vida mental y sentimental entre los literatos españoles. Su olvido de las realidades cotidianas le costó graves disgustos y precipitó su muerte: prematuramente, en efecto, a los treinta y cuatro años de edad, segó su vida la tuberculosis. Aquella bellísima luz murió por consunción de su deleznable sostén material...

Es imposible señalar lo más hermoso de la obra de Bécquer. Todo es maravillosamente bello, divinamente exquisito. Sus leyendas en prosa aventajan en ritmo a muchísimos versos. «Maese Pérez el organista», «El caballero de las manos rojas», «El miserere de la montaña», no encuentran superior en su género ni quizás igual. Las cartas de Veruela, sublimes. Sus «Rimas», prodigio de inspiración: conocidas del uno al otro confín del mundo.

UNA «RIMA»

Cerraron sus ojos,
que aun tenía abiertos ;
taparon su cara
con un blanco lienzo ;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho ;
y entre aquella sombra
veíase a intervalos
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y a su albor primero,
con sus mil rüidos,
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,
de luz y tinieblas,
medité un momento :

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

... ..

De la casa, en hombros,
lleváronla al templo,

y en una capilla
dejaron el féretro ;
allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos :
cruzó la ancha nave,
las puertas gimieron,
y el santo recinto
quedóse desierto.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba,
que pensé un momento :

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

... ..

De la alta campana
la lengua de hierro,
le dió, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos

cruzaron en fila
formando el cortejo.

Del último asilo,
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo ;
allí la acostaron,
tapiáronla luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero,
cantando entre dientes
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio.
Perdido en las sombras,
medité un momento :

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

... ..

En las largas noches
del helado invierno.
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con su son eterno ;

allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
¡acaso de frío
se hielan sus huesos!...
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?
No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

LA RIMA.—Ya se dijo que la rima es la igualdad o semejanza en las terminaciones de algunos versos. Se consideran terminación las letras que siguen al acento. La rima puede ser consonante y asonante. Es consonante cuando las terminaciones son iguales, es decir, constituidas por las mismas letras, vocales y consonantes. Es asonante cuando sólo consueñan las vocales. Ejemplos:

Consonante.

Y la cerviz rebelde, condenada,
perezca en bravas llamas abrasada.

Asonante.

Toda la composición de Bécquer.

Hay muchas combinaciones consonantes. Entre las aso-

nantes son las únicas características el romance y el cantar. Aquél consta de un número indefinido de versos; éste, de cuatro. En ambos riman los versos pares. Lo mismo sucede en casi todas las composiciones en versos asonantes.

XXII

MARIANO JOSE DE LARRA («FIGARO»)

Crítico literario y de costumbres, de gran talento. Exceptuadas algunas firmas notables, el Teatro en su tiempo se hallaba en lamentable decadencia, de la que no puede decirse que se ha restablecido. Los autores y los refundidores de comedias clásicas se permitían los más intolerables atrevimientos. Entonces aparece Larra con sus artículos de crítica, por lo general, severos. Pero la dureza de sus juicios no debe atribuirse a intemperancia de carácter, sino a su depurado sentimiento estético y a su espíritu de justicia. Larra, lejos de esa dureza, acusa en su vida y obras que es un espíritu romántico, todo alma, La fuerza de sus sentimientos, y acaso defectos de la educación de aquellos tiempos, le llevaron, en lo más florido de su vida, a una trágica determinación. Se quitó la vida cuando sólo contaba veintinueve años de edad. Había nacido en 1809. Además de sus artículos en *El Pobrecito Hablador*, por él dirigido, y en otros periódicos, probó, al igual que casi todos nuestros críticos, la novela, con «El doncel».

FRAGMENTO

Hace pocos años, si le ocurría a usted hacer un viaje, empresa que se accmetía entonces por motivos muy poderosos, era forzoso recorrer todo Madrid, preguntando de posada en posada por medios de transporte,

Estos se dividían entonces en coches de colleras, en galeras, en carromatos, tal cual tartana y acémilas. En la celeridad no había diferencia ninguna: no se concebía cómo podía un hombre apartarse de un punto más de seis o siete leguas; aun así era preciso contar con el tiempo y con la colocación de las ventas; esto, más que viajar, era irse asomando al país, como quien teme que se le acabe el mundo al dar un paso más de lo absolutamente indispensable. En los coches viajaban sólo los poderosos; las galeras eran el carruaje de la clase acomodada; viajaban en ellas los empleados que iban a tomar posesión de su destino; los corregidores que mudaban de vara; los carromatos y las acémilas estaban reservados a las mujeres de militares, a los estudiantes, a los predicadores cuyo convento no les proporcionaba mula propia. Las demás gentes no viajaban; y semejantes los hombres a los troncos, allí donde nacían, allí morían. Cada cual sabía que había otros pueblos que el suyo en el mundo, a fuerza de fe; pero viajar por instrucción y por curiosidad, ir a París sobre todo, eso ya suponía un hombre superior, extraordinario, osado, capaz de todo; la marcha era una hazaña, la vuelta una solemnidad; y el viajero, al divisar la venta del Espíritu Santo, exclamaba estupefacto: «¡Qué grande es el mundo!» Al llegar a París después de medir dos meses la tierra con los pies, hubiera podido exclamar con más razón: «¡Qué corto es el año!»

A su vuelta, ¡qué de gentes le esperaban, y se apiñaban a su alrededor para cerciorarse de si había efectivamente París; de si se iba y se venía, de si era, en

fin, aquel mismo el que había ido, y no su ánima que volvía sola! Se miraba con admiración el sombrero, los anteojos, el baúl, los guantes, la cosa más diminuta que venía de París. Se tocaba, se manoseaba, y todavía parecía imposible. ¡ Ha ido a París! ¡ Ha vuelto de París!

Los tiempos han cambiado extraordinariamente: dos emigraciones numerosas han enseñado a todo el mundo el camino de París y Londres. Como quien hace lo más hace lo menos, ya el viajar por el interior es una pura bagatela, y hemos dado en el extremo opuesto: en el día se mira con asombro al que no ha estado en París; es un punto menos que ridículo.

MARIANO JOSÉ DE LARRA

Nota.—Este trozo pertenece a un artículo titulado «La diligencia». Se describe en él, con el gracejo que distingue a los artículos de costumbres debidos al gran «Fígaro», el progreso que la diligencia significó en las comunicaciones. Estas diligencias eran coches de viajeros, de cuatro ruedas generalmente y de servicio fijo entre dos plazas. Las arrastraban dos o cuatro caballos. Sin embargo, cuando Larra escribía este artículo ya hacía días que estaba inventada la locomotora, como sabéis, por Stephenson. Claro que no alcanzaban las comunicaciones ferroviarias el desarrollo actual; pero en 1825, cuando nuestro escritor contaba diez y siete años de edad, el mismo Stephenson construyó una línea férrea, y en 1831 Entwistle dirigía un tren de viajeros. A España tardó algo más en llegar el ferrocarril, pues hasta el año 1848, en cuyo mes de octubre se inauguró la línea de Barcelona a Mataró, no aparece en nuestra patria este medio de locomoción. La locomotora fué algo así como el preliminar de un magnífico desarrollo de las comunicaciones. Los bu-

ques se han ido perfeccionando hasta llegar a los espléndidos, cómodos y seguros transatlánticos actuales; las máquinas férreas son tan grandes, potentes y veloces, que el mismo Stephenson, si resucitase, no conocería su invento; se idearon luego los motores de explosión y se aplicaron a los automóviles, y más tarde a la navegación aérea. El telégrafo y el teléfono hacen dar en pocos segundos a las noticias la vuelta al mundo. Ahora es cuando realmente el hombre se mueve con facilidad y gusto a los viajes, pues se recorren antes y mejor un millar de kilómetros que antes una docena de leguas.

XXIII

FERNAN CABALLERO

Su nombre era Cecilia Bohol de Fáber, y este nombre de Fernán Caballero es un seudónimo o nombre supuesto. Son muchos los autores que hacen famosos ciertos seudónimos: Larra, el de «Fígaro»; Estébanez y Calderón, notable costumbrista, el de «El Solitario»; Leopoldo Alas, gran crítico, el de «Clarín»; y en la actualidad tenemos a «Xenius» (Eugenio D'Ors), «Andrenio» (Gómez de Baquero), «Azorín» (Martínez Ruiz) y otros.

Fernán Caballero nació en Suiza en 1797 y murió en Sevilla en 1877. Aunque nacida en Suiza y su padre fuera de origen alemán, era una entusiasta de nuestras costumbres, o más exactamente, de las costumbres andaluzas, que describió magistralmente en sus novelas y en sus «Cuentos andaluces». De aquéllas, la más celebrada es «La Gaviota». De éstos, reproducimos el de «Las ánimas», previamente limpiado del diálogo que le acompaña entre un Fernán, que representa a la autora, y una familia de viejos labriegos, el tío Romance y la tía Sebastiana, amigos, como todo labriego español, de cuentos, consejas y refranes, y conocedores de numerosas narraciones de misterios y milagros.

LAS ANIMAS

Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina que había criado sujeta como un cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja era pensar lo que sería de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle a Dios que la deparase un buen novio.

Hacía los mandados en casa de una comadre suya pupilera, y entre los huéspedes que tenía había un indiano poderoso que se dejó decir que se casaría si hallase una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa. La vieja abrió tanto oído, y a los pocos días le dijo que hallaría lo que buscaba en una sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa que juntaba los pájaros en el aire. El caballero contestó que quería conocerla y que al otro día iría a verla. La vieja corrió a su casa que no veía la vereda, y le dijo a la sobrina que asease la casa, y para el día siguiente se vistiese y peinase con primor, porque iban a tener una visita. Cuando a la otra mañana vino el caballero, preguntó a la muchacha si sabía hilar.

—¿Pues no ha de saber?—dijo la tía—: las madejas se las bebe como vasos de agua.

—¿Qué ha hecho usted, señora?—dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido después de dejarle tres madejas de lino para que las hilase—. ¡Qué ha hecho usted, señora, si yo no sé hilar!

—Anda—dijo la tía—, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir y sea lo que Dios quiera.

—¡En qué berengenal me ha metido usted, señora!—decía llorando la sobrina.

—Pues tú verás cómo te las compones—respondió la tía—, pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello va tu suerte.

La muchacha se fué a la noche a su cuarto en un vivo penar, y se puso a encomendarse a las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando se le aparecieron tres ánimas muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas le ampararían en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones; y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres las remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente, cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

—¿No se lo decía yo a su merced?—decía la vieja, que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó a la muchacha si sabía coser.

—¿Pues no ha de saber?—dijo con brío la tía—; lo mismo son las piezas de costura en sus manos que cezas en boca de tarasca.

Dejóle entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar a su merced, sucedió lo mismo que el día anterior, y lo propio al siguiente, en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se lo bordase. Sólo que a la noche, cuando estando encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor a las ánimas, éstas se le aparecieron, le dijo la una:

—No te apures, que te vamos a bordar este chaleco, pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál?—preguntó ansiosa la muchacha.

—La de que nos convides a tu boda.

—Pues qué, ¿me voy a casar?—preguntó la muchacha.

—Sí—respondieron las ánimas—; con ese indiano rico.

Y así sucedió, pues cuando al otro día vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado que parecía que manos no le habían tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo a la tía que se quería casar con su sobrina.

La tía se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decía:

—Pero, señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga en que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir—respondió la tía—; las benditas ánimas, que ya te han sacado del aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse, pues, la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendación de sus favorecedoras, fué a un retablo de ánimas y las convidó a la boda.

El día de la boda, cuando más enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas, tan rematadamente feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenía un brazo muy corto, y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra, jorobada, y tenía un cuerpo torcido; y la tercera tenía los ojos más saltones que un cangrejo y más colorados que un tomate.

—¡ Jesús María !—dijo a su novia perturbado el caballero—. ¿ Quién son esos tres espantajos ?

—Son — respondió la novia — unas tías de mi padre que he convidado a mi boda.

El señor, que tenía crianza, fué a hablarles y a ofrecerles asiento.

—Dígame—le dijo a la primera que había entrado—, ¿ por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo ?

—Hijo mío—respondió la vieja—, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó a la novia y le dijo :
—¡ Ve sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, y cuidado como te vea jamás hilar !

En seguida preguntó a la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

—Hijo mío—contestó ésta—, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano, en tres zancajadas, se puso al lado de su novia, a quien dijo :

—Ahora mismo quema tu bastidor y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar.

Fuése después a la tercera vieja, a la que preguntó por qué tenía los ojos tan reventones y encarnados.

—Hijo mío—contestó ésta retorciéndolos—, es de tanto coser y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien había dicho estas palabras cuando estaba el indiano al lado de su mujer, a quien decía :

—Agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo, y ten entendido que el día en que te vea coser una pun-

tada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

Y señor don Fernán, ya está mi cuento rematado; ojalá os haya gustado.

FERNÁN.—Mucho, tía Sebastiana, mucho; pero lo que veo es que las ánimas, a pesar de ser benditas, son en esta ocasión unas picarillas.

TÍA SEBASTIANA.—Señor, ¿y va su merced a buscar doctrina en un cuento, como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son más que reideros, sin preceptos y sin enseñanzas. De todo quiere Dios un poquito.

FERNÁN CABALLERO

EL CUENTO.—Es una narración corta e intensa. Aunque algunos le atribuyen intención didáctica, pues el hecho narrado puede simbolizar una enseñanza moral, esta condición no es precisa, como acertadamente opina Fernán Caballero. Tal concepto del cuento equivale a confundirlo con el apólogo o «ejemplo», como dice la autora del modelo, sin duda en oportuno recuerdo de la denominación que usó Don Juan Manuel en «El Conde Lucanor», y que tiene absoluta propiedad. El hecho del cuento puede ser real o fantástico, verosímil o inverosímil, ejemplar o no. Lo esencial en él es el dinamismo, la intensidad de la acción y, por consecuencia, el interés. El cuento es una novela en pequeño. Hay una forma menos corriente del cuento: es el cuento épico. No se diferencian en más sino en que éste es una narración versificada.

XXIV

JOSE ZORRILLA

Don José Zorrilla nació en Valladolid en 1817 y murió en 1893. Es el romántico español más fecundo y fácil. No alcanza la profundidad sentimental de un Bécquer, ni la fuerza pasional de un Espronceda; pero tiene una tan íntima posesión del alma española, que su propio nombre es ya una leyenda. Unamos a esto su vena lírica, su técnica impecable, su fuerza de inspiración, y comprenderemos por qué se le tiene por muchos en concepto del mejor lírico español del siglo XIX. Las más y mejores de sus obras han sido inspiradas en episodios de nuestra historia, o en leyendas populares adyacentes, como los dramas «El puñal del godo», «El zapatero y el rey», «El alcalde Ronquillo», «Don Juan Tenorio», «Traidor, inconfeso y mártir», amén de numerosas y bellas leyendas. También compuso innumerables poesías de carácter diverso: canciones, romances, baladas, epitafios, y hasta el discurso de recepción en la Real Academia de la Lengua lo pronunció en verso por concesión especial, en gracia a sus extraordinarios méritos. Leía admirablemente. Reproducimos una poesía prodigio de musicalidad.

SALMODIA

Mi voz era entonces armónica y suave;
tenía los tonos del canto del ave,
del río y las auras el son musical;
no había en el viento, ni agudo ni grave,
sonido ni acento fugaz de su clave;
ni un ruido nocturno ni un son matinal.
Había algo en ella de todos los ecos

que nutren del aire los cóncavos huecos,
y nacen y expiran en él sin cesar ;
murmullo de arroyo que va entre espadañas,
de ráfaga errante que zumba entre cañas,
de espuma flotante que hierve en el mar ;
sentido lamento de tórtola viuda,
rumor soñoliento de lluvia menuda,
de seca hojarasca de viejo encinar,
de gota que en gruta filtrada gotea,
de esquila del alba de gárrula aldea,
de oculto rebaño que marcha en tropel,
de arrullo de amante perdida paloma,
de brisa sonante cargada de aroma,
de abeja brillante cargada de miel.

Todo esto tenía ; flexible, sonora,
mi voz a su antojo podía imitar
cuanto eco que bulle, que canta o que llora,
encierran los bosques, el viento y el mar.

Y el eco, que oía
mi voz, la seguía,
y, mansa o bravía,
mi voz repetía
contento y locuaz ;
y al punto que unía
su voz con la mía,
veloz la extendía
del viento en el haz ;
y el eco
en su hueco
vagaba,
corría,

temblaba,
bullía,
vibraba,
latía,
ondulaba,
crecía
y luchaba
con brava porfía
tenaz ;
mas débil
cedía
y flébil
gemía
y huía
y allá, en lejanía,
le oía
que lento,
de acento
incapaz,
se ahogaba...
se hundía...
y al fin se perdía
y en la aura vacía
moría
fugaz.

JOSÉ ZORRILLA

LA LEYENDA.—Es la narración de hechos históricos, religiosos, fantásticos o misteriosos o basados en tradiciones populares de esta naturaleza. Aun cuando el hecho que anima la leyenda sea verdadero en el fondo, no faltan nunca en ésta numerosos detalles y hechos secundarios fabu-

losos. A la narración se suelen también unir, para darle vida, elementos líricos y dramáticos. Pueden ser en prosa y verso, y son composiciones bellas y atractivas.

XXV

JOSE ESPRONCEDA

Forma con Zorrilla y Bécquer la trinidad romántica española más destacada, la cumbre del lirismo hispánico en el siglo pasado. Los tres son grandes y los tres por distinto concepto. Zorrilla, por la magnificencia de la forma y por el temperamento lírico; Bécquer, por la hondura y delicadeza del pensamiento y la exquisitez de los afectos; Espronceda, por la pasión, por la energía de su inspiración, por la turbulencia desordenada de sus sentimientos. Formidable lírico en «El Diablo Mundo», «El estudiante de Salamanca» y sus «Canciones», intentó la poesía épica con mediano éxito en su poema «Pelayo», que dejó sin acabar.

Espronceda era extremeño. Nació en Badajoz en 1810 y murió en 1842. Su vida, como su obra, fué inquieta y llena de variaciones a causa del espíritu revolucionario que más de una vez le llevó a las barricadas, y de ellas, en la derrota, al destierro. Reproducimos una vez más su bellísima «Canción del pirata».

CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín.

Bajel pirata que llaman
por su bravura «El Temido»,

en todo el mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul.

Y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
y allá a su frente Stambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta ni bonanza,
tu rumbo a torcer alcanza
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.»

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes

por un palmo más de tierra,
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

Y no hay playa,
sea cualquiera
mi bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho
y dé pecho
a mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

«A la voz de «¡barco viene!»,
es de ver
cómo vira y se previene
a todo trapo escapar;
que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

«¡ Sentenciado estoy a muerte !

Yo me río ;

no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena
colgaré de alguna antena
quizá en su propio navío.

Y si caigo,

¿qué es la vida ?

Por perdida

ya la di

cuando el yugo

del esclavo

como un bravo

sacudí.»

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

«Son mi música mejor

aquilones :

el estrépito y temblor

de los cables sacudidos,

del negro mar los bramidos

y el rugir de mis cañones.

Y del trueno
al son violento
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arrullado
por la mar.»

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar.

JOSÉ ESPRONCEDA

XXVI

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

Nacido en 1806 de humilde cuna, se elevó por su propio mérito con una obra decisiva: el drama «Los amantes de Teruel», su mejor producción. Como dramaturgo escribió además «Doña Mencía», «La jura de Santa Gadea», «Alfonso el Casto», «La madre de Don Pelayo», «Los polvos de la madre Celestina»... La característica de Hartzenbusch es la corrección y una inspiración segura; y aunque no presente las opulencias formales de otros románticos (duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla), pocos le aventajan en la justeza de la expresión y en la facilidad para tejer la maraña dramática. Con López de Ayala y García Gutiérrez forma una trinidad dramática que no desdice de la lírica. También fué fabulista.

TRABAJAR PARA SU DAÑO

(FÁBULA)

La madre de un muchacho campesino
ganaba de comer hilando lino ;
y el muchacho, grandísimo galopo,
le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
un látigo tremendo,
con la benigna idea
de pegar a los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos ;
la intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse a pelar la rueca tanta prisa,
que hubo la madre de notar la sisa,
y registrando con afán prolijo
el arca donde el hijo
guardaba, con su ropa, sus peones,
el látigo encontró de repelones.
Cogióle furibunda
y al hijo dió con él tan recia tunda,
que a contar de las piernas al cogote,
no le dejó lugar libre de azote,
diciendo al batanarle de alto a bajo :
— ¡ Mira cómo te luce tu trabajo !
A robar te llevó tu mal deseo,
y con el robo, yo te vapuleo.
Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

LA FÁBULA.—Es una composición didáctica en verso, dedicada a encerrar una enseñanza mediante un ejemplo o ficción alegórica. Es muy frecuente que los sujetos que ofrecen el ejemplo o entre quienes ocurre el suceso ficticio sean animales, pero no es requisito necesario. Lo que no se suprime nunca es la concisa expresión, al final del hecho relatado, de la enseñanza que se pretende dar, a lo cual se llama «moraleja», pues las fábulas tienen siempre intención moral.

XXVII

ANGEL DE SAAVEDRA (Duque de Rivas)

La figura de este ilustre poeta va unida a la introducción del romanticismo en España. El romanticismo, escuela poética que exalta los sentimientos, fué iniciado por Chateaubriand en Francia; pero no falta quien opina que el verdadero padre del romanticismo es el gran poeta alemán Goethe, que le da la vida en su obra «Werther». Esta corriente poética produjo figuras colosales en toda Europa: Schiller y Heine, en Alemania; Lamartine, Musset y el gran Víctor Hugo, en Francia; Lord Byron, en Inglaterra; Espronceda, Bécquer y Zorrilla, en España; Leopardi, en Italia.

El Duque de Rivas fué el primer romántico español, y también uno de los más grandes. El marca el rumbo de nuestro romanticismo, volviendo la vista a las viejas glorias de la patria y a sus añejas, bellas y abundantes tradiciones de hombres y hechos. Sus leyendas y romances forman un cuadro que no tiene que envidiar ni al del mismo Zorrilla. «Un castellano leal», «El moro expósito», «La conversión del duque de Gandía», «Una antigualla en Sevilla», «La batalla de Pavía», etc., etc., son composiciones que acusan la rica y bien orientada inspiración del poeta.

Escribió algunas obras para el teatro («Tanto vales, cuanto tienes», «La morisca de Alajuar», «El desengaño en un sueño», «El crisol de la lealtad» y «Solaces de un prisionero»), pero todas quedan oscurecidas por el magnífico drama «Don Alvaro o la fuerza del sino», donde nuestro gran romántico brilla con más luminosos destellos; donde su inspiración alcanza cumbres prodigiosas. «Don Alvaro» es la pauta de nuestra producción dramática hasta Echegaray. Escribió algunas cosas en prosa, entre ellas una «Historia de Sicilia» y la de «la sublevación de Nápoles, capitaneada por Masaniello».

VIAJE AL VESUBIO

(FRAGMENTO)

Al cabo de una larguísima hora, que se nos figuró un siglo, llegamos a la cumbre deshechos en sudor y rendidos. Tomamos aliento y nos pusimos nuestros gabanes y capas, porque el frío de aquella región era muy penetrante y podría sernos muy perjudicial en el estado de cansancio y de transpiración en que nos encontrábamos. Caminamos aún unos doscientos pasos más sobre un terreno poco inclinado, llano y movedizo, todo compuesto de ceniza y piedras pequeñas, y llegamos al borde del cráter.

¿Quién puede describir el grande, el magnífico, el aterrador espectáculo que se presentó a nuestra vista? Quedamos mudos, inmóviles, extasiados, confundidos... Todas las fatigas, todos los peligros de la subida se nos olvidaron, y los hubiéramos cien veces arrostrado gustosos por vernos allí, por gozar de aquel indescriptible prodigio.

Es el cráter del Vesubio una conca circular de más de trescientas varas de diámetro, y de unas ciento de profundidad, y hace el efecto de una plaza de toros vista desde el tejado, cuando en su centro se quema de noche un árbol de pólvora. El fondo de esta conca es una costra que cubre el abismo, formada de lavas ya frías y petrificadas, ya incandescentes, y de inmensas masas de azufre. Las paredes, de violento y desigual declive, son peñascos inmensos de lava, escorias, cenizas y materias carbonizadas. En medio de esta conca se alza un montecillo cónico de unas setenta varas de altura, con laderas lisas, negras y muy empinadas; y termina con una boca casi circular de unas veinte varas de diámetro, por la que vomitaba sin cesar una columna de humo espeso y un vivísimo resplandor. En lo profundo, y como si dijéramos en las entrañas de la tierra, se oía un ronco hervor, semejante a la respiración de un coloso aherrojado: y de rato en rato, con un intervalo muy corto, después de una detonación horrenda, como la descarga cerrada de un batallón, o el estruendo de una pieza de grueso calibre, lanzaba un río de llamas que se perdían entre el humo a cuarenta o cincuenta varas de altura, iluminando en torno los horizontes, y con ellas millares de piedras de todos tamaños encendidas, que abriéndose como un plumero, y elevándose a grande altura, caían luego como un granizo, y con horrible ruido, en las laderas del montecillo, rodando por ellas hasta apagarse o perderse en los arroyos de lava que lo circundan; hacían el efecto de las chispas de un fuego de artificio de gigantes.

El cráter del Vesubio estaba la noche que yo lo exa-

miné cual lo acabo de describir ; pero varía de forma muy a menudo, y en las grandes erupciones desaparece esta conca, y todo su espacio forma la inmensa boca que arroja humo, llamas y peñascos encendidos, y ríos destructores de lava ardiente, que resonando se derrumban ya por un lado, ya por otro de la montaña, llevando la desolación y el exterminio a muchas leguas de distancia.

ANGEL DE SAAVEDRA

XXVIII

ALBERTO LISTA

Nació en Sevilla en 1775 y murió en 1848. Con Martínez de la Rosa, representa cierto espíritu de transición entre los poetas de la influencia francesa y los románticos. Pero pertenece más a la época de aquéllos (la más desdichada de nuestra historia literaria) que a la de éstos.

Ello no obstante, su amor a las letras y su gran conocimiento de los clásicos le separa de sus antecesores en el culto del «buen gusto» al estilo francés. Hay momentos en que Lista recuerda a los grandes genios del siglo XVI. Y aun se les acercaría más si hubiera sido más sincero. Quizá esto no pudiera ser, pues no hay que olvidar el peso de la influencia de los coetáneos y de los prejuicios literarios existentes cuando él se educó.

La poesía donde se ve a Lista más próximo a sus modelos íntimos es la oda titulada «La muerte de Jesús», que es, con ventaja, su mejor producción.

LA MUERTE DE JESUS

¿Y eres Tú, el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente
fulminaste en Siná? Y el impío bando
que eleva contra Ti la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ahora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas, gimiendo, el rostro lastimado;
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y, su luz extinguida,
con amargos suspiros das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor más poderoso que la muerte:
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes; y león fuerte
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¿Quién podrá mirarte,
oh paz, oh gloria del culpado mundo?
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo de dolor profundo
viendo que en la delicia

del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
a tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad crueles;
al santo perdonad, muera el malvado:
si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado.
Si la impiedad os guía
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres Tú solo
la víctima de paz que el hombre espera;
si del Oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado
no expiación, fuera pena del pecado...

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora:
el sol, amortecida la alba lumbre
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el eterno;
mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
domador de la muerte y del Averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solicita...

¿Oyes, oyes cuál clama :
«Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?»
Señor, extingue la funesta llama,
que en tu furor al mundo derramaste.
De la acerba venganza
que sufre el Justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.

¡ Ven, ángel de la muerte,
esgrime, esgrime la fulmínea espada,
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado
do vuelva en padre tierno al indignado !

Rasga tu seno, ¡ oh tierra !
Rompe ¡ oh templo ! tu velo. Moribundo
yace el Criador ; mas la maldad aterra.
Y un grito de furor lanza el profundo :
«Muere»... Gemid, humanos ;
todos en él pusisteis vuestras manos.

ALBERTO LISTA

XXIX

MANUEL JOSE QUINTANA

Nació en Madrid en 1772 y murió en 1857. La extensión de su obra no corre parejas con la de su vida. Contrariamente a lo que ha sucedido con los más de nuestros grandes autores, casi siempre fecundísimos, lo general en estos vates más o menos afrancesados es la exigüidad de la producción, como consecuencia de su meticuloso cuidado; cuidado que, por otra parte, no da de sí lo que cabría esperar. Y es que la inspiración no puede ser sustituida por ningún linaje de recursos, ni por el dominio teórico del arte poético. Se ha dicho de Quintana que fué el más grande poeta de su época. Cosa que no discutimos; que puede aceptarse, pues en el período histórico en que se desenvuelve su actividad atraviesa la Literatura española momentos bien tristes. Desde luego no cabe dudar que fué un hombre de mucho talento, de buen gusto, y que trabajó sus versos extraordinariamente. De sus poesías es la más famosa «A la invención de la imprenta». Intentó la literatura dramática con «El duque de Viseo» y «Pelayo». Quizá sus mayores méritos los contrajera con sus «Vidas de españoles célebres», en prosa.

DE LA VIDA DEL CID

Mas dejando aparte todas las fábulas que se cuentan de este sitio (se refiere el autor al sitio de Zamora por Sancho II de Castilla), luego que fué muerto Don Sancho, los leoneses y gallegos se desbandaron, y los castellanos solos quedaron en el campo acompañando al cadáver, que fué llevado a sepultar en el monasterio de Oña. Entretanto, Don Alfonso, avisado de aquella

gran novedad, partió a toda prisa de Toledo a ocupar los Estados del difunto. En León no hubo dificultad ninguna, y en Galicia, aunque Don García pudo escaparse de su prisión y trató de volver a reinar, fué arrestado otra vez; y Don Alfonso, tan culpable con él como su hermano, le condenó a prisión perpetua y ocupó su trono. Castilla presentaba más obstáculos: irritados sus naturales de la muerte alevosa de su rey, no querían rendir vasallaje a Alfonso mientras él por su parte no jurase que aquella infamia se había cometido sin participación suya. Avínose el rey a hacer la protestación solemne de su inocencia; mas ninguno de los grandes de Castilla osaba tomarle el juramento por miedo de ofenderle. Sólo Rodrigo se aventuró a representar la lealtad y entereza de su nación en la ceremonia, y ésta se celebró en Santa Gadea de Burgos delante de toda la nobleza.

Abierto un misal, y puestas el rey sus manos en él, Rodrigo le preguntó: «¿Juráis, rey Alfonso, que no tuvisteis parte en la muerte de Don Sancho por mandato ni por consejo? Si juráis en falso, plega a Dios que muráis de la muerte que él murió, y que os mate un villano y no caballero.» Otorgó Alfonso el juramento con otros vasallos suyos, y repitióse otra vez, mudándosele en ambas el color al rey, ya abochornado de la sospecha, ya indignado del atrevimiento. No falta quien deseche también esta incidencia como una fábula; pero, además de no ser muy fuertes las razones que se alegan para ello, cuadra tan bien con las costumbres pundonorosas del tiempo, hace tanto honor a Rodrigo y da una razón tan plausible del rencor que

toda su vida le tuvo el rey, que no he querido pasarla en silencio.

Al principio no estuvo descubierto este odio, ni la política lo aconsejaba. Rodrigo, enlazado con la familia real por su mujer doña Jimena Díaz, hija de un conde de Asturias, acompañó al rey en sus primeros viajes, fué nombrado campeón en varios pleitos que, según la jurisprudencia de entonces, habían de decidirse por las armas, y fué enviado a Sevilla y a Córdoba a cobrar las parias que sus príncipes pagaban a Castilla.

Hacíanse entonces la guerra el rey de Sevilla y el de Granada, a quien auxiliaban algunos caballeros cristianos. Estos, con los granadinos, venían a la vuelta de Sevilla para combatirla, y aunque el Cid les intimó que respetasen al aliado de su rey, ellos despreciaron su aviso y entraron por las tierras enemigas talando los campos y cautivando los hombres. Rodrigo entonces salió a su encuentro al frente de los sevillanos, los atacó junto al castillo de Cabra, los derrotó enteramente y volvió a Sevilla, cuyo príncipe no sólo le entregó las parias que debía, sino que le colmó de presentes, con los cuales, honrado y enriquecido, volvió a su patria.

En ella le aguardaba ya la envidia para hacerle pagar las ventajas de gloria y de fortuna que acababa de conseguir. Tuvo Alfonso que salir de Castilla a sosegar algunos árabes alborotados en la Andalucía, y Rodrigo, postrado por una dolencia, no pudo acompañarle. Los moros de Aragón, valiéndose de la ausencia del rey, entraron por los Estados castellanos y saquearon la fortaleza de Gormaz, lo cual sabido por

Rodrigo, aun no bien cobrado de su enfermedad, salió al instante a ellos con su hueste, y no sólo les tomó cuanto habían robado, sino que, revolviendo hacia Toledo, hizo prisioneros hasta siete mil hombres, con todas sus riquezas y haberes, y se los trajo a Castilla. Era el rey de Toledo aliado de Alfonso VI, y por lo mismo éste y toda su corte llevaron a mal la expedición del Cid. «Rodrigo — decían los envidiosos — ha embestido las tierras de Toledo y roto los pactos que nos unían con aquella gente, para que, irritados con su correría, nos cortasen la vuelta en venganza y nos hiciesen perecer.» Alfonso entonces, dando rienda al encono que le tenía, le mandó salir de sus Estados, y él abandonó su ingrata patria con los pocos amigos y deudos que quisieron seguir su fortuna.

MANUEL JOSÉ QUINTANA

LA BIOGRAFÍA.—Es la narración histórica de la vida de una persona. Ha de ser interesante y veraz. Interesante, porque no cualquier personaje merece el honor de ser biografiado. Para que la biografía tenga mérito es menester que la elección del personaje sea acertada, esto es, que su vida ofrezca algún interés por el papel desempeñado en la historia del mundo o de su patria. Ha de ser veraz, por cuanto la biografía no debe ser en modo alguno una apología o un canto de alabanzas, sino una relación imparcial de los hechos y acaecimientos de la persona historiada.

XXX

JUAN MELENDEZ VALDES

Natural de Ribera del Fresno (Badajoz). En su tiempo fué el poeta más admirado. Hoy corre la suerte de casi todos sus contemporáneos: el olvido. La causa no la hemos de repetir. Nuestro poeta fué, sin duda, hombre de sentimientos delicados, de gran sensibilidad; pero se hallaba falto de aquella inspiración necesaria para ser un gran poeta. Discípulo de Cadalso, lírico también mediocre, compuso a su muerte una canción necrológica. Escribió para un concurso (que ganó) la comedia «Las bodas de Camacho el rico», que carece de mérito. Entre sus poesías es famosa «La presencia de Dios» y la que sigue.

MI VUELTA AL CAMPO

Ya vuelvo a ti, pacífico retiro,
altas colinas, valle silencioso,
término a mis deseos,
faustos me recibid; dadme el reposo
por que en vano suspiro
entre el tumulto y tristes devaneos
de la Corte engañosa.
Con vuestra sombra amiga
mi inocencia cubrid, y en paz dichosa
dadme esperar el golpe doloroso
de la Parca enemiga,
que lento alcance a mi vejez cansada,
cual de otoño templado
en deleitosa tarde, desmayada

huye su luz del cárdeno occidente
el rubio sol con paso sosegado.
¡ Oh, cómo, vegas plácidas, ya siente
vuestro influjo feliz el alma mía !
Os tengo, os gozaré, con libre planta
discurriré por vos ; veré la aurora,
bañada en perlas que riendo llora,
purpúrea abrir la puerta al nuevo día,
su dudoso esplendor vago esmaltando
del monte que a las nubes se adelanta
la opuesta negra cumbre ;
del sol naciente la benigna lumbre
veré alentar, vivificar el suelo,
que en nublosos vapores
adormeciera de la noche el hielo ;
del aura matinal el soplo blando,
de vida henchido y olorosas flores,
aspiraré gozoso ;
el himno de alborada bullicioso
oiré a las sueltas aves,
extático en sus cantos süaves ;
y mi vista encantada,
libre vagando en inquietud curiosa
por la inmensa llanada,
aquí verá los fértiles sembrados
ceder en ondas gráciles al viento,
de sus plácidas alas regalados ;
sobre la esteva honrada
allí cantar al arador contento
en la esperanza de la mies futura ;
alegre en su inocencia y su ventura

más allá un pastorcillo
lento guiar sus cándidas corderas
a las frescas praderas,
tañendo el concertado caramillo ;
y el río ondisonante,
entre copudos árboles torciendo,
engañar en su fuga circulante
los ojos que sus pasos van siguiendo,
lento aquí sobre un lecho de verdura,
allí celando su corriente pura ;
cerrando el horizonte,
el bloque impenetrable y arduo monte.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

XXXI

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

Galicista furibundo. Admirador del teatro francés, particularmente del de Molière, y despreciador del español clásico hasta tal punto que, nombrado director de Teatros, excluyó de los de Madrid «La vida es sueño» y «El alcalde de Zalamea», cualquiera de las dos muy superior a todo lo que hicieron él y sus modelos. Esto no obstante, Moratín fué la mejor cabeza que anduvo los caminos literarios en el siglo XVIII. Dotado de indiscutible genio satírico, y poseedor de enorme cultura (aunque desvirtuada al pasar por el desdichado y ya decadente tamiz del pseudoclasicismo francés), acertó a hacer la crítica del Teatro y la sociedad de su tiempo en dos obras notables: «La comedia nueva, o El café» y «El sí de las niñas». En estas dos

obras, como en todo su teatro, se nota esa frialdad, esa afectación, esa falta de movilidad y vida que acusan todos los que obran bajo el peso de una idea fija, de un prejuicio. La sujeción mata la inspiración, y nadie más que ésta es la madre de las grandes producciones literarias. Observaremos que no falta quien, al hablar de «La comedia nueva», saca a relucir a Cervantes... al «Quijote»... Es demasiado. Conviene tener más sentido de la distancia. Moratín nació en Madrid en 1760 y murió en París en 1828.

EL SI DE LAS NIÑAS

(DEL TERCER ACTO)

DON DIEGO.—Eso no lo puedo yo dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y amigo, dígame usted : ¿ estos títulos no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza ? ¿ No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor ? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.—¡ Dichas para mí !... Ya se acabaron.

DON DIEGO.—¿ Por qué ?

DOÑA FRANCISCA.—Nunca diré por qué.

DON DIEGO.—Pero ¡ qué obstinado, qué imprudente silencio !... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.—Si usted lo ignora, señor don Diego, ¡ por Dios !, no finja que lo sabe, y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO.—Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA.—Y daré gusto a mi madre.

DON DIEGO.—Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.—Ya lo sé.

DON DIEGO.—Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña; enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruídas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

XXXII

JOSE FRANCISCO ISLA

Nació este ilustre jesuíta en Vidanes (León) el año 1703 y murió en Bolonia el 1781. Prosista correcto y a veces muy ágil. Siempre sin acusar tan empalagoso engolamien-

to como sus contemporáneos. Vivió cuando el culteranismo hacía en el púlpito mayores estragos que en la poesía y esto le inspiró una obra que bien merece el título de grande: la «Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas». En ella muestra un donaire y una soltura poco común en su tiempo, a pesar de ser una crítica hecha con el patrón de las ideas francesas. Es que el talento encuentra siempre forma de mostrarse. El padre Isla, con esta obra, alcanzó lo que pocos de aquellos días alcanzaron: salvar su nombre del olvido.

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS

(FRAGMENTO)

Ya tenemos a Fray Gerundio en campaña como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el más pintado, sin que ninguno le echase el pie adelante, ni en la puntual asistencia a los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le había pintado el lego, cuando podía hacerlas, sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los pies. No obstante, como no perdía ocasión de correr un panecillo, de encajarse en la manga una ración, y en un santiamén se echaba a pechos un Jesús, cuando ayudaba al refitolero a componer el refectorio, llegó a sospecharse que no era tan limpio como parecía, y así el refitolero como el sacristán le acusaron al maestro de novicios, que cuando Fray Gerundio asistía al refectorio o ayudaba a las misas se acababa el vino de éstas a la mitad de la mariana, y a un volver de cabeza se hallaban vacíos uno o dos jesuses, de los que juraría a

Dios y a una cruz que ya había llenado ; y aunque nunca le habían cogido el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo, y que en Dios y en su conciencia no podía ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

Sucedió que, mientras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata a los dos legos acusadores, el angelical Fray Gerundio pasó (no sé si por casualidad o por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo a la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho a la celda del maestro a darle cuenta de lo que le había pasado en la oración de aquel día. Entró como acostumbraba, con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adredemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer, y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando a una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño ; mandóle sentar junto a sí, comenzó la cuenta de oración y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron a la cabeza, pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo¹ del maestro, sin poderse contener, se levantó de la silla, y para alentar más y más a su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se lo dió ; porque como le apretó tanto en el Señor, se estrellaron en el pecho los huevos que el angelical mancebo traía

escondidos en él, y comenzaron a chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecía haberse vaciado el perol donde se batían los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó al novicio: «¿Pues qué es esto, hermano Fray Gerundio?» El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginación pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse: «Padre, yo se lo diré a su reverencia. Como ha dos meses que su reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví a decirlo a su reverencia porque su reverencia no me privase del consuelo de esta corta mortificación.» Tragó el anzuelo el bonísimo varón; y pasmado de la estupenda mortificación de su novicio, volvió a darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero, por no lastimarle en las llagas de las espaldas y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente que mejor es la obediencia que no los sacrificios, le despidió dándole orden de que se fuese a mudar otra saya y otro escapulario.

P. JOSÉ FRANCISCO ISLA

LA SÁTIRA.—Es la condenación, censura o ridiculización de un vicio general o particular, más veces lo primero que lo segundo. En el fondo, la sátira tiene siempre un sedimento de amargura, que a veces se cubre con el empleo en la forma de un tono festivo. Las sátiras mejores reflejan,

sin embargo, con la severidad de su tono, el estado de ánimo del autor.

La sátira puede ser política, religiosa, moral, literaria..., cuyos nombres constituyen por sí definiciones. Los representantes españoles más genuinos son Castillejo, Quevedo, Isla, Moratín y Larra.

XXXIII

FRAY BENITO JERONIMO FEIJOO

Más digno de recuerdo por su talento que por su personalidad literaria. Conoció toda la ciencia de su tiempo y se percató de toda la magnitud de la decadencia de las letras y ciencias hispanas. Entonces escribió su «Teatro crítico», noble intento que mereció la traducción a todas las lenguas de países civilizados. Después de publicados ocho tomos de esta obra, comenzó las «Cartas eruditas» con el mismo fin de sacar a su patria del marasmo en que estaba sumida. Difícilmente se lee algún comentario de este gran hombre, el más respetable del siglo XVIII, sin que se saque a colación su estilo plagado de galicismos. Y cabe preguntarse si son oportunos en este caso los repulgos casticistas, porque si nos colocamos en semejante terreno, ¿qué poeta, qué literato queda en pie del siglo XVIII acá? No se puede olvidar que muchos de aquellos galicismos quedaron en nuestra lengua y que los usamos tranquilamente. Y si se trata de la exageración de este defecto, el anatema debe caer sobre todos los contemporáneos de este hombre eminente. Se ha atacado a Feijóo con tal dureza, que se ha llegado a decir que debía levantársele una estatua y quemar al pie de la misma todos sus escritos. Y aunque pasado realmente, aun quedan de él escritos que merecen colocarse en lo alto del monumento. Repetimos que Feijóo es una de las figuras más insignes de nuestra literatura. Nació este sabio varón en un pue-

blecillo de la provincia de Orense el año 1676 y murió en 1764.

EL FIRMAMENTO

Para ver en este espejo la grandeza, la sabiduría y aun la hermosura del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oración, y mucho menos como lo registra el filósofo, examinando sus maravillas en su estudioso retiro; basta verle como le ve el más sencillo y rústico aldeano, o la más ignorante pastorcilla en cualquiera tiempo, pero con mucha especialidad en una noche serena, clara y limpia de la primavera o del estío. Este es un objeto que me llena el corazón de un suavísimo deleite.

¡Qué espectáculo tan ilustre, tan magnífico, tan hermoso! ¡Cuánta copia de luces, y qué brillantes en ese espacioso campo del firmamento! Y el mismo campo, ¡qué agradable por aquel hechicero color azul, verdaderamente celeste, de que todo él está vestido! ¿Qué comparación tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores princesas de la tierra, no siendo la vestidura que las cubre más que un áspero tejido, y sus ponderados diamantes chinas robadas a una peña? Allí miro la luna y parece está en el goce de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué majestad tan agradable se pasea por aquel círculo asignado a su movimiento! Hacia aquella parte se me presenta una prolongada faja como de color de leche;

ésta debe ser la que llaman vía láctea los astrónomos. También imita, aunque débilmente, la luz de los astros, y acaso no es otra cosa que una colección de astros menores, o estrellas, que se representan más pequeñas por ser mayor la distancia. Así lo conjeturo, porque también en la multitud de esotras que sin disimular que son estrellas están derramadas por dilatados espacios, observo bastante desigualdad, así en la magnitud como en la brillantez. Pero esa misma disminución de luz en algunas partes, aumenta con su hermosa variedad el lucimiento del todo. ¡ Válgame Dios ! ¡ Qué grande será el que fabricó un cielo tan grande ! ¡ Qué hermoso será el que hizo tantos luminares tan hermosos !

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

XXXIV

BALTASAR GRACIAN

En su obra «Agudeza y arte de ingenio» queda definida, por él mismo, su personalidad literaria. Es esta obra una verdadera preceptiva del gusto entonces dominante entre los poetas; esto es, una retórica conceptista. El conceptismo, corriente en todas las literaturas europeas en el siglo XVII, fué introducido en España, al parecer, por Alonso de Ledesma, y consiste en un alambicamiento de los conceptos, en un intento de combinación ultrarrefinada de las ideas, para producir pensamientos profundos. El estilo suele ser frío, seco, sentencioso, afectado. Como lo es en las obras mismas de Gracián, tales como «El héroe», «El discreto», «El político Don Fernando el Católico» y «El criticón».

Pero si como literato es no muy apreciable, como filósofo es digno del predicamento que alcanzó en otras naciones, sobre todo en Alemania, donde no ha dejado de tener discípulos. Por tal fama se nos dió a conocer a los españoles mismos y hoy es una de las mentalidades justamente reconocidas y «El criticón» es considerado como una de las obras más importantes que se han producido. Nació Gracián en Belmonte (Zaragoza), en 1601, y murió en 1658.

ARMONIA DEL UNIVERSO

Este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan variada multitud de criaturas, sin embarzarse unas a otras, antes bien, dándose lugar y apoyándose todas entre sí, es otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Creador, con la cual dispuso todas las cosas en peso, con número y medida; porque, si bien se nota, cualquiera cosa creada tiene su centro en orden al lugar, su duración en el tiempo, y su fin especial en el obrar y en el ser. Por esto verás que están subordinadas unas a otras, conforme al grado de su perfección. De los elementos, que son los ínfimos en la Naturaleza, se componen los mixtos, y entre éstos los inferiores sirven a los superiores. Estas hierbas y esas plantas que están en el más bajo grado de la vida, que sólo gozan la vegetación, moviéndose y creciendo hasta un punto fijo de su perfección en el durar y en el crecer, sin poder pasar de allí, éstas sirven de alimentos a los sensibles vivientes, que están en el segundo orden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del aire; ellos pa-

cen la hierba, pueblan los árboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas y se amparan con su toldo; pero unos y otros, árboles y animales, se reducen a servir a otro tercer grado de vivientes mucho más perfectos y superiores, que, sobre el crecer y el sentir, añaden el raciocinar, el discurrir y el entender, y éste es el hombre, que, finalmente se ordena y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte, con tan maravillosa disposición y concierto, está todo ordenado, ayudándose las unas criaturas a las otras para su aumento y conservación. El agua necesita de la tierra que la sustente, la tierra del agua que la fecunde; el agua se aumenta del agua; y del aire se ceba y alienta el fuego.

Todo está así ponderado y acompasado para la unión de las partes; y ellas lo están en orden de la conservación de todo el universo.

BALTASAR GRACIÁN

FORMAS CONCEPTIVAS O FIGURAS DE PENSAMIENTO.—Más apropiada la primera denominación que la segunda, se refieren ambas a determinados aspectos de nuestra expresión resultantes de la forma de producirse el pensamiento o del género mismo de la realidad interior que expresamos. Se suelen dividir en formas lógicas, pintorescas y patéticas.

Formas lógicas.—Las más importantes son: la sentencia, la antítesis, la paradoja y el epifonema.

Sentencia es una reflexión profunda que emana de la razón o de la experiencia.

La antítesis consiste en la oposición de dos pensamien-

tos inmediatos en la expresión. (Ejemplo: «Yo velo cuando tú duermes».)

La paradoja es la reunión en un mismo sér de cualidades aparentemente contradictorias, es decir, la reunión en un mismo objeto de dos ideas contrarias y, por lo tanto, aparentemente incompatibles. (Ejemplo: «La *difícil* facilidad de hacer versos», «La *soledad* de dos en compañía».)

El epifonema es una reflexión breve que cierra y resume una serie de pensamientos expresados en una composición. (Léase Lista y obsérvese la belleza del epifonema que termina la oda «A la muerte de Jesucristo».) (1).

XXXV

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

Vivió de 1584 a 1648. Talento político y diplomático de primer orden, fué embajador de España en varias cortes europeas. Sus obras principales son: «Empresas políticas» y «La República literaria». Fué conceptista, con el natural perjuicio para su estilo. Pero como político, pocos, por no decir ninguno, le llegan en su tiempo. En Saavedra Fajardo se encuentran a menudo paisajes magistrales, lo mismo por la forma que por el fondo. Para demostrarlo, ahí va el siguiente trozo, sacado de «La República literaria».

ALGUNOS HISTORIADORES

Este que camina con pasos graves y circunspectos es Tucídides, a quien la emulación a la gloria de He-

(1) Aquí tiene que trabajar el maestro. Todas las nociones preceptivas son inútiles si el maestro no las anima y prepara al niño para que en las lecturas posteriores saque *por recuerdo* el debido partido de las enseñanzas que se quieren dar.

rodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso.

Aquel de profundo semblante es Polibio, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de que solamente han quedado cinco, a los cuales perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastián Maccio, que ignorante le maltarata, sin considerar que es tan docto que enseña más que refiere.

El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es Plutarco, tan versado en las artes políticas y militares, que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae a sí los ánimos, es Jenofonte, a quien Diógenes Laercio llamó «Musa ática», y otros, con más propiedad, «Abeja ática».

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es C. Salustio, gran enemigo de Cicerón, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia, aunque a Séneca y a Asinio Polión parece oscuro, atrevido en las translaciones y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caídas y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan más tierra que los demás, es Cornelio Tácito. Por el veneno que se ha sacado de esta fuente, dijo Budeo que era el más facineroso de los escritores. A este peligro se exponen los que escriben en tiempo de príncipes tiranos, que si los alaban son

lisonjeros, y si los reprenden, penetrando sus vicios, parecen maliciosos.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de éste, que parece que destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores, porque es Tito Livio Patavino, de no menos gloria a los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de Polibio y dió en la superstición; así, por librarnos de un vicio damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la «garnacha» de Cayo Suetonio, que viene después de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiere mejorar la estragaría. En su semblante conocerás la impaciencia de su condición, que no puede acomodarse a la lisonja ni tolerar los vicios de los príncipes, aunque sean ligeros.

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz a los enemigos que con la elegancia a los que quieren imitarle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso, que supo descubrir sus aciertos y disimular sus errores.

El vestido a lo cortesano, aunque llana y sencillamente, sin arreo ni joyas, es Felipe de Tomines, cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte, tendida descubre su buen juicio; y el otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es Guichardino, gran enemigo de la casa de Urbino. El que va a su lado con su ropín de martas, que apenas puede darle bastante calor, es Paulo Jovio, adulador del marqués del Nasto y de los Médicis, enemigo declarado de los españoles.

El otro, de largas y tendidas vestiduras, es Zurita, a quien acompaña don Diego de Mendoza, advertido y vivo en sus movimientos, y Mariana, cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demás naciones, no perdona a la suya, y la condena en lo dudoso; afecta la antigüedad, y, como otros se tiñen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.

DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO

FIGURAS DE PENSAMIENTO.—*Formas pintorescas*.—Son la topografía o descripción de lugares; la *prosopografía* o descripción de las cualidades físicas; *etopeya*, de las morales, y *cronología*, de los caracteres de una época.

Formas patéticas.—Son muchas. Definiremos las principales.

Deprecación es la súplica vehemente de que suceda alguna cosa o de obtener algo.

Imprecación es la súplica de que sobrevengan daños graves a un enemigo. Si el deseo de males se refiere a nosotros mismos, la figura se llama *execración*.

Reticencia es la suspensión del discurso, pero dejando entrever lo que se quiere decir y no se dice.

Hipérbole es la exageración de las cualidades o propiedades de un objeto, las cuales existen en él realmente, pero no en el grado que se expresa.

Apóstrofe es una figura que consiste en la suspensión del discurso para dirigir la palabra con vehemencia a algo o a alguien o a sí mismo.

XXXVI

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Es un genio. Un genio portentoso e indiscutible, a pesar de sus defectos. Por otra parte, todos tenemos defectos. Ciertamente, su prosa, dañada de conceptismo, es muchas veces oscura e imprime a sus obras bastante pesadez. Lo mismo podría decirse de sus versos. Pero ello no empece para que se nos presente como un maestro de la palabra, como poeta de altísima inspiración, como satírico insuperable, como uno de los talentos políticos más grandes que ha tenido España; como sabio filósofo y moralista, como escritor ascético de maravillosa fuerza espiritual, como novelista, en fin, de mérito eminente.

Escribió muchos sonetos, de los que reproducimos «Advertencia a España», profecía cuyo cumplimiento veía el poeta con claridad meridiana; epigramas a centenares; bellos romances; diversos poemas; obras ascéticas, como «De la Providencia de Dios»; políticas, como «La vida de Marco Bruto» y «Política de Dios»; sátiras en prosa, como los «Sueños»; la novela picaresca (y harto libre) «El Buscón», etc. Un portento de fecundidad, sólo comparable a Lope de Vega.

Hay que defender a Quevedo de un error tristísimo. El vulgo, y mucha gente que presume de culta, lo tienen por un ingenio chabacano y soez, fértil únicamente en chocarrerías y suciedades del gusto más ínfimo. Sin ocultar que hay obras donde se pasa de desenfadado, la figura de don Francisco de Quevedo es muy distinta de lo que imaginan los indoctos. Su vida fué triste, casi trágica. Tanto en lo que toca a sus grandes desdichas como por los sufrimientos derivados de su patriotismo lastimado por su videncia del porvenir. Adivinaba la ruina de España, y la amargura que esto le producía pasó muchas veces a sus obras. Hasta cuando parecía reír lloraba. Nació Quevedo en Madrid en 1580 y murió en Villanueva de los Infantes en 1645.

ADVERTENCIA A ESPAÑA

Un godo, que a una cueva en la Montaña
guardó, pudo cobrar las dos Castillas ;
del Betis y Genil las dos orillas,
los herederos de tan grande hazaña.

A Navarra te dió justicia y maña
y un casamiento, en Aragón, las sillas
con que a Sicilia y Nápoles humillas,
a quien Milán espléndida acompaña.

Muerte infeliz en Portugal arbola
tus castillos. Colón pasó los godos
al ignorado cerco de esta bola.

Y es más fácil, ¡ oh España !, en varios modos,
que, lo que a todos les quitaste sola,
«te puedan a ti sola quitar todos».

A UNA NARIZ

Erase un hombre a una nariz pegado ;
érase una nariz superlativa,
érase una nariz, sayón y escriba,
érase un elefante boca arriba,

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba
era Ovidio Nasón más narigado.

Erase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto :
las doce tribus de narices era.

Erase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz; nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.

LA VIDA

Es, pues, la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner al jornalero; que no tiene descanso desde que empieza si no es cuando acaba. A la par empiezas a nacer y a morir, y no es en tu mano detener las horas; y si fueras cuerdo no lo habías de desear. Si fueras bueno, no lo habías de temer. Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas a la razón. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecillas, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, o de tu sustento, abrigo, reposo u hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta a muerte y miseria, la que con muerte de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias como de alimento. Por otra parte, mira cómo en todas cosas igualas la muerte que recibes, pues los manjares con que a tu parecer sustentas el cuerpo, en su decocción, por otra parte, gastan el calor natural, que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se

alimenta; y cuanto más aprisa ardas, más aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado; un jarro de agua, si sudas; el baño, la comida, si es demasiada; el vino; el movimiento, si te cansas; el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necesidad buscarla, pues no puede dejar de estar enfermo quien siempre en la misma vida tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no están en tu mano no las debías sentir ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es sino que, entre todos los animales, tú solo naciste contra ti mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda despacio, te enfadas; si habla mucho, te enojas; si le suceden desdichas, te deshaces en lástimas; si tiene prosperidad, te carcomes con envidia; si te dicen una mala palabra o te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar te mueres de coraje, y toda la vida te mueres de miedo de morirte, o vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal y esta vida perecedera.

FRANCISCO DE QUEVEDO

EL CONCEPTISMO.—Ya hemos hablado de él ligeramente al presentar a Baltasar Gracián. El afán del conceptismo consistía en conseguir frases agudas, concentradas, con

muchos pensamientos y pocas palabras. De modo que en sí no es un vicio más que cuando el prurito de hacer sutil el pensamiento se lleva a la exageración; de lo contrario, la brevedad, la concisión, constituyen condiciones las más importantes de la expresión. Ahora bien, sometida la mente a una idea fija, el pensamiento pierde en libertad, en espontaneidad y, por lo tanto, en agilidad y soltura. Este fué el drama de los conceptistas. De tanto que querían refinar los pensamientos y, por tanto, su expresión, la privaban de aquel calor, de aquella vida y movilidad que requiere la palabra poética o simplemente literaria. Pero si como literatos algunos conceptistas no salvaron su personalidad más que a medias, como pensadores dejaron huella todos los que tenían talento suficiente. Los que no, como dice Menéndez Pidal, hacen estribar la agudeza y profundidad «únicamente en lo rebuscado del pensamiento, en equívocos triviales y en estrambóticas comparaciones». Justo es concluir que si en los poetas conceptistas de segundo orden sólo se ven los vicios, en los Quevedo y en los de Gracián va empañada con frecuencia su grandeza por esos mismos vicios.

XXXVII

P JUAN DE MARIANA

Es nuestro mejor historiador. El primero que intenta la crítica. Aunque se le considera como historiador principalmente, tuvo saber enciclopédico y escribió sobre múltiples asuntos con una libertad de pensamiento y una sinceridad, que pasmaría en aquellos tiempos y en su estado, si no fueran tan corrientes entre nuestras lumbreras de aquellos días, que se planteaban y resolvían los más arduos problemas de filosofía, teología, política, ética... ¡Maravillosos, admirables días aquellos para España!

¡Pensad, hijos míos, que en vosotros está que retornen sus glorias!

Como queda dicho, la obra cumbre del P. Mariana es la «Historia de España». Se critica mucho esta obra, sin pensar que es muy difícil hallar otra análoga de aquellos tiempos que la supere. Nuestro historiador es algo crédulo, y su crítica no es muy rigurosa; pero hay que tener en cuenta los progresos de la ciencia de la Historia, de Mariana a nuestros días. En cuanto al lenguaje es netamente clásico y brilla en la obra la cualidad más alta del historiador: la imparcialidad. A este respecto fué, no ya meticoloso, mas excesivo, según hemos visto en Saavedra Fajardo.

COSTUMBRES DE LOS ESPAÑOLES PRIMITIVOS

Groseras y sin política ni crianza fueron antiguamente las costumbres de los españoles. En guardar secreto se señalaron extraordinariamente; no eran parte los tormentos, por rigurosos que fueran, para hacérselo quebrantar. Sus ánimos, inquietos y bulliciosos; la ligereza de los cuerpos, extraordinaria; dados a las regiones falsas y culto de los dioses; no se cuidaban del estudio de las ciencias, bien que eran de grandes ingenios, lo cual, transferidos en otras provincias, mostraron bastantemente: que ni en la claridad de entendimiento, ni en excelencia de memoria, ni aun en la elocuencia y hermosura de las palabras daban ventaja a ninguna otra nación. En la guerra fueron más valientes contra los enemigos que astutos y sagaces. El arreo de que usaban, simple y grosero; el mantenimiento, más en cantidad que exquisito y rega-

lado; bebían de ordinario agua; vino, poco; contra los malhechores eran rigurosos; con los extranjeros, benignos y amorosos.

Esto fué antiguamente, porque en este tiempo mucho se han acrecentado así los vicios como las virtudes. Los estudios de sabiduría florecen cuanto en cualquier parte del mundo. En ninguna provincia hay mayores ni más ciertos premios para la virtud; en ninguna nación tiene la carrera más abierta el valor y doctrina para adelantarse. En lo que más se señalan es en la constancia de la religión y creencia antigua; con tanto mayor gloria, que en las naciones comarcanas en el mismo tiempo todos los ritos y ceremonias se alteraron con opiniones nuevas.

Dentro de España florece el consejo; fuera, las armas. Sosegadas las guerras domésticas y echados los moros de España, ha peregrinado por gran parte del mundo con fortaleza increíble. Los cuerpos, por naturaleza sufridores de trabajos y de hambre; virtudes con que han vencido todas las dificultades, que han sido, en ocasiones, muy grandes por mar y tierra. Verdad es que en nuestra edad se ablandan los naturales y enflaquecen con abundancia de deleites y con el aparejo que hay de todo gusto y regalo de todas maneras en comida y en el vestido. El trato y comunicación de las otras naciones que acuden a la fama de nuestras riquezas y traen mercaderías que son a propósito para enflaquecer a los naturales, con esto, debilitadas las fuerzas y estragadas con las costumbres extranjeras; demás de esto, por la disimulación de los príncipes y por la licencia y libertad del vulgo muchos viven

desenfrenados, sin poner fin ni tasa ni a la lujuria, ni a los gastos, ni a los arreos y galas, por donde, como dando vuelta a la fortuna desde el lugar más alto do estaba, parece a los prudentes y avisados que (mal pecado) nos amenacen graves y desventuras, principalmente por el grande odio que nos tienen las demás naciones: cierto compañero sin duda de la grandeza y de los grandes imperios, pero ocasionado en parte de la aspereza de las condiciones de los nuestros y de la severidad y arrogancia de algunos de los que nos mandan y gobiernan.

P. JUAN DE MARIANA

LA HISTORIA.—Es la narración verídica de los hechos de la vida de la Humanidad, o en que el hombre ha tenido alguna intervención. La Historia nos da idea de la Humanidad en cada momento y en su movimiento progresivo y constante. De modo que no se limita a darnos escueta y fríamente noticia de hechos pasados, sino que estudia esos hechos como consecuencia de los anteriores y como punto de partida de los subsiguientes; por eso ha podido decirse que es «la maestra de la vida». Las condiciones de la Historia son «verdad» e «imparcialidad». La primera consiste en presentar los hechos tal y como acaecieron, sin quitar, poner ni torcer. La segunda, en verlos «objetivamente», esto es, con independencia del particular interés que para nosotros tengan los hechos narrados. Como estas virtudes han existido rara vez en los historiadores, han tomado modernamente altos vuelos los estudios de «crítica histórica», que tienden a comprobar la exactitud de las noticias existentes y la legitimidad de las fuentes históricas de donde proceden. Las principales fuentes históricas son: Los restos de sí o de los objetos que usaban, o de sus actividades, dejados por los hombres; la tradición o relato verbal de los hechos de generación en generación,

y las fuentes escritas (documentos, crónicas, historias, libros diversos). Los restos se prestan a errores de interpretación y hay que trabajar sobre ellos delicadamente. Las tradiciones, aunque tienen generalmente por punto de partida un hecho real y verdadero, van mezcladas con abundantes elementos fabulosos que hay que eliminar. Las fuentes escritas pueden ser falsas, es decir, no pertenecer a la época que aparentan, o referirse a hechos inexistentes, y además la crítica debe comprobar el crédito que merece el autor de ellas en cuanto a veracidad e imparcialidad.

XXXIX

PEDRO CALDERON DE LA BARCA

¿Cuál es el más grande de nuestros dramaturgos? ¿Es Calderón? ¿Es Lope de Vega? ¿O es, como quieren algunos, Tirso o Alarcón? A nosotros nada o poco nos importa eso. La sola discusión coloca a los cuatro a nivel de parecida altura y es glorificación del país que ha producido cuatro genios semejantes en un mismo género poético, después de haber creado portentosas personalidades en otros géneros literarios. El carácter de Calderón no es solamente un puntilloso sentimiento del honor; más bien diríamos que éste es consecuencia de la nobleza general de los pensamientos y sentimientos del autor. Esta elevación espiritual, hermanada con una grandiosa altura de la expresión, es el verdadero distintivo de nuestro gran dramaturgo.

Don Pedro Calderón de la Barca fué muy fecundo. Escribió numerosos autos sacramentales, modalidad dramática que encuentra en él su apoyo y su fin. Compuso comedias admirables, como «La vida es sueño», «Casa con dos puertas...», «La dama duende», «El secreto a voces», etcétera, y dramas como «El alcalde de Zalamea», «La de-

voción de la Cruz», «El médico de su honra», «El mayor monstruo, los celos», «Amar después de la muerte», etc.

LA VIDA ES SUEÑO

(SOLILOQUIO DE SEGISMUNDO EN LA JORNADA SEGUNDA)

Es verdad ; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos ;
y sí haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar ;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es hasta despertar.
Sueña el rey que es rey, y vive
con este engaño mandando,
disponiendo y gobernando ;
y este aplauso, que recibe
prestado, en el viento escribe,
y en cenizas le convierte
la muerte (¡ desdicha fuerte).
¿ Quién hay que intente reinar
viendo que ha de despertar
en el sueño de la muerte ?
Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece ;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza ;
sueña el que a medrar empieza,

sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado,
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.

¿Qué es la vida? Un frenesí;
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

DECIMA (1)

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de las hierbas que cogía.
¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hierbas que él arrojó.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(1) También de «La vida es sueño».

EL AUTO.—El auto es un resto de las representaciones de carácter religioso que en la Edad Media se verificaban en las iglesias. Con la Edad Moderna aparecen los teatros profanos en las naciones civilizadas, sustentados por una riquísima y valiosa literatura dramática, sobre todo en España e Inglaterra. A medida que el teatro profano se desarrolla y abriga, va languideciendo la producción dramática de carácter religioso, hasta quedar reducida a los autos, destinados a celebrar y exaltar el Sacramento del Altar. Este primitivo asunto fué, sin embargo, dejando de ser único, y llega el auto a presentar la rica variedad de motivos religiosos que culmina en Calderón.

XL

JUAN RUIZ DE ALARCÓN

Aunque nacido en Méjico, como español se debe catalogar, pues residió en España casi siempre y fué amigo de los mejores ingenios contemporáneos. No desmerece nada ante los colosos que en sus días cultivaron el género dramático; antes bien, es colocado por algunos en primer lugar. Ya hemos dicho al hablar de Calderón que ello no puede dilucidarse, pues es cuestión de gustos, ya que los cuatro grandes dramaturgos clásicos (Lope, Tirso, Calderón y nuestro escritor) son entre sí bien diferentes. Ruiz de Alarcón es un autor de ideas. Menos elevado en la expresión y en el tono, más reposado, aventaja quizás a todos en la fuerza, vigor y profundidad del pensamiento. Con razón dice, a mi parecer, Rogerio Sánchez, que es precursor del teatro de ideas que en el siglo pasado encarnó en la egregia figura del noruego Ibsen. No tan fecundo como sus coetáneos, compuso empero muchas y buenas obras. «La verdad sospechosa», «Las paredes oyen», «El tejedor de Segovia», «Los pechos privilegiados», «Ganar amigos», son de lo mejor de nuestro Parnaso.

He aquí un trozo de «La verdad sospechosa», imitada por Corneille, y que es una comedia altamente ejemplar, como las más de Alarcón. En ella, el protagonista, Don García, es víctima de sus propias trapacerías.

LA VERDAD SOSPECHOSA

ACTO 2.º, ESCENA IX

D. BELTRÁN. ¿Sois caballero, García?

D. GARCÍA. Téngome por hijo vuestro.

D. BELTRÁN. ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?

D. GARCÍA. Yo pienso, señor, que sí.

D. BELTRÁN. ¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio a las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
está el ser malo o ser bueno.
¿Es así?

D. GARCÍA. Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.

D. BELTRÁN. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto

que, por el contrario, puede
quien con él nació, perdello?

D. GARCÍA. Es verdad.

D. BELTRÁN.

Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga a mis oídos mismos
que a Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros
diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
mas sin gusto ni provecho?

El deleite natural
tiene a los lascivos presos ;
obliga a los codiciosos
el poder que da el dinero ;
el gusto de los manjares
al glotón ; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia,
a los que cursan el juego ;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto ;
todos los vicios, al fin,
o dan gusto o dan provecho ;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

JUAN RUIZ DE ALARCÓN

LA COMEDIA.—La comedia es la forma dramática más difícil de definir. Porque no es la representación del lado cómico, festivo, de la vida, en cuanto en ella caben asuntos serios y situaciones dramáticas. Lo único que exige es el desenlace feliz, o relativamente feliz: sin muerte. El asunto de la comedia suele buscarse en la vida privada. La comedia admite, por este carácter tan variado que le reconocemos, precisamente, muchas clasificaciones. Hay comedias psicológicas, de costumbres, fantásticas, juguetes cómicos, de enredo, dramáticas, etc. (La denominación «comedias dramáticas» es redundante, pero se emplea para designar comedias de asunto serio y situaciones trágicas o semitrágicas.)

XLI

TIRSO DE MOLINA

El padre mercedario fray Gabriel Téllez (nombre en el mundo general del que en el mundo literario se denomina Tirso de Molina) es el dramaturgo psicólogo, creador de caracteres, y un gran moralista. Fué gran conocedor de las almas (eso quiere decir «psicólogo»), especialmente de las femeninas. Tiene varias obras inmortales, como «El condenado por desconfiado», «La prudencia en la mujer», «El burlador de Sevilla», «El vergonzoso en Palacio», «Don Gil de las calzas verdes» y otras comedias prodigiosas por el dominio de la intriga.

En «El burlador de Sevilla» presenta por primera vez el tipo de «Don Juan», que ha recorrido todas las literaturas importantes, y ha sido repetido profusamente en la española. Molière, y luego Dumas, lo llevaron a la francesa; lord Byron, a la inglesa; y en España lo reprodujeron Espronceda, en «El estudiante de Salamanca»; Zorrilla, en su famoso «Don Juan Tenorio»; Martínez Sierra, en «Don Juan de España», y Eduardo Marquina, ennoblecido, en «Una noche en Venecia». Entre nosotros se han hecho hasta cómicas parodias de este personaje trascendental de la literatura, como «El Tenorio musical» y el disparate cómico de José María Granada «Si fué Don Juan Andaluz...», ambas basadas en la obra de Zorrilla. Los juicios sobre este personaje y sobre las obras en que ha sido presentado son de lo más variado. Lo general es reconocer que no ha sido superada la obra de Tirso, a pesar de sus defectos.

Acompañamos un trozo de «La prudencia en la mujer», obra bellísima, cuya protagonista es doña María de Molina, esposa de Sancho IV el Bravo, la cual, con su prudencia y valor salvó la corona a su hijo Fernando IV el Emplazado. La virtud de esta noble señora resalta más luego, cuando su hijo fué ingrato para con ella.

LA PRUDENCIA EN LA MUJER

ESCENA II. (*Habla la Reina.*)

¿Qué es aquesto, caballeros,
defensa y valor de España,
espejos de lealtad,
gloria y luz de las hazañas?
Cuando muerto el rey Don Sancho,
mi esposo y señor, las galas
truecan León y Castilla
por jergas negras y bastas;
cuando el moro granadino
moriscos pendones saca
contra el reino sin cabeza,
y las fronteras asalta
por la lealtad defendidas,
y abriéndose su Granada,
por las católicas vegas
blasfemos granos derrama,
¡en civiles competencias,
pretensiones mal fundadas,
bandos que la paz destruyen,
ambiciosas arrogancias,
cubrís de temor los reinos,
tiranizáis vuestra patria,
dando en vuestra ofensa lenguas
a las naciones contrarias!
¡Ser mis esposos queréis
y como mujer ganada
en buena guerra, al derecho
me reducís de las armas!

¡ Casarme intentáis por fuerza,
e ilustrándoos sangre hidalga,
la libertad de mi gusto
hacéis pechera y villana !
¿ Qué veis en mí, ricos hombres ?
¿ Qué liviandad en mí mancha
la conyugal continencia
que ha inmortalizado a tantas ?
¿ Tan poco amor tuve al rey ?
¿ Viví con él mal casada ?
¿ Quise bien a otro, doncella ?
¿ A quién, viuda, di palabra ?
Ayer murió el rey, mi esposo ;
aun no está su sangre helada
de suerte que no conserve
reliquias vivas del alma.
Pues cuando en viudez llorosa
la mujer más ordinaria
al más ingrato marido
respeto un año le guarda ;
cuando apenas el monjil
adornan las tocas blancas,
y juntan con la tristeza
la gloria de vivir casta ;
yo, que soy reina, y no menos
al rey Don Sancho obligada
que Artemisa a su Mauseolo,
que a su Pericles, Aspasia,
¿ queréis, grandes de Castilla,
que desde el túmulo vaya
al tálamo incontinente ?

¿De la virtud a la infamia?
¿Conocéisme, ricos hombres?
¿Sabéis que el mundo me llama
la reina Doña María?
¿Que soy legítima rama
del tronco real de León,
y como tal, si me agravian,
seré leona ofendida
que, muerto su esposo, brama?
Ya yo sé que no el amor,
sino la codicia avara
del reino que pretendéis,
os da bárbara esperanza
de que he de ser vuestra esposa;
que al ver la corona sacra
sobre las sienes pueriles
de un niño, a quien su rey llama
Castilla, y en quien Don Sancho
su valor cifra y retrata,
aunque yo su madre sea,
me tendréis por tan liviana,
que al torpe amor reducida,
en fe de una infame hazaña,
dalle la muerte consienta
porque reinéis con su falta.
Engañaisos, caballeros,
que no está desamparada
destos reinos la corona,
ni del rey la tierna infancia.
Don Sancho el Bravo aun no es muerto;
que como me entregó el alma,

en mi pecho se conservan
fieles y amorosas llamas.
Si porque es el rey un niño
y una mujer quien le ampara,
os atrevéis ambiciosos
contra la fe castellana,
tres almas viven en mí :
La de Sancho, que Dios haya,
la de mi hijo, que habita
en mis maternas entrañas,
y la mía, en quien se suman
esotras dos ; ved si basta
a la defensa de un reino
una mujer con tres almas ;
intentad guerras civiles,
sacad gentes en campaña,
vuestra deslealtad pregonen
contra vuestro rey las cajas ;
que aunque mujer, yo sabré
en vez de las tocas largas
y el negro monjil, vestirme
el arnés y la celada.
Infanta soy de León ;
salgan traidores a caza
del hijo de una leona,
que el reino ha puesto en su guarda ;
veréis si en vez de la aguja
sabré ejercitar la espada,
y abatir lienzos de muros
quien labra lienzos de Holanda.

TIRSO DE MOLINA

EL DRAMA.—Es la forma dramática por excelencia. Se desenlaza en muerte. También se desenlaza en muerte y desdicha la tragedia, pero existe una diferencia importante. En tanto que la tragedia mantiene siempre la violencia de la situación, el presentimiento, la evidencia, mejor dicho, de la catástrofe o catástrofes que han de sobrevenir, el drama transcurre en una acción más calmada, más natural, y aunque abundante en situaciones casi trágicas, se repiten los momentos tranquilos y admite incluso pasajes festivos y hasta personajes de tinte cómico muy pronunciado. La variedad de los asuntos del drama es tan grande como la de los aspectos o problemas de la vida humana. Todas las clasificaciones resultan, por lo tanto, convencionales.

XLII

FRAY LOPE FELIX DE LA VEGA CARPIO

Nació y murió en Madrid en 1562 y 1635, respectivamente. Es uno de esos prodigios que la Humanidad produce de tarde en tarde. Prodigio por su talento; prodigio por la diversidad de sus aptitudes literarias; prodigio por su sobrehumana capacidad para el trabajo, por su inverosímil fecundidad. El «Fénix de los Ingenios» fué llamado, y nada se exageró. Abruma la cuantía de la obra de Lope y maravilla que escribiendo tanto como escribió produjera obras tan hermosas como «Fuente Ovejuna», «Peribáñez», «La dama boba», «La moza del cántaro», «La estrella de Sevilla», «El mejor alcalde, el rey», «El castigo sin venganza» y otras piezas dramáticas, amén de bellos romances, innumerables y bellísimas poesías, y poemas líricos y épicos más o menos afortunados, pero marcados todos por el sello del genio.

Se calcula que compuso 2.000 dramas y autos, con un total de unos millones de versos. Además escribió los poe-

mas épicos «La hermosura de Angélica», «La Dragontea» y «La Jerusalén conquistada» y el poema burlesco «Gatomaquia»; las novelas «El peregrino en su patria» y «La Arcadia»; intentó la didáctica en el «Arte nuevo de hacer comedias» y fué un gran lírico. Por la facilidad que revela en el poeta, reproducimos su definición del soneto por medio de un soneto. También va un trozo de «Fuente Ovejuna».

SONETO

Un soneto me manda hacer Violante
y en mi vida me he visto en tal aprieto.
Catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,
y estoy a la mitad de otro cuarteto;
mas si me veo en el primer terceto,
no hay cosa en los cuartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
y aun parece que entré con pie derecho,
pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
que voy los trece versos acabando:
contad si son catorce, y está hecho.

FUENTE OVEJUNA

(DE LA ESCENA XVIII)

JUEZ. (*Dentro.*) Decid la verdad, buen viejo.
FRONDOSO. Un viejo, Laurencica mía,
 atormentan.

- LAURENCIA. ¡ Qué porfía !
JUEZ. Ya os dejo.
Decid, ¿quién mató a Fernando?
ESTEBAN. Fuente Ovejuna lo hizo.
LAURENCIA. Tu nombre, padre, eternizo.
FRONDOSO. ¡ Bravo caso !
JUEZ. Ese muchacho
aprieta. Perro, yo sé
que lo sabes. Di quién fué.
¿ Callas ? Aprieta, Camacho.
NIÑO. (Dentro.) Fuente Ovejuna, señor.
JUEZ. Por vida del rey, villanos,
que os ahorque con mis manos.
¿ Quién mató al Comendador ?
FRONDOSO. ¡ Que a un niño le den tormento
y niegue de aquesta suerte !
LAURENCIA. ¡ Bravo pueblo !
FRONDOSO. Bravo y fuerte.
JUEZ. Esa mujer al tormento
en ese potro tened.
Dale esa mancuera luego.
LAURENCIA. Ya está de cólera ciego.
JUEZ. Que os he de matar, creed,
en este potro, villanos.
¿ Quién mató al Comendador ?
PASCUALA. Fuente Ovejuna, señor.
JUEZ. Dale.
FRONDOSO. Pensamientos vanos.
LAURENCIA. Pascuala niega, Frondoso.
FRONDOSO. Niegan niños, ¿ qué te espantas ?

- JUEZ. Parece que los encantas.
Aprieta.
- PASCUALA. ¡ Ay cielo piadoso !
- JUEZ. Aprieta, infame, ¿ estás sordo ?
- PASCUALA. Fuente Ovejuna lo hizo.
- JUEZ. Traedme aquel más rollizo,
ese desnudo, ese gordo.
- LAURENCIA. ¡ Pobre Mengo ! El es sin duda.
- FRONDOSO. Temo que ha de confesar.
- MENGO. (Dentro.) ¡ Ay, ay !
- JUEZ. Comienza a apretar.
- MENGO. ¡ Ay !
- JUEZ. ¿ Es menester ayuda ?
- MENGO. ¡ Ay, ay !
- JUEZ. ¿ Quién mató, villano,
al señor Comendador ?
- MENGO. ¡ Ay, yo lo diré, señor !
- JUEZ. Afloja un poco la mano.
- FRONDOSO. El confiesa.
- JUEZ. Al palo aplica
la espalda.
- MENGO. Quedo ; que yo
lo diré.
- JUEZ. ¿ Quién lo mató ?
- MENGO. Señor, Fuente Ovejunica.
- JUEZ. ¿ Hay tan gran bellaquería ?
Del dolor se están burlando ;
en quien estaba esperando
niega con mayor porfía.
Dejadlos, que estoy cansado.

FRONDOSO. ¡ Oh Mengo, bien te haga Dios!
Temor que tuve de dos,
el tuyo me le ha quitado.

LA POESÍA DRAMÁTICA.—Contiene todas las composiciones dedicadas a la representación o capaces de ser representadas. El asunto es una acción humana que puede ser real y que, en efecto, recibe apariencia de realidad entre personajes ficticios. Los lugares dedicados a la representación de composiciones dramáticas se llaman, como sabéis, teatros; por ello se denomina «Teatro» al conjunto de las producciones dramáticas de un pueblo o de una época. Dentro del género dramático, se designa con el nombre de género lírico al que comprende composiciones dedicadas a la representación por medio del canto. Tales son la ópera, opereta, zarzuela, sainete, etc. (El sainete, comedieta por lo general de costumbres, puede o no tener música. Casi siempre tiene, aunque sea poca.)

XLIII

DIEGO DE HOJEDA

El mejor de nuestros épicos, y aun así, su personalidad no alcanza las cumbres de nuestros poetas líricos y dramáticos. España es pobre en épica. Así como en los demás géneros no cede a ninguna otra nación, en éste no alcanza a ninguna literatura importante. Italia tiene a Dante; Inglaterra, a Milton; Alemania, a Klopstock; Portugal, a Camoëns. Ni Hojeda, ni Ercilla, ni Valbuena pueden equipararse a éstos. Adrede no contamos los poemas indios y los épicos de la Antigüedad clásica, Homero y Virgilio sobre todo, pues forman capítulo aparte. En España y Francia sólo las literaturas regionales han producido épicos de altura. En Francia, Mistral, provenzal, con Mireya, y en España, Verdaguer, catalán, con «La

Atlántida» y «El Canigó». Ambos fueron también grandes líricos. Hojeda vivió de 1571 a 1615. Su poema «La Cristiada» tiene momentos de alta inspiración.

LA CRISTIADA

(FRAGMENTO)

Ven, estandarte de inmortal memoria,
que has de triunfar del espantoso infierno,
y, siempre digno de alabanza y gloria,
fundarás en la Iglesia mi gobierno,
y en el final juicio con victoria
universal y resplandor eterno,
lucirás, y entre nobles compañías
de ilustres santos y en perpetuos días...

Arbol de mi vida y árbol de la Ciencia
del mismo bien, y palma victoriosa,
de donde cogerá con más prudencia
que Eva el fruto de amor, mi bella esposa,
ven, que en ti mi suave providencia
sombra le ha de hacer maravillosa,
para que ya descanse, ya se aliente,
hasta que a verme suba claramente.

Ven, ¡ oh sagrada cruz!, dame tus brazos,
que yo te doy con caridad los míos,
y te regalo con estrechos lazos,
para mí fuertes, para el hombre píos;
y si a tu amor no bastan mis abrazos,
yo te prometo de mi sangre ríos,
con que lavada, y bella, y dulce quedas,
y rica al fin para ofrecer mercedes.

Ven, que en ti hallarán los pecadores
de infinita piedad la fuente abierta,
y de gracia, dulzuras y favores
los justos franca la dichosa puerta ;
salud el mundo, el cielo resplandores,
su triunfo Dios, su vida el hombre cierta.

Ven, cruz, y vamos.—Dijo, y recibióla
con un beso de paz, y levantóla.

DIEGO DE HOJEDA

LA POESÍA ÉRICA.—Es predominantemente objetiva. Es decir, relata o canta hechos ante los cuales el autor aparece como solo espectador o narrador, sin pararse a darnos una interpretación personal de ellos, sino poniendo todo su interés en conservar la pureza del hecho como tal. Como los hechos, para tener categoría poética, han de revestir cierta grandeza, el lenguaje suele presentarse altilocuente, florido, sonoro, elevado. La poesía épica comprende los poemas heroicos, épico-didácticos, epopeyas, poemas burlescos y varios poemas menores. Los poemas heroicos ensalzan hechos magníficos realizados por los hombres; los poemas didácticos son de asuntos variados, pero que tienen el carácter común de estar enlazados a la idea de Dios, y en ellos entra el elemento religioso; las epopeyas se refieren a hechos grandiosos realizados por una colectividad, y los poemas burlescos suelen ser parodias de los otros géneros: en ellos se ve el lado ridículo de la vida, que suele existir aun en sus momentos más solemnes.

XLIV

LUIS DE GONGORA Y ARGOTE

Es un genio poético. Difícilmente se le encuentra superior. Verdadero milagro de inspiración y fantasía, es grande hasta en los yerros. «Las soledades», «Polifemo», «Píramo y Tisbe», obras sumas del culteranismo, son, en cierto modo, aberraciones; no cabe negarlo. Pero aberraciones que no caben más que en Góngora. Un poeta de su talla produce tremendas equivocaciones; cosas, si se quiere, absurdas, pero que llevan siempre el sello de su origen y serán calificables de todo menos de anodinas. Señal del mérito de todas las obras de Góngora es que siempre se ha discutido sobre ellas y que hasta las más condenadas han tenido fogosos defensores y admiradores devotos. Cualquiera que sea el juicio definitivo que se forme de él, tomado en general, nunca podrá menos de admirarse el donaire, la gracia y el garbo de sus letrillas (en esto no le reconocemos rival); nunca dejará de ser el romancero más castizo, ni el lírico más original que exista en castellano. Nació esta cumbre de nuestro Parnaso en Córdoba, en 1561, y murió en 1627.

LETRILLAS

Ande yo caliente
y ríase la gente.
Hablen otros del gobierno
del mundo y sus monarquías,
mientras gobiernan mis días
mantequillas y pan tierno,
y en las mañanas de invierno
naranjada y aguardiente,
y ríase la gente.

Coma en dorada vajilla
el príncipe mil cuidados
como píldoras dorados ;
que yo en mi pobre mesilla
quiero más una morcilla
que en el asador reviente,
y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
de plata y nieve el enero,
tenga yo lleno el brasero
de bellotas y castañas,
y quien las dulces patrañas
del rey que rabió me cuente,
y ríase la gente.

Busque muy enhorabuena
el mercader nuevos soles ;
yo conchas y caracoles
entre la menuda arena,
escuchando a Filomena
sobre el chopo de la fuente,
y ríase la gente.

Pase a media noche el mar
y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama ;
que yo más quiero pasar
de Yepes a Madrigal
la regalada corriente,
y ríase la gente.

Pues amor es tan cruel
que de Píramo y su amada
hace tálamo una espada

do se junten ella y él,
sea mi Tisbe un pastel
y la espada sea mi diente,
y ríase la gente.

Dineros son calidad,
verdad.

Más ama quien más suspira,
mentira.

Cruzados hacen cruzados,
escudos pintan escudos,
y tahures muy desnudos
con dados ganan condados;
ducados dejan ducados
y coronas majestad;
verdad.

Pensar que uno solo es dueño
de puerta de muchas llaves,
y afirmar que penas graves
las cura un mirar risueño,
y entender que son sueño
las promesas de Marfira,
mentira.

Todo se vende este día,
todo el dinero lo iguala;
la Corte vende su gala;
la guerra, su valentía;
hasta la sabiduría
vende la Universidad;
verdad.

No hay persona que hablar deje
al necesitado en plaza ;
todo el mundo le es mordaza,
aunque él por señas se queje ;
que tiene cara de hereje
sin fe, la necesidad ;
«verdad».

Siendo como un algodón,
nos jura que es como un hueso,
y quiere probarnos eso
con que es su cuello almidón,
goma su capote, y son
sus bigotes alquitira :
mentira.

Cualquiera que pleitos trata,
aunque sean sin razón,
deje el río Marañón
y entre en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad :
verdad.

Siembra en una artesa berros
la madre, y sus hijas todas
son perros de muchas bodas
y bodas de muchos perros ;
y sus yernos rompen hierro
en la toma de Algecira :
mentira (1).

(1) Obsérvese la serie de estupendos retruécanos que hay en esta composición soberana.

SONETO CULTERANO

Este que Bavía al mundo hoy ha ofrecido,
poema, si no a números atado,
de la disposición antes limado
y de la erudición después lamido,
historia es culta cuyo encanecido
estilo, si no métrico, peinado,
tres ya pilotos del bajel sagrado
hurta al tiempo y redime del olvido.

Pluma, pues, que claveros celestiales
eterniza en los tronos de la historia,
llave es ya de los siglos y no pluma.

Ella a sus hombres puertas inmortales
abre, no de caduca, no, memoria,
que sombras sella en túmulos de espuma.

LUIS DE GÓNGORA

EL CULTERANISMO.—El culteranismo fué un fenómeno general de las literaturas europeas en el siglo XVII. Consistía en la multiplicación de las figuras, forzando la licencia y cayendo en lo licencioso: en el uso de palabras nuevas traídas en su mayoría del latín y aun del griego; también se recurría a la resurrección de arcaísmos de largo tiempo desterrados, y, en fin, se cayó en la extravagancia de suponer la necesidad de crear un lenguaje esencialmente poético, distinto para cada género y especie de la poesía, y lejos del habla vulgar. Los eruditos de todos los países, cuando se ocupan de este fenómeno, tratan siempre, con pueril empeño, de atribuirlo a escritores no compatriotas, sin parar mientes en que estos fenómenos tan generales se producen por una ley fatal, se van incubando lenta y capciosamente y se manifiestan de pronto en toda

su magnitud, arrollándolo todo con su impulso irresistible. El culteranismo es el fantasma de la decadencia, ese trágico fantasma que se goza proyectando ya su sombra en el sol resplandeciente del mediodía de todas las grandezas. La decadencia de Grecia empieza en Pericles; la de Roma, en César; la de España, en Felipe II; la de Francia, en Luis XIV.

Los primeros chispazos de lo que fué luego el culteranismo brotan de la pluma maravillosa de Herrera. Luego, la sombra se troca realidad; los chispazos, incendio. Y así, el culteranismo español y portugués, el marinismo italiano, el eufuismo inglés, el preciosismo francés, no son sino aspectos de un mismo hecho, localizaciones distintas de un fenómeno único y desdichado: la agonía de las literaturas clásicas europeas.

XLV

FRANCISCO DE RIOJA

Nació en Sevilla en 1583 y murió en 1659. Autor de delicadísimas silvas. Uno de los poetas más tiernos de la escuela sevillana. Antes se le tenía por autor de la «Canción a las ruinas de Itálica», de Caro, y la «Epístola moral a Fabio», probablemente de Fernández de Andrada. El descubrimiento de los verdaderos autores ha disminuído algo la talla literaria de nuestro poeta; pero no por eso deja de ser una figura digna de sus días.

A LA ROSA

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el día,

¿cómo naces tan llena de alegría
si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama
ni tu púrpura hermosa
a detener un punto
la ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado
que estoy viendo riente,
ya temo amortiguado
presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu cresco seno
te dió Amor de sus alas blandas plumas,
y oro de su cabello dió a tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina
de la deidad que dieron las espumas:
y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
róbate licencioso su ardimiento
el color y el aliento,
tiendes aún no las alas abrasadas,
y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mustia tu nacimiento o muerte llora.

LA SILVA.—Es una bellísima combinación que consiste en mezclar, con entera libertad, versos de once y siete sílabas. Nuestros clásicos tenían por ella grande y justificada

predilección. En silva están las mejores composiciones de aquel tiempo y casi todas las odas y elegías posteriores.

XLVI

RODRIGO CARO

Erudito, arqueólogo y poeta latino. Como escritor de lengua castellana era casi desconocido hasta el siglo pasado, en que la crítica le traspasa la canción «A las ruinas de Itálica», ocupando por este hecho en la actualidad un puesto preeminente en el Parnaso español. «El autor de una obra así—dice Méndez Bejarano—es un gran poeta, aunque no escriba nada más o aunque no escriba nada semejante.» Y aun cuando este ilustre catedrático deja libres las alas de su entusiasmo al hablar de los vates andaluces, en esta ocasión nadie tendría inconveniente en suscribir sus palabras. «Todos los españoles, aun los niños, saben de memoria estos versos.» Y aunque, ¡ay!, no los saben, los debían saber. Rodrigo Caro nació en 1578 y murió en 1647.

A LAS RUINAS DE ITALICA

(FRAGMENTO)

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fué; por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa

muralla, y lastimosa
reliquia es solamente.

De su invencible gente
sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo :
este llano fué plaza, allí fué templo ;
de todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas ;
las torres que desprecio al aire fueron
a su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡ oh fábula del tiempo !, representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena ?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador ? ¿Dónde está el atleta fuerte ?
Todo desapareció ; cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo ;
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confusos lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano.

ante quien muda se postró la tierra
que ve del sol la cuna y la que baña
el mar, también vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
de Teodosio divino,
de Silio peregrino,
rodaron de marfil y oro las cunas ;
aquí, ya de laurel, ya de jazmines,
coronados los vieron los jardines,
que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ ay ! yace de lagartos vil morada ;
casas, jardines, césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruídas ;
mira mármoles y arcos destrozados,
mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.

Así a Troya figuro,
así a su antiguo muro,
y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,
¡ oh patria de los dioses y los reyes !
Y a ti, a quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas,
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades,
que no os respetó el hado, no la muerte.
¡ Ay !, ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente,
que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,
aún se oyen llantos hoy, hoy ronco acento ;
tal genio o religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye, que, llorando,
«cayó Itálica», dice : y lastimosa,
eco reclama «Itálica» en la hojosa
selva que se le opone, resonando
«Itálica» ; y el claro nombre oído
de «Itálica», renuevan el gemido
mil sombras nobles en su gran rüina ;
¡ tanto aún la plebe a sentimiento inclina !

RODRIGO CARO

LA CANCIÓN.—Es una composición lírica dividida en estancias largas e iguales, del mismo número de versos, por lo general mezclados uniformemente heptasílabos y endecasílabos. Sin embargo, suelen recibir el nombre de canciones composiciones muy variadas.

XLVII

LUPERCIO Y BARTOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA

Son poetas de fría inspiración, de escasa fuerza sentimental, pero de casi insuperable corrección. Lope de Vega dijo de ellos en Madrid que «habían venido de Aragón a

enseñar el castellano». Como estos poetas coinciden con el momento de la corrupción culterana, quizá no anduvo el gran Lope muy descaminado. La especialidad de los dos hermanos fueron los sonetos. Ambos ejercieron de cronistas del reino de Aragón.

EL NO SER

No temo los peligros del mar fiero,
ni de un scita la odiosa servidumbre,
pues alivia los hierros la costumbre,
y al remo grave puede hacer ligero.

Ni oponer este pecho por terreno
de flechas a la inmensa muchedumbre;
ni envuelta en humo la dudosa lumbre
ver, y esperar el plomo venidero.

Mal que tiene la muerte por extremo,
no lo debe temer un desdichado,
mas antes escogerle por partido.

¡ La sombra sólo del olvido temo,
porque es como no ser un olvidado,
y no hay mal que se iguale al no haber sido !

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

NO ES LA TIERRA EL CENTRO DE LAS ALMAS

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿por qué ha de permitir tu providencia
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude a tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto,
hace a tus leyes firme resistencia,
y que el celo que más las reverencia
gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas,
manos inicuas, la virtud gimiendo
del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció, y me dijo:
ciego, ¿es la tierra el centro de los almas?

BARTOLOMÉ L. DE ARGENSOLA

EL SONETO.—Aprended de memoria el soneto de Lope. Allí aprenderéis que es una composición que consta de catorce versos, a saber: dos cuartetos y dos tercetos. Para los dos cuartetos existen dos solas rimas: una para los extremos de ambos, y otra para los medios. Los tercetos riman libremente, si bien se dan con mayor frecuencia las siguientes combinaciones: primera: riman ordenadamente primeros, segundos y terceros versos de ambos tercetos; segunda: los versos extremos (primero y tercero) del primero riman con el medio del segundo, y el medio del primero con los extremos del segundo.

XLVIII

SANTA TERESA DE JESUS

Llamada por el mundo profano Teresa de Cepeda y Ahumada. Nació en Avila en 1515 y murió en Alba de Tormes en 1582. Es una de las grandes figuras de nuestra admirable literatura mística. Ningún místico español le supera,

ni aun le llega desde un punto de vista total. San Juan de la Cruz alcanzará tal vez la profundidad de sus sentimientos místicos, pero no la iguala en el dominio de la forma. En Fray Luis de León observamos más lirismo, pero no tan intenso misticismo. Fray Luis de Granada la aventajará en elocuencia, pero no en sinceridad. Santa Teresa es, en fin, compendio y suma de la sin igual mística española.

Sus obras principales son: «Camino de perfección», «Exclamaciones», «Castillo interior» o «Las Moradas» y «El libro de mi vida». Además, numerosas cartas y poesías inspiradas.

EL LIBRO DE MI VIDA

CAPÍTULO IX

Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrójeme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.

Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena, y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba; que, como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, parecién-

dome no eran de desechar mis lágrimas; y no sabía lo que decía, que harto hacía quien por sí me las dejaba derramar, pues tan presto se me olvidaba aquel sentimiento, y encomendábame a aquella gloriosa santa para que me alcanzase perdón.

Mas esta postrera vez, desta imagen que digo, me parece que aprovechó más; porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme, le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entonces. Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí, y hallábame mejor, a mi parecer, de las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. Destas simplicidades tenía muchas; en especial me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle. Pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido; si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; mas acuérdome que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años, las más noches, antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones; y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma,

porque comencé a tener oración, sin saber qué era; y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir.

TERESA DE CEPEDA Y AHUMADA

EL MISTICISMO.—Contemplación estática del Señor. La profunda religiosidad, el amor íntimo e intenso a Dios, que lleva consigo, en ciertos espíritus elegidos, la abstracción completa de las cosas de este mundo, conduce al arrobamiento místico. La expresión de este especial y privilegiado estado del alma por medio de la palabra constituye la literatura mística. Ninguna lengua ha producido una literatura mística tan rica y valiosa como la española. Por eso ha podido decir un gran escritor que el castellano es la lengua «para hablar con Dios». Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, el beato Avila, Malón de Chaide, son lumbres en la literatura mística universal y primeras figuras bajo un concepto literario total. No se puede presentar pléyade semejante en el género a la que forman nuestros místicos. Desatendido un tanto su estudio, por desconocimiento de su verdadera importancia quizás, un sabio profesor está llenando este vacío que lamentaba la historia de la erudición española: este profesor es el Sr. Sainz Rodríguez, que con sus trabajos acerca de los místicos prestará a la hispana literatura un servicio incalculable.

XLIX

CERVANTES

Es el glorioso manco de Lepanto la cima, la cúspide, el cenit de la hispana literatura. Y el genio literario más colosal que ha producido el mundo; por lo menos no reconoce superior. Dante y Shakespeare son parejos con él,

si acaso, pero no le superan. Su obra cumbre es «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», que ha recorrido el mundo en toda su redondez. Cada página de esta obra suprema de la Humanidad es un tesoro. En ella, Cervantes se nos aparece como filósofo, como crítico, como satírico, como profeta incluso, y, sobre todo, como el novelista más grande del mundo y como el prosista más insigne que ha tenido y acaso tendrá España. Sin llegar a las alturas a que llega en el «Quijote», pero sí rozándolas, escribió otras muchas obras. Son primeras en mérito las «Novelas ejemplares», tipo de novelas cortas de diversa especie y asunto, pero todas verdaderas joyas: son doce, y entre ellas sobresalen «Rinconete y Cortadillo» y «El licenciado Vidriera». Son también hermosas novelas «Los trabajos de Persiles y Sigismunda» y «La Galatea». Menos afortunado en el teatro, es digno de estima, sin embargo, en la tragedia «Numancia» y otras obras. También compuso abundantes y bellas poesías.

Don Miguel de Cervantes y Saavedra nació seguramente en Alcalá de Henares en 1547 y era oriundo de Galicia. Estudió con López de Hoyos y luego marchó a Roma acompañando, como criado, al cardenal Aquaviva. Llegado a Italia, no tardó en alistarse en el ejército y sirvió a las órdenes de Urbina en el tercio de Moncada. Asistió a la gloriosa batalla de Lepanto, donde, tras de hacer prodigios de valor, a pesar de estar gravemente enfermo, perdió el brazo izquierdo. De la herida y de la enfermedad salió con bien, porque, sin duda, era necesario a la Humanidad. Pero había sido criado por lo visto para las desdichas, pues cuando venía de regreso a España fué apresado por un corsario y, trasladado a Argel, sufrió en su cautiverio grandes penalidades, hasta que fué rescatado por el fraile trinitario Juan Gil. En España ya, sirvió de nuevo en los ejércitos, aspiró inútilmente a la recompensa que merecía por sus servicios, y después de dedicarse a diversos menesteres y de sobrellevar una vida más que desdichada, entregó su alma al Creador en 23 de abril de 1616.

Leed el siguiente soneto con estrambote (se llama estrambote a la adición de algunos versos al final de una composición) al túmulo de Felipe II y ese cuentecillo del «Quijote». No os ofrezco más, mis pequeños amigos, porque debéis procuraros el «Quijote» y leerlo íntegro.

AL TUMULO DE FELIPE II

«Voto a Dios que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla ;
porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta riqueza ?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡ oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza !

Apostaré que el ánima del muerto,
por gozar de este sitio hoy ha dejado
la gloria, donde habita eternamente.»

Esto oyó un valentón, y dijo : «Es cierto
lo que dice vuacé, seor soldado.
Y el que dijere lo contrario miente.»

Y luego, incontinentemente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

EL LOCO Y EL PERRO

Había en Córdoba un loco que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, o un canto no muy liviano ; y en topando con algún perro descuidado, se le ponía junto y a plomo

dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros en que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, vióle y sintióle su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco y no le dejó hueso sano; y a cada palo que le daba decía: «Perro ladrón, ¿a mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?» Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió a la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse a descargar la piedra, decía: «Este es podenco, guarda». En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o goznes, decía que eran podencos, y así no soltó más el canto.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

LA NOVELA.—Es la narración de una acción ocurrida entre personajes imaginarios. Por su carácter profundamente humano, pues tiene como fuente de sus asuntos la vida real misma que personifica en todos sus aspectos; por la intervención en ella de elementos dramáticos, líricos, épicos y hasta didácticos, que la instituyen en el género más elástico y de mayor recursos, la novela tiene, de un siglo a esta parte muy especialmente, las preferencias del público y de los escritores. Si la tradición dramática de la literatura española es gloriosa, la de la novela es insuperable. Aquí floreció la novela caballeresca; aquí nació la picaresca, anticipo de la de costumbres y punto de partida

del gran desarrollo posterior de la literatura novelesca; aquí nació la novela psicológica, pues el «Quijote» es la más maravillosa novela psicológica que se ha escrito (el protagonista es un caso admirable y maravillosamente trazado de extravío mental); aquí floreció a su tiempo la novela pastoril, y aquí, en fin, han tenido vida y han alcanzado brillo toda clase de novelas.

L

FRAY LUIS DE LEON

Nació en Belmonte (Cuenca) en 1537 y murió en 1591. Señala, juntamente con el sevillano Herrera, el momento culminante de la poesía lírica española. Con más o menos acierto se clasifican nuestros poetas áureos en dos escuelas: la de Salamanca y la de Sevilla. De la primera se designa como maestro a Fray Luis. Es un poeta de estilo a veces desaliñado, de lenguaje sencillo, pero rico, y de forma descuidada. Pero hay en él una inspiración tan portentosa, una opulencia de pensamiento y sentimiento lírico, que no cabe negarle el primer puesto entre los poetas nacionales de su género de todos los tiempos. Leer a Fray Luis de León es gustar los máximos deleites espirituales. Hizo en prosa «La perfecta casada» y «Los nombres de Cristo». De sus poesías recordamos «La vida en el campo», la más bella de todas, que debía saberse de memoria por todos los españoles; «A la Ascensión», «A la música del ciego Salinas», «A Felipe Ruiz», «La profecía del Tajo», etcétera.

LA VIDA EN EL CAMPO

¡ Qué descansada vida
la del que huye el mundanal rüido
y sigue la escondida

senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido !

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca deste viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡ Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro deleitoso !
Roto casi el navío,
a vuestro almo reposo
huyo de aqúeste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero ;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar süave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido

quien a lejano arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
de ver y acrecentar su fermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego, sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo,
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido,
los árboles menea
con un manso rüido
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un flaco leño se confían :
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,
me basta, y la vajilla
de fino oro labrada,
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
en sed insaciable
del no durable mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido;
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce, acordado
del plectro sabiamente manejado.

FRAY LUIS DE LEÓN

LA POESÍA LÍRICA.—Es poesía subjetiva. Lo que quiere decir que en ella lo esencial está constituido por los sentimientos e ideas del autor. La poesía lírica será más brillante cuanto mayor sea la vida interior del poeta. Es la que exige mayor riqueza de formas poéticas y la que se presta a hacer mejor uso de ellas; por eso la lírica aparece en aquel período en que las lenguas han llegado a su perfecto desarrollo o están en vías de conseguirlo. Las composiciones líricas reciben diversos nombres: odas, elegías, canciones, madrigales, letrillas, etc., etc.

LI

FERNANDO DE HERRERA

Es el maestro de la escuela sevillana. Inspiración elevada, expresión altilocuente, lenguaje muy florido, energía en el estilo: he aquí sus características. Sin embargo, en algunas composiciones, en la oda «A Don Juan de Austria» como ejemplo el más típico, se presiente la corrupción que producirá Góngora en «Las soledades». Sus producciones principales son las odas «A la victoria de Lepanto» y «A Don Juan de Austria» y la elegía «A la pérdida del rey Don Sebastián». Como crítico escribió las «Anotaciones a las obras de Garcilaso de la Vega». Nació en Sevilla en 1534 y murió en la misma ciudad en 1597.

A LA VICTORIA DE LEPANTO

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del ancho mar al «trace» fiero ;
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra
salud y gloria nuestra ;
tú rompistes las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero ;
sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y descendieron,
cual piedra, en lo profundo, y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado
en el grande aparato de sus naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva
y las manos aviva
al ministerio injusto de su estado,

derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima
y el árbol que más yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas y atrevido
pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
del impío furor suyo; alzó la frente
contra Ti, Señor Dios, y con semblante
y con pecho arrogante,
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Hesperias que el mar baña;
porque en Ti confiadas le resisten,
y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
contra ellos con el húngaro medroso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos
pudo salvarlas de Austria y los germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
guardallas de mi diestra vencedora?

Su Roma, temerosa y humillada,
los cánticos en lágrimas convierte;
ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte

quien honra de la Luna las banderas.
Y aquellas en la guerra gentes fieras
ocupadas están en su defensa ;
y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa ?

Los poderosos pueblos me obedecen,
y el cuello con su daño al yugo inclinan ;
y me dan por salvarse ya la mano,
y su valor es vano,
que sus luces cayendo se oscurecen ;
sus fuertes a la muerte ya caminan ;
sus vírgenes están en cautiverio ;
su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo a Eufrates fértil e Istro frío,
cuanto el sol alto mira, todo es mío.

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien su fuerza osado estima,
prevaleciendo en vanidad y en ira,
este soberbio mira,
que tus aras afea en su victoria ;
no dejes que a los tuyos así oprima
y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe.
Que hecho ya su oprobio, dice : ¿Dónde
el Dios de éstos está ? ¿De quién se esconde ?

Por la debida gloria de tu nombre ;
por la justa venganza de tu gente ;
por aquel de los míseros gemido,
vuelve el brazo tendido
contra éste que aborrece ya ser hombre,
y las honras que celas Tú consiente ;
y tres o cuatro veces el castigo

esfuerza con rigor a tu enemigo,
y la injuria a tu nombre cometida
sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
que tanto odio te tiene : en nuestro estrago
juntó el consejo ; y contra nos pensaron
los que en él se hallaron.

Venid, dijeron ; y en el mar ondoso
hagamos de su sangre un grande lago ;
deshagamos a éstos de la gente,
y al nombre de su Cristo juntamente ;
y dividiendo de ellos los despojos,
hártense en muerte suya nuestros ojos.

Vinieron de Asia y portentosa Egito
los árabes y leves africanos ;
y los que Grecia junta mal con ellos,
con los erguidos cuellos,
con gran poder y número infinito ;
y prometer osaron con sus manos
encender nuestros fines, y dar muerte
a nuestra juventud con hierro fuerte,
nuestros niños prender y las doncellas,
y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
puesta en silencio y en temor la tierra,
y cesaron los nuestros valerosos,
y callaron dudosos ;
hasta que al fiero ardor de sarracenos,
el Señor eligiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria generoso
con el claro español y belicoso ;

que Dios no sufre ya en Babel cautiva
que su Sión querida siempre viva.

Cual león a la presa apercebido,
sin recelo los impíos esperaban
a los que Tú, Señor, eras escudo ;
que el corazón desnudo
de pavor, y de fe y amor vestido,
con celestial aliento confiaban.
Sus manos a la guerra compusiste,
y sus brazos fortísimo pusiste,
como el arco acerado, y con la espada
vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando, y desmayaron,
y Tú entregaste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, a estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste,
y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
las alas de su cuerpo temerosas
y sus brazos terribles no vencidos ;
que con hondos gemidos
se retira a su cueva, do silbando
tiembla con sus culebras venenosas,
llenas de miedo torpe sus entrañas,
de tu león temiendo las hazañas ;

que, saliendo de España, dió un rugido
que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados
del sublime varón y su grandeza,
y Tú solo, Señor, fuiste exaltado;
que tu día es llegado,
señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y extendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres y muros, y las naves
de Tiro, que a los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada
temerá el fuego y la asta violenta,
y el humo subirá a la luz del cielo;
y faltos de consuelo,
con rostro oscuro y soledad turbada,
tus enemigos llorarán su afrenta.
Más tú, Grecia, concorde a la esperanza
egipcia, y gloria de su confianza
triste, que a ella pareces, no temiendo
a Dios, y tu remedio no atendiendo.

¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste
en adulterio infame a una impía gente
que deseaba profanar tus frutos,
y con ojos enjutos
sus odiosos pasos imitaste,
su aborrecida vida y mal presente?
Dios vengará sus iras en tu muerte;
que llega a tu cerviz con diestra fuerte

la aguda espada suya : ¿quién, cuitada,
reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
que en tus naves estabas gloriosa,
y el término espantabas de la tierra,
y si hacías guerra,
de temor la cubrías con suspiro,
¿cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó a tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
y derribar tus ínclitos y fuertes,
te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruída
vuestra vana soberbia y penasmiento.
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
tú que sigues la Luna,
Asia adúltera en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por ti? Que a Dios enciende
tu ira, y la arrogancia que te ofende,
y tus viejos delitos y mudanza
han vuelto contra ti a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura,
viendo tu muerte oscura
dirán, de tus estragos espantados :
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano,
por la fe de su príncipe cristiano,
y por el nombre santo de su gloria,

a su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza,
que después de los daños padecidos,
después de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos;
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre, ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde condenada
perezca en bravas llamas abrasada.

FERNANDO DE HERRERA

ODA Y ELEGÍA.—Son las composiciones líricas de tono más elevado. Tan semejantes en su forma, en su alteza de sentimientos, en la intensidad de inspiración lírica, que hay composiciones clasificadas indistintamente como odas y elegías. Lo general es conservar este segundo nombre para los asuntos tristes que requieren un tono de lamento en la expresión. Las odas, en cambio, tienen diversidad de asuntos que sirven para denominarlas, y así se dice oda heroica, sagrada, moral, filosófica, etc.

LII

BALTASAR DE ALCAZAR

¿En qué escuela colocamos a este mago del deleite? En ninguna. Es solo, es único. No tenemos poeta festivo más gracioso, más fácil, más castizo, más natural. ¿Quién no conoce su «Cena» y su «Modo de vivir en la vejez»? Su vena festiva es tanta, que poco antes de morir dedicó una

poesía a la «pícaro gota» que se lo llevaba del mundo, y que tanto le hiciera sufrir en vida.

LA CENA JOCOSA

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa
más brava dél que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...,
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,
lo que se ha de cenar junto,
las tazas del vino a punto;
falta comenzar la fiesta...

Comienza el vinillo nuevo
y échale la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
pero arrójame la bota;
¡vale un florín cada gota
de aqueste vinillo aloque!

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya..., de la de Castillo;
diez y seis vale el cuartillo,
no tiene vino más bajo.

¡Por nuestro Señor que es mina
la taberna de Alcocer;

grande consuelo es tener
la taberna por vecina!

Si es o no invención moderna,
vive Dios que no lo sé,
pero delicada fué
la invención de la taberna.

Porque allí llego sediento,
pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
págolo, y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo;
sólo una falta le hallo:
que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicón
hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh, gran señora,
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
para que demos con ella.

Pues, sus, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino.
¡No echas agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre!

Echa de lo trasañejo,
porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas
como sabia el buen consejo.

Mas di, ¿no adoras y precias

la morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
¡Tal debe tener especias!
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
y asada por esas manos
hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta
de placer; no sé de ti,
¿cómo te va? Yo, por mí,
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;
mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

.....
Ya que, Inés, hemos cenado
tan bien y con tanto gusto
parece que será justo
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,
que el portugués cayó enfermo...;
las once dan; yo me duermo,
quédese para mañana.

EPIGRAMAS

Iba en una procesión
un donoso loco un día,
y un galán que atrás venía,
le sacudió un pescozón.

El loco, la mano alzando,
dió otro tal al delantero,
diciéndole: «Compañero,
dad, ¿no veis que vienen dando?»

No es delito contra el Papa
reiros, señor Centeno;
pero no tengo por bueno
que se ría vuestra capa.

Y si ropero que os fíe
otra capa no tenéis,
mejor será que lloréis
cuando la capa se ríe.

BALTASAR DE ALCÁZAR

EL EPIGRAMA.—Es una composición corta, de carácter satírico, y festiva o burlesca. Es la sátira que ríe; pero que ríe breve y oportunamente. Su carácter principal es la agudeza y oportunidad. No todo puede ser objeto de burla en todo momento, ni toda burla es aguda, oportuna y graciosa. No es epigrama cualquier exabrupto o chabacanería. No hay epigrama donde no hay finura espiritual.

LIII

EL LAZARILLO DE TORMES

Es la primera novela picaresca y acaso la mejor. Su autor no se conoce. Hasta ahora se había atribuido a Hurtado de Mendoza, ilustre poeta del reinado de Carlos V. Hoy se desecha, en general, esta atribución. Cejador, lue-

go de descartar a Hurtado de Mendoza y Lope de Rueda, se inclina por el escritor toledano Sebastián de Orozco (u Horozco). Se relatan en esta preciosa novelita las aventuras de un muchacho llamado Lázaro, desde que entra al servicio de un ciego, hasta dar con sus huesos en la imperial Toledo, donde *llega* a ser pregonero, luego de haber servido en diversos puntos, además del ciego, a un clérigo, un escudero, un fraile mercedario, un buldero o expendedor de bulas, un capellán y un alguacil, y de haber pasado, con casi todos, mil desdichas.

DEL CAPITULO I

Y en esto yo siempre le llevaba («al ciego») por los peores caminos y adrede, por le hacer más daño; si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto. Que aunque yo no me iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrarme un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y para que vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir a tierra de Toledo. Porque decía ser la gente más rica aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: «Más da el duro que el desnudo.» Y vinimos a este camino por los me-

jores lugares. Donde se hallaba buena acogida y ganancia, deteníamos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan.

Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna. Y como suelen ir los cestos mal tratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábase mosto y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme: que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

—Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que la acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego, al segundo lance, el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él; más aún pasaba adelante: dos a dos y tres a tres y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y, meneando la cabeza, dijo:

—Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

—No comí más—dije yo—. ¿Por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.

LA NOVELA PICARESCA.—Es un género netamente español. Es un tipo de novela realista de costumbres; pero no de costumbres en general, sino de las costumbres y vida de los bajos fondos de la sociedad. Méndez Bejarano dice que prefiere, puesto frente a esta clase de narraciones, «El Lazarillo» o «El pícaro Guzmán de Alfarache» a «Le ventre de París», de Zola. Yo prefiero todas las novelas picarescas que no sean demasiado soeces a toda la literatura llamada realista de nuestros tiempos, excepción hecha de algunas obras y autores, muy pocos. La distancia entre ambas formas es la que hay entre la verdad y la aberración. La vida social y particular tienen episodios crudos; pero no son una serie de episodios crudos e indecentes. Y si lo fuera, habría que dejar de estudiarla, y mucho mejor, de presentarla.

La novela picaresca tuvo una floración abundantísima y de calidad muy diversa. Señalaremos solamente cinco obras, que pueden servir de modelo en su propia diversidad: «El lazarrillo de Tormes», «El pícaro Guzmán de Alfarache», escrita por Mateo Alemán; «La vida del escudero Marcos de Obregón», de Vicente Espinel; «El buscón» o «El gran tacaño», de Quevedo, y «El diablo cojuelo», de Vélez de Guevara.

LIV

GARCILASO DE LA VEGA

Es el primer gran lírico con que, en el tiempo, cuenta España. Antes de él nuestra lengua, si había producido ya cosas y hombres muy estimables, no había llegado al camino de su brillante madurez. Garcilaso de la Vega, introduciendo de una manera intencional y continua el endecasílabo italiano, abre la senda por la cual correrá el idioma rápidamente hacia el apogeo de su desarrollo. Claro que esta introducción se debe a Boscán primeramente, pero éste no era poeta para una empresa como la de señalar a una lengua su ruta hacia la consecución de las máximas posibilidades. Empresas de tal categoría no pueden ser acabadas por medianías como Boscán. En literatura no basta la voluntad: es menester también la inspiración y el talento.

Garcilaso nació en Toledo en 1503 y murió en 1536, herido en el asalto a un castillo, en las guerras entre Carlos I y Francisco I.

Compuso bellas églogas, sonetos y poesías amorosas diversas, siendo muy alabadas la primera égloga (de las tres que escribió) y la silva «A la flor de Guido».

EGLOGA PRIMERA

(FRAGMENTO)

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles camina,
torciendo el paso por su verde seno;

yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,
o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría;

y en este mismo valle, donde agora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado,
¡oh bien caduco, vano y presuroso!

Acuérdome durmiendo aquí algún hora,
que despertando, a Elisa vi a mi lado.

¡Oh miserable hado!

¡Oh tela delicada,

antes de tiempo dada

a los agudos filos de la muerte!

Más conveniente suerte

a los cansados años de mi vida,

que es más que el hierro fuerte,

pues no la ha quebrantado tu partida.

SONETO

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprehenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.

Agora me castigo cada día
de tal selvaticuez y tal torpeza;

mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfecta edad y armado,
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis, ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fué corazón. Si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

GARCILASO DE LA VEGA

LOS VERSOS ENDECASÍLABOS.—O de once sílabas. Fueron introducidos en la primera influencia italiana, por los años de Don Juan II de Castilla, pero no de manera permanente. Esta labor quedó reservada al siglo XVI.

Los versos endecasílabos son muy bellos, y por la índole de las composiciones a que se aplican, se llaman de «arte mayor». Las combinaciones de versos endecasílabos pueden ser: terceto, cuarteto, quinteto, octava real y soneto. El *terceto* consta de tres versos. Nunca va solo, sino que se combinan varios rimando los versos extremos entre sí y el medio con los extremos del terceto siguiente. El *cuarteto* consta de cuatro versos, rimando primero con cuarto y segundo con tercero. Si rima el primero con el tercero y el segundo con el cuarto, la combinación se llama *serventesio*. El *quinteto* consta de cinco versos. Su rima es variada. Se admite de cualquier forma, siempre que no rimen el cuarto y quinto verso. La *octava real* consta de ocho versos. Rimán primero con tercero y quinto; segundo con cuarto y sexto. El séptimo y octavo rimán entre sí. El *soneto* ya lo conocemos.

LV

CRISTOBAL DE CASTILLEJO

Frente a Garcilaso, Boscán y sus seguidores, se levanta la figura simpática de Cristóbal de Castillejo. Es una figura amable: siempre lo es el patriotismo sincero y honrado. Defiende las antiguas formas y se burla de los innovadores aduciendo que Mena y Santillana usaron ya el metro endecasílabo. Su amor patrio no le deja ver que éstos lo aprendieron también de los poetas italianos contemporáneos y que se sirvieron de él accidentalmente y como a modo de probatina, mientras que Garcilaso lo utilizó de manera permanente y con vistas a que quedase entre nosotros para siempre. Nació en 1490 y murió en 1556.

FRAGMENTO

DE UNA CRÍTICA CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS
CASTELLANOS POR LOS ITALIANOS

Juan de Mena, como oyó
la nueva trova pulida,
contentamiento mostró
caso que se sonrió
como de cosa sabida,
y dijo: «Según la prueba,
once sílabas por pie.
No hallo causa por qué
se tenga por cosa nueva,
pues yo mismo las usé.»

Don Jorge dijo: «No veo
necesidad ni razón

de vestir nuestro deseo
de coplas que por rodeo
van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
de la clara brevedad,
y esta trova, a la verdad,
por el contrario, denota
oscura prolijidad...»

Garci Sánchez se mostró
estar con alguna saña,
y dijo: «No cumple, no,
al que en España nació
valerse de tierra extraña;
porque en solas mis «lecciones»,
miradas bien sus estancias,
veréis tales consonancias,
que Petrarca y sus canciones
queda atrás en elegancias.»

Cartagena dijo luego,
como práctico en amores:
«Con la fuerza de este fuego
no nos ganarán el juego
estos nuevos trovadores:
muy mal entonadas son
estas trovas, a mi ver,
enfadosas de leer,
y tardas de relación,
y enemigas de placer.»

CRISTÓBAL DE CASTILLEJO

COMBINACIONES OCTOSÍLABAS.—Pueden ser consonantes y
asonantes. Las consonantes más corrientes son: la *cuar-*

tilla, rimada como el *serventerio* y la *redondilla*, que consta de cuatro versos rimados como en el *cuarteto*; la *quintilla*, que se corresponde con el *quinteto*, y la *octavilla*, o simplemente *octava*, equivalente a la *octava real*. La *décima*, que ya la conocemos. Entre las combinaciones asonantes están el «cantar» y el «romance». En ambas riman los versos pares y son libres los impares.

LVI

LOS ROMANCES

Es tan rica la producción anónima española, que no podemos dejar de dar alguna representación de ella. La más bella floración de nuestra *musa popular* está constituida por los «romances».

Son los romances composiciones narrativas en versos octosílabos con rima asonante en los pares. Son tantos y de tan diversa naturaleza e idea, que es necesaria una clasificación: la más aceptada es la del Sr. Amador de los Ríos, que los clasifica en históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles y varios. También se admiten las denominaciones de «viejos» y «novelescos».

Problemente fueron cantados. Pero cualquiera que fuera su origen, destino y uso, lo cierto es que es un género netamente español, netamente popular y, repito, muy bello. Ya sabemos que nuestros grandes poetas (Góngora, Lope, Quevedo y otros) no desdeñaron el componerlos, y hermosísimos por cierto.

ROMANCE MORISCO

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y a medida de las manos
dejas volar las palabras;

si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo como en las zambras ;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la danza,
y como danzas la toca
con la cimitarra danzas ;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza,
y como a fiestas te aplicas
te aplicas a la batalla ;
si como el galán ornato
usas la lucida malla,
y oyes el son de la trompa
como el son de la dulzaina ;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas ;
si respondes en presencia
como en ausencia te alabas,
sal a ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
no en palacio, ni entre damas,
se aprovechan de la lengua,

pues es do las manos callan ;
pero aquí que hablan las manos,
ven y verás cómo habla
el que delante del rey
por su respeto callaba.

Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.

Y llamando a un paje suyo,
le dijo : «Vete a la Alhambra
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta ;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.»

LVII

JORGE MANRIQUE

Vivió de 1440 a 1478. Escribió las «Coplas» a la muerte de su padre, bellísima elegía en pies quebrados, lo mejor que produjo el castellano en la Edad Media y de lo mejor que se ha compuesto en el mundo.

COPLAS

Recuerde el alma dormida,
abiue el seso y despierte
contemplando

cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando ;

quan presto se va el plazer,
cómo después de acordado
da dolor,

cómo a nuestro paresçer
qualquiera tiempo passado
fué mejor.

Pues si vemos lo presente
como en vn punto se es ydo
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por passado.

No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vió,
pues que todo ha de pasar
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar
que es el morir :

allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir ;

allí los ríos cabdales,
allí los otros, medianos
y más chicos,
allegados son yguales

los que bien por sus manos
y los ricos.

Dexo las invocaciones
de los famosos poetas
y oradores ;
no curo de sus ficciones,
que traen yeruas secretas
sus sabores.

A aquel solo me encomiendo,
a aquel solo ynuoco yo
de verdad,
que en este mundo biuiendo,
el mundo no conoció
su deydad.

Este mundo es el camino
para el otro, que es morada
sin pesar ;
mas cumple tener buen tino
para andar esta jornada
sin errar.

Partimos quando nascemos,
andamos mientras biuimos
y llegamos
al tiempo que fenescemos ;
assí que quando morimos
descansamos.

Este mundo bueno fué
si bien usássemos dél
como debemos,
porque, según nuestra fe,
es para ganar aquel

que atendemos.

Y avn aquel fijo de Dios
para subirnos al cielo
descendió
a nascer acá entre nos,
y a biuir en este suelo
do murió.

Si fuesse en nuestro poder
tener la cara fermosa
corporal,
como podemos fazer
el ánima gloriosa
angelical,

¡ qué diligencia tan biua
touiéramos toda hora
y tan presta
en componer la catiua,
dexándonos la señora
descompuesta !

Ved de quán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos,
que, en este mundo traydor,
avn primero que muramos
las perdemos :
dellas desfaze la edad,
dellas casos desastrados
que acaescen,
dellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallescén.

JORGE MANRIQUE

LA COPLA.—Se suele dar este nombre a combinaciones como la presente, en que se combinan algunos versos octosílabos con los terceros pies tetrasílabos. Por eso se llaman también «coplas de pie quebrado». También recibe el nombre de «copla» la letra de composiciones cortas dedicadas al canto.

Nota.—Conservamos la ortografía medieval en sus rasgos principales por dos motivos: 1.º Porque es una información que no trae peligros, puesto que cuando los niños lean estas composiciones pueden tener (lo sé por experiencia) una ortografía buena y firme. 2.º Porque algunas reglas ortográficas presentes se fundan en otras pasadas (ejemplo: *h* por *f* antigua), con lo cual el conocimiento de éstas más bien afirma la ortografía, y además es base para mostrar de modo total la evolución de la lengua.

LVIII

FERNAN PEREZ DE GUZMAN

Se conocen tres direcciones de la literatura en tiempo de Don Juan II de Castilla: la provenzal, la dantesca y la didáctica. Representante insigne de esta última es Pérez de Guzmán, cuya mejor obra es la serie de biografías conocida con el título de «Generaciones y semblanzas».

DON PEDRO MANRIQUE

Fué hombre de gran corazón, asaz esforzado. Algunos lo razonaban por bollicioso, e ambicioso de mandar e regir. Yo no lo sé cierto; pero si lo fué no lo avría a maravilla: porque todos los que se sienten dispuestos e suficientes a alguna obra e acto, su propia virtud los punge e estimula al exercitar e usar de ello: ca

apenas verá el hombre a alguno bien dispuesto a un oficio que no se deleyte en lo usar. E así este gran caballero, porque su gran discreción era bastante a regir e gobernar, veyendo un tiempo tan confuso e tan suelto, que quien más tomaba de las cosas más avía dellas, no es mucho de maravillar si se entretenía en ello. La verdad es ésta, que en tiempo del rey Don Juan el Segundo, en el qual ovo grandes e diversos mudamientos, no fué alguno en que él no fuese, no por deservir al rey ni procurar daño del reyno, mas por valer e aver poder : de lo cual muchas veces se siguen escándalos e males. E así en tales autos por diversas fortunas prósperas e adversas : ca algunas veces ovo gran lugar en el regimiento del reyno, e acrescentó su casa y estado ; y otras veces pasó por grandes trabaxos, ca fué una vez desterrado e otra vez preso.

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN

LIX

JUAN DE MENA

Como Pérez de Guzmán es el representante más ilustre del género didáctico en el siglo XV, el ilustre poeta cordobés Juan de Mena representa brillantemente la escuela alegórica dantesca. No sólo Dante influyó sin embargo en la poesía castellana, sino también Petrarca, Boccaccio y otros autores italianos ; pero ninguno como Dante es acreedor a la gratitud de nuestra lírica medieval. Escribió Juan de Mena «El Laberinto», que es su mejor obra, «La Coronación» y «Los siete pecados mortales».

EL LABERINTO

(FRAGMENTO)

Con peligrosa e vana fatiga
pudo una barca tomar a su conde,
la qual lo levara seguro, si donde
estaba nol fuera bondad enemiga ;
padeçe tardança si quieres que diga
quando quedaban, e irlo veían,
de muchos que ir con él no podían ;
presume que boz dolorosa se siga.

Entrando tras él por el agua dezían :
Magnífico conde, ¿ya cómo nos dexas ?
Nuestras finales e últimas queexas
en tu presencia favor nos serían,
las aguas la vida nos ya desafían :
si tú non nos puedes prestar el vevir,
danos linaje mejor de morir,
daremos las manos a más que debían.

O volveremos a ser sometidos
a aquellos Adarbes, maguer non debamos,
porque los tuyos muriendo, podamos
ser dichos muertos, mas nunca vençidos :
sólo podremos ser redarguydos
de temeraria, inmensa osadía,
mas tal infamia mejor nos sería
que non so las aguas morir sepelidos.

JUAN DE MENA

LA ALEGORÍA.—Es una figura que consiste en el uso continuado de metáforas. En la literatura dle siglo XV, la

más brillante escuela poética es la alegórica dantesca, llamada así por seguir a Dante, en cuya «Divina Comedia» se suceden continuamente hermosas alegorías.

LX

MARQUES DE SANTILLANA

Todas las direcciones de la seguidas por D. Iñigo López Santillana. La didáctica con «Fortuna» y «Doctrinal de privi «Serranillas»; la italiana con y los sonetos «fechos al itálico

sía de su tiempo fueron Mendoza, marqués de diálogo de Bías contra ; la provenzal con sus Comedieta de Ponza»,

SERRANILLA

Moça tan fermosa
non vi en la frontera
como una vaquera
de la Finojosa.

Faziendo la vía
del Calatraveño
a Santa María,
vençido del sueño,
por tierra fragosa
perdí la carrera,
do vi la vaquera
de la Finojosa.

En un verde prado
de rosas e flores,
guardando ganado
con otros pastores,

la vi tan graciosa,
que apenas creyera
que fuese vaquera
de la Finojosa.

Non creo las rosas
de la primavera
sean tan fermosas
nin de tal manera,
fablando sin glosa,
si antes supiera
de aquella vaquera
de la Finojosa.

Non tanto mirara
su mucha beldad,
porque me dexara
en mi libertad.
Mas dixе : «Donosa
(por saber quién era)
¿aquella vaquera
de la Finojosa?»

Bien como riendo,
dixo : «Bien vengades,
que ya bien entiendo
lo que demandades :
non es deseosa
de amar, nin lo espera,
aquessa vaquera
de la Finojosa.»

IÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA

LXI

ARCIPRESTE DE HITA

Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, es el primer poeta español que intenta el género lírico con sus «serranillas». Son algo toscas, pero abren el camino a días mejores. Para Menéndez y Pelayo no hay más grande poeta castellano en toda la Edad Media. Sus composiciones, de muy diversa índole, están reunidas en el «Libro del buen amor» o de «los cantares».

UN CUENTO

(DEL «LIBRO DEL BUEN AMOR»)

Mur (1) de Guadalaxara un lunes madrugaba,
fuése a Monferrado, a mercado andaba,
un mur de franca barba, resçibiol en su cava (2)
convidol a yantar, e dióle una faba.

Están en mesa pobre, buen gesto e buena cara,
con la poca vianda buena voluntad para
a los pobres manjares el plaser los repara,
pagós del buen talante el mur de Guadalaxara.

La su yantar comida, el manjar acabado,
convidó el de la villa al mur de Monferrado,
que el martes quisiese ir ver el su mercado,
e como él fué suyo, fuese él su convidado.

Fué con él a su casa, et diol mucho de queso,
mucho tosino lardo, que non era salpreso (3),

(1) Ratón.

(2) Agujero o caño.

(3) Tocino gordo no salado.

enjundias e pan cocho sin ración e sin peso,
con esto el aldeano tovos por bien apreso (1).

Manteles de buen lienzo, una branca talega,
bien llena de farina, el mur allí se allega,
muchu honra le fiso e servicio quel plega,
alegría, buen rostro con todo esto s'allega.

Está en su mesa rica mucha buena vianda,
un manjar mejor que otro a menudo y anda,
et demás buen talante, huésped esto demanda,
solás con yantar bueno todos omes ablanda.

Do comían e folgaban, en medio de su yantar
la puerta del palacio comenzó a sonar :
abríala su sennora, dentro quería entrar,
los mures con miedo fuyeron al andar.

Mur de Guadalaxara entró en su forado (2)
el huésped acá e allá fuía deserrado (3),
non tenía lugar cierto, do fuese amparado,
estovo a lo escuro, a la pared arrimado.

Cerrada ya la puerta e pasado el tremor,
estaba el aldeano con miedo e con tremor,
falagabal el otro disiendol : amigo, sennor,
alégrate et come de lo que has más sabor.

Este manjar es dulce, sabe como la miel,
dixo el aldeano al otro : venino yas en él (4);
el que teme la muerte el panal le sabe fiel,
a ti solo es dulce : tú solo como dél.

Al ome con el miedo no sabe dulce cosa,

(1) Túvose por dichoso.

(2) Agujero.

(3) Desorientado.

(4) Veneno tienes en él.

non tiene voluntad clara, la vista temerosa,
con miedo de la muerte la miel non es sabrosa,
todas cosas amargan en vida peligrosa.

Más quiero roer faba seguro e en pas,
que comer mil manjares corrido e sin solás (1);
las viandas preçiadas con miedo son agrás.
Todo es amargura do mortal miedo yas.

Porque tanto me tardo, aquí todo me mato,
del miedo que he habido cuando bien me lo cato,
como estaba solo, si viniera el gato,
allí me alcanzara e me diera mal rato.

Tú tienes grandes casas, mas hay mucha companna,
comes muchas viandas, aquesto te enganna,
buena es mi poblesa en segura cabanna,
que mal pisa el omen; el gato mal rascanna (2).

Con pas e con seguransa es buena la poblesa;
al rico temeroso es pobre la riqueza,
siempre tiene recelo e con miedo tristesa,
la pobredat alegre es segura noblesa.

ARCIPRESTE DE HITA

POESÍA POPULAR Y ERUDITA.—El romance castellano, como todas las lenguas que se fraguaron en la Edad Media, era de uso exclusivamente popular. Los letrados y gente distinguida se valían del latín y desdeñaban el uso de aquellas jergas bárbaras. A ello se debe que nuestras primeras manifestaciones poéticas fueran de carácter popular y anónimo. Los primeros poetas, o eran de la clase baja, o bien no existían autores propiamente dichos, sino que las toscas manifestaciones artísticas eran elucubradas y elaboradas en el seno del pueblo, o bien ocultaban los autores su nom-

(1) Perseguido y sin alegría o solaz.

(2) Araña.

bre erudito, si existía, por vergüenza. Pero el castellano se perfeccionó luego, se extendió, y los eruditos le fueron mostrando mayor cariño. Al principio no salieron del incógnito; pero después, siguiendo el ejemplo de Gonzalo de Berceo, fueron dando sus nombres a la publicidad. El Arcipreste de Hita, uno de los más ilustres poetas medievales, dió el espaldarazo a la lengua popular, ennoblecida por el rey Don Alfonso X el Sabio (1).

LXII

EL INFANTE DON JUAN MANUEL

Excelente prosista que vivió en el siglo XIV. Era sobrino de Alfonso el Sabio. Es en Don Juan Manuel donde se da más patente la influencia oriental. Producto de ésta es su mejor obra «El conde Lucanor».

EL CONDE LUCANOR

(ENXEMPLO X)

Otro día fablaba el conde Lucanor con Patronio, en esta manera: «Patronio, bien conosco a Dios que me ha fecho muchas mercedes, más quel yo podría servir, et en todas las otras cosas entiendo que está la mi fazienda asaz bien et con honra; pero algunas vezes (2) acaésceme de estar tan afincado de pobreza, especialmente, de manera que querría tanto la muerte como la vida, et ruégovos que algunt conorte (3) me

(1) Es un ejercicio conveniente para los niños de los últimos cursos escolares verter al lenguaje actual, prosificados, los trabajos de los autores del medievo.

(2) Veces.

(3) Consuelo.

dedes para esto.» «Señor conde, dijo Patronio, para que vos conortedes cuando tan cosa vos acaesciera, sería muy bien que supiédes lo que aconteció a dos omnes muy ricos que fueron después pobres.» Et el conde le rogó le dijese cómo fuera aquello.

«Señor conde, dixo Patronio, de estos dos omnes el uno de ellos llegó a tan grand pobreza quel' non fincó en el mundo cosa que pudiera comer. Et desque fizo mucho por buscar alguna cosa que comiese, non pudo aver cosa del mundo sinon una escudiella de atramuzes. Et acordándose de tan rico que solía ser et que agora con fame era et con mengua avía de comer los atramuzes que son tan amargos et de tan mal sabor, començó de llorar muy fieramente, pero con la gran fame començó de comer de los atramuzes, et en comiéndolos estava llorando et echava las cortezas de los atramuzes en pos de sí. Et él estando en este pesar et en esta coyta sintió que estava otro omne en pos dél, et volvió la cabeza et vió un omne cabo dél, que estava comiendo las cortezas de los atramuzes que él echava en pos de sí, et era aquel de que vos fablé desuso (1). Et quando aquello vió el que comía los atramuzes, preguntó a aquel que comía las cortezas que por qué fazia aquello. Et el dixo que sopiese que fuera muy más rico que él et que agora avía llegado a tan grand pobreza et en tan grand fame quel' plazía mucho cuando fallava aquellas cortezas que él dexaba. Et quando esto vió el que comía atramuzes conortose, pues entendió que otro avía más pobre que él, et que

(1) Antes, más arriba.

avía menos razón por que lo devie ser. Et con este conorte esforzóse, et ayudol Dios, et cató manera en como saliese de aquella pobreza, et salió de ella et fué muy bien andante.

Et vos, sennor conde Lucanor, devedes saber que el mundo es tal et aun que nuestro sennor Dios lo tiene por bien que ningún omne non aya complidamente todas las cosas. Mas pues en todo lo al vos faze Dios merced et estades con bien et con onrra, si alguna vez os menguaren dineros o estuviéredes en algún afincamiento, non desmayedes por ello et creed por cierto que otros más onrrados et más ricos que vos, estarán afincados, que se ternían por pagados si pudiesen dar a sus gentes et les diesen aun muy menos de quanto vos les dades a las vuestras.»

E tal conde plogo mucho desto que Patronio le dixo, et conortose et ayudóse él, et ayudol Dios, et salió muy bien de aquella quexa en que estaba.

Et entendiendo don Johan que este enxiemplo era muy bueno, fizolo poner en este libro et fizo estos viesos que dizen así :

Por pobreza nunca desmayedes,
pues otros más pobres que vos veredes.

DON JUAN MANUEL

EL SIMBOLISMO ORIENTAL.—Introducido en nuestra literatura por iniciativa del rey Sabio e intermedio de los hispano-árabes, llega a su apogeo en el reinado de Sancho el Bravo, que dispensó grandes consideraciones a todo lo originario de las Indias, y con este infante Don Juan Manuel, que adopta la forma simbólica en el «Libro del con-

de Lucanor» o de «Patronio». La escuela oriental es didáctico-moral, y sus enseñanzas se dan simbólicamente por medio de enxiemplos apólogos en que se encierra un caso que contiene el problema que se propone. De esta naturaleza se tradujeron numerosos libros indios (siempre del árabe) en los reinados de Don Alfonso el Sabio y Sancho el Bravo. Son los principales «Calila e Dimna» y «El Sendebár».

LXIII

ALFONSO X EL SABIO

Es una hermosa figura. Legislador, poeta, historiador, astrónomo, matemático, asombra la obra que realizó. Redactó el «Código de las Siete Partidas», empresa legislativa sin igual en la Edad Media; compuso bellas «cántigas» en dialecto gallego, porque el castellano no había alcanzado aún la debida flexibilidad para la lírica; intentó, sin embargo, la empresa de adaptarlo con «Las Querellas», poema del que sólo se conservan escasos versos; dejó la «Historia general de España» y la «Grande y General Historia»; hizo, ayudado por sabios árabes y judíos, las «Tablas astronómicas»; tradujo libros orientales y escribió mucho y sobre muchos asuntos. Pero todo junto, con ser mucho y grande, no vale tanto como su decisión de instituir el castellano en lengua oficial del reino. Esto acaeció el año 1260, fecha la más gloriosa de nuestra historia.

LOS BIENES QUE TIENE ESPAÑA

(DE LA HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA)

Pues esta Espanna que dezimos, tal es como el parayso de Dios: ca riégase con cinco ríos, que son Duero, ed Ebro, e Tajo, e Guadalquivir, e Guadiana: e

cada uno de ellos tiene entre sí e el otro grandes montañas e tierras : e los valles e los llanos son grandes e anchos : e por la bondad de la tierra y el humor de los ríos llevan muchas frutas e son abondados. Otrosí (1) en Espanna, la mayor parte se riega con arroyos e de fuentes : e nunca le menguan (2) pozos en cada lugar que los han menester. E otrosí Espanna es bien abondada de mieses e deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche, e de todas cosas que se de ella facen, e llena de venados e de caza, cubierta de ganados, loçana de caballos, provechosa de mulos, e segura e abastada de castiellos, alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan, rica de metales de plomo e de estanno, e de argen vivo (3) e de fierro, e de arambre, e de plata, e de oro, e de piedras preciosas, e de toda manera de piedra de mármol, e de sales de mar, e de salinas de tierra, e de sal en pennas, e de otros veneros muchos de azul, almagra, greda e alumbre, e otros muchos de quantos se fallan en otras tierras. E sobre todas Espanna es abondada en grandeza : más que todas preciada por lealtad. ¡ Oh Espanna ! non ha ninguno que pueda contar tu bien.

LXIV

GONZALO DE BERCEO

Es el primer poeta erudito castellano de nombre conocido. Como muchos de sus sucesores, era clérigo. Hombre

-
- (1) Adámás.
(2) Faltan.
(3) Mercurio.

de grande y sencilla devoción, busca siempre los objetos de su inspiración en las vidas y milagros de los santos y personas sagradas y en los misterios religiosos. Aunque poco original, fué muy fecundo. Sus obras más notables son: «Vida de Santa Oria», «Vida de Santo Domingo de Silos», «Martirio de San Lorenzo» y «Los milagros de Nuestra Señora».

LOS MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA

(FRAGMENTO)

Yo maestro Gonzalvo de Berçeo nomnado,
iendo en romería caeçí en un prado
verde e bien sencido, de flores bien poblado,
lugar cobdiciuero para omne cansado.

Daban olor sobeio (1) las flores bien olientes,
refrescaban en omne las caras e las mientes,
manaban cada canto fuentes claras corrientes,
en verano bien frías, en yvierno calientes.

Avie hy (2) grant abondo de buenas arboledas,
milgranos e figueras, peros e manzanedas,
e muchas otras fructas de diversas monedas;
mas non avíe ningunas podridas nin açedas.

La verdura del prado, la olor de las flores,
las sombras de los árboles de temprados sabores,
refrescaronme todo, e perdí los sudores:
podrie vevir el omne con aquellos olores.

Nunqua trobe en sieglo (3) lograr tan deleitoso,

(1) Abundante.

(2) Allí.

(3) Encontré en el mundo.

nin sombra tan temprada, nin olor tan sabroso,
descargué mi ropiella por yaçer más viçioso,
poseme a la sombra de un árbol fermoso.

Yaciendo a la sombra perdí todos cuidados,
odí sones de aves dulçes e modulados,
nunqua udieron omnes órganos más temprados,
nin que formar pudiesen sones más acordados.

GONZALO DE BERCEO

EL MESTER DE CLERECÍA.—Así se llama a la combinación métrica usada por Berceo y por todos nuestros poetas épico-eruditos hasta el Arcipreste. Berceo lo llamó «cuaderna vía», y otros le llaman tetraastrofo monorrímo alejandrino: tetraastrofo, porque los versos están dispuestos en estrofas de a cuatro; monorrímo, porque hay una sola rima para todos los versos de una misma estrofa; alejandrino, porque fué usado en el poema de «Alexandre», una de nuestras primeras producciones anónimas, pero ya erudita, que hoy se atribuye a Segura de Astorga. Su asunto es la vida de Alejandro Magno. El autor de este poema, como los de casi todos los libros épicos-eruditos bebió en fuente francesa, la cual ya no era original, sino que procedía de orígenes griegos o latinos. Citaremos algunos poemas anónimos: «Los tres reyes de Oriente» y «Vida de Santa María egipciaqua», cuyo metro no es alejandrino. Lo es el del «Libro de Apolonio».

LXV

POEMA DEL CID

Es el primer monumento cierto de la literatura española. Se citan producciones anteriores, pero con tal inseguridad, que hasta ahora nadie se decide a quitarle la prima-

cia a este poema épico-heroico de mérito, por lo demás, tan insigne. Su lenguaje es tosco y rudo (todavía lo será por un par de siglos más), su contextura métrica y su rima bastante irregulares; pero el anónimo autor tiene momentos de verdadera inspiración que han de nacer necesariamente del entusiasmo y emoción que en él despiertan las hazañas, la nobleza y las inmerecidas desdichas del héroe.

FRAGMENTO

Tú eres Rey de los reyes e de todol mundo Padre.
A ti adoro e creo de toda voluntad,
e ruego a San Peydro que me aiude a rogar
por myo Cid el Campeador, que Dios le curie de mal.
Quando oy nos partimos, en vida nos faz iuntar,
la oración fecha la missa acabada la an.
Salieron de la eglesia, ya quieren caualgar.
El Cid a donna Ximena yuala abraçar,
Donna Ximena al Cid la manol va besar,
lorando de los oios que non sabe qué se far,
e él a las ninnas tornólas a catar :
A Dios uos acomiendo, fijas, e a la mugier e al Padre
[espiritual,
agora nos partimos, Dios sabe el aiuntar :
Lorando de los oios que non viestes a tal
asis parten vnos dotros como la unna de la carne.
Myo Cid con los sos vasallos pensó de caualgar,
a todos esperando, la cabeça tornando ua.
A tan grand sabor fabló Minaya Albar Fanez :
Cid, ¿do son uestros esfuerços? en buen ora nasquies-
[tes de madre :
Pensemos de yr nuestra vía, esto sea de vagar.

Aun todos estos duelos en gozo se tornarán ;
Dios que nos dió las almas, conseio nos dará.

CANTARES DE GESTA.—Son composiciones en honor de los héroes más destacados de nuestra Reconquista. Milá y Fontanals ve en ellos una verdadera epopeya, a manera de las homéricas, aunque guardándose entre ambas la debida distancia correspondiente a la madurez de las respectivas formas y al genio de los respectivos autores. Las más celebradas de las gestas son, además del «poema del Cid», los de «Fernán González» y «Los siete infantes de Lara». Probablemente el nombre de «cantar» alude a que su destino primero fuera el canto por los juglares, autores y cantores a la vez quizá. En cuanto a la palabra «gesta», no sabemos si se derivará, como quieren algunos, de *gesto*, pues el asunto estaba constituido por verdaderos *gestos* de los héroes cantados. Lo que sí es de notar es la elección de estos héroes: casi siempre son rebeldes o enemistados con el rey.

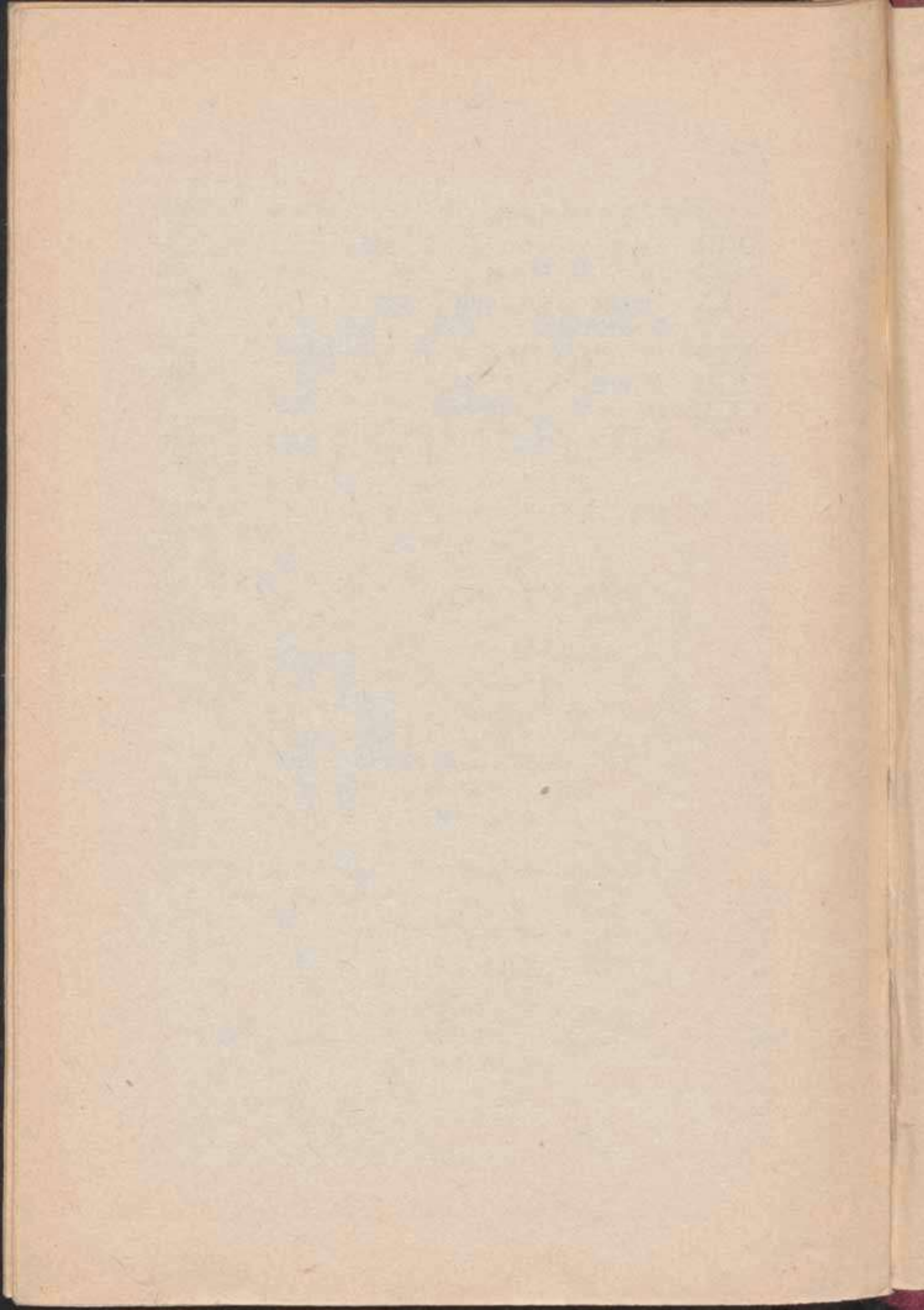
FIN

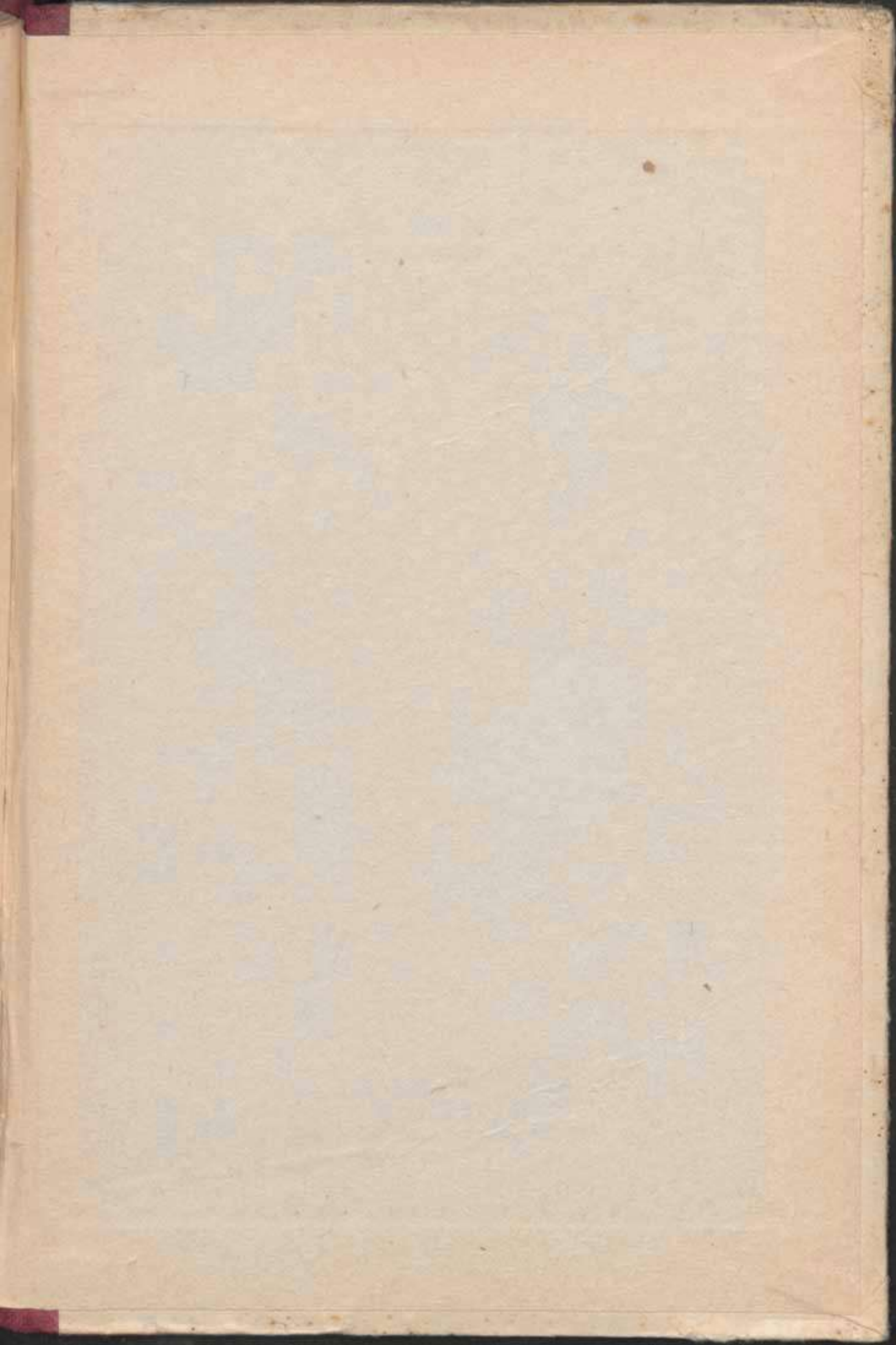
Í N D I C E

	<u>Páginas</u>
Prólogo	7
I Ramón Gómez de la Serna.....	13
II Ramón Pérez de Ayala.....	16
III Eduardo Marquina	19
IV José Martínez Ruiz («Azorín»).....	23
V Ramón del Valle Inclán.....	26
VI Vicente Medina	28
VII Manuel y Antonio Machado.....	30
VIII Francisco Villaespesa	33
IX Miguel de Unamuno.....	37
X Armando Palacio Valdés.....	42
XI Jacinto Benavente	49
XI bis José María Gabriel y Galán.....	53
XII Benito Pérez Galdós.....	56
XIII José María de Pereda.....	60
XIV Juan Valera	63
XV Santiago Ramón y Cajal.....	67
XVI José Echegaray	69
XVII Emilio Castelar	72
XVIII Antonio Cánovas del Castillo.....	75
XIX Ramón de Campoamor.....	78
XX Gaspar Núñez de Arce.....	80
XXI Gustavo Adolfo Domínguez Bécquer...	82

	<u>Páginas</u>
XXII	Mariano José de Larra («Figaro»)... 87
XXIII	Fernán Caballero 90
XXIV	José Zorrilla 96
XXV	José Espronceda 99
XXVI	Juan Eugenio Hartzenbusch..... 103
XXVII	Angel de Saavedra (duque de Rivas) 105
XXVIII	Alberto Lista 108
XXIX	Manuel José Quintana..... 112
XXX	Juan Meléndez Valdés..... 116
XXXI	Leandro Fernández de Moratín..... 118
XXXII	José Francisco Isla..... 120
XXXIII	Fray Benito Jerónimo Feijóo..... 124
XXXIV	Baltasar Gracián 126
XXXV	Diego de Saavedra Fajardo..... 129
XXXVI	Francisco de Quevedo y Villegas... 133
XXXVII	P. Juan de Mariana..... 137
XXXIX	Pedro Calderón de la Barca..... 141
XL	Juan Ruiz de Alarcón..... 144
XLI	Tirso de Molina..... 148
XLII	Fray Lope Félix de la Vega Carpio 153
XLIII	Deigo de Hojeda..... 157
XLIV	Luis de Góngora y Argote..... 160
XLV	Francisco de Rioja..... 165
XLVI	Rodrigo Caro 167
XLVII	Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola 170
XLVIII	Santa Teresa de Jesús..... 172
XLVIX	Cervantes 175
L	Fray Luis de León..... 179
LI	Fernando de Herrera..... 183
LII	Baltasar de Alcázar..... 190
LIII	El Lazarillo de Tormes..... 194
LIV	Garcilaso de la Vega..... 198
LV	Cristóbal de Castillejo..... 201
LVI	Los Romances 203

	<u>Páginas</u>
LVII	Jorge Manrique 205
LVIII	Fernán Pérez de Guzmán..... 209
LIX	Juan de Mena..... 210
LX	Marqués de Santillana..... 212
LXI	Arcipreste de Hita..... 214
LXII	El Infante Don Juan Manuel..... 217
LXIII	Alfonso X El Sabio..... 220
LXIV	Gonzalo de Berceo..... 221
LXV	Poema del Cid..... 223





**EL
MAGISTERIO
NACIONAL**



EX-LIBRIS

